

Adora en Espíritu y en Verdad



Original del Dr. JOHN FRAME
Traducción del Pbro. Wilbur A. Madera
Adaptado para la Escuela de Formación Cristiana 2011

LECCIÓN 1

ALGUNOS PRINCIPIOS BÁSICOS

1. ¿QUÉ ES ADORAR?

Adorar es el acto de reconocer la grandeza de nuestro Señor del pacto.

En la Escritura, hay dos grupos de términos hebreos y griegos que se traducen como “adorar.”

El primer grupo se refiere a “labor” o “servicio”. En el contexto de la adoración estos términos se refieren principalmente al servicio a Dios llevado a cabo por los sacerdotes en el tabernáculo o en el templo durante el período del Antiguo Testamento. El segundo grupo de términos significa literalmente “arrodillarse” o “doblar la rodilla”, es decir, “dar homenaje, honrar a alguien más”.

Del primer grupo de términos podemos concluir que adorar es algo activo.

Es algo que hacemos, es un verbo. Aun en este punto tan prematuro de nuestro estudio podemos notar que la adoración es algo muy diferente al entretenimiento. En la adoración no debemos ser pasivos, sino participantes activos.

Del segundo grupo de términos podemos aprender que adorar es honrar a alguien superior a nosotros mismos. Por lo tanto, no se trata de agradar a nosotros sino de agradar a alguien más. Inmediatamente se pone en perspectiva la pregunta “¿Cómo podemos mejorar la adoración?”; no será “mejor” principalmente para nosotros, sino “mejor” para Aquel a quien deseamos honrar. Puede ser que la adoración que sea mejor para Él sea también mejor para nosotros. Pero nuestra preocupación principal debe ser agradarle; cualquier beneficio para nosotros será secundario. Así que adorar es presentar un servicio para honrar a alguien distinto a nosotros.

La escritura utiliza todos estos términos para hacer referencia a las relaciones entre los seres humanos. Debemos servirnos los unos a los otros, y debemos honrar a los demás. Pero hay un sentido especial en el que sólo Dios es digno de adoración. El primero de los Diez Mandamientos dice, No tendrás otros dioses delante de mí (Éx 20.3). A Dios, quien es llamado Jehová (“Señor”) en el Decálogo, le es dado un honor único, uno que no debe ser compartido con alguien más. El quinto mandamiento, Honra a tu padre y a tu madre, deja claro que los seres humanos también merecen honor. Pero ese honor no debe competir con el honor que le debemos al Señor mismo.

Los Diez Mandamientos son la constitución escrita de una relación de pacto entre Dios e Israel.

Ese pacto es una relación entre un gran rey (el Señor) y un pueblo que toma para sí. Como el Señor del pacto, Dios declara que Israel es Su pueblo y Él es su Dios. Como su Dios, les habla con autoridad suprema y por lo tanto gobierna cada aspecto de sus vidas. Su responsabilidad principal es honrarle por encima de cualquier otro ser. No debe estar en competencia la lealtad y los afectos de Israel:

Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Dt 6.4-5).

Jesús refuerza esta enseñanza: Nadie puede servir a dos señores (Mt 6.24). No sólo se nos prohíbe adorar a Baal o a Júpiter, sino tampoco debemos adorar al dinero. Dios reclama el señorío sobre cada área de nuestras vidas. Como el apóstol Pablo dice, Entonces, ya sea que coman, que beban, o que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios (1Co 10.31).

Una de las cosas más sorprendentes acerca de Jesús es que Él demanda para sí mismo el mismo tipo de lealtad exclusiva que la que demandó el Dios de Israel. Jesús apeló al quinto mandamiento en contra de los Fariseos y escribas que dedicaba a Dios lo que debía usarse para sostener a sus padres (Mt 15.1-9).

Pero Jesús también enseñó que la lealtad hacia Él trasciende la lealtad a los padres (Mt 10.34-39).

¿Quién es Jesús para que pueda demandar tal servicio y homenaje? Sólo la lealtad a Dios trasciende la lealtad a los padres en el orden del pacto de Dios, y de esta manera, Jesús está haciendo una clara declaración de Su divinidad. Como Jehová en el Antiguo Testamento, Jesús se presenta como el Señor del pacto, aquel a quien debemos toda nuestra lealtad (ver Mt 7.21-29 y Jn 14.6).

Al adorar hacemos cosas comunes, cosas que a menudo hacemos por los demás. La alabanza, por ejemplo, es o debe ser una parte de nuestra vida cotidiana. Los padres alaban a sus hijos por sus logros importantes y buen carácter. Los patrones alaban a sus empleados y viceversa, lo cual crea una buena atmósfera en el trabajo. Y Dios nos llama a alabarle en la adoración. Pero esa alabanza está a un nivel bastante diferente. Alabar a Dios es reconocerle como incondicionalmente superior a nosotros en todo aspecto, como aquel cuya grandeza está más allá de nuestro pobre poder de expresión. Dios es el objeto supremo de la alabanza.

Al adorar, expresamos nuestros afectos, gozo y tristeza. Confesamos nuestras faltas; hacemos peticiones; damos gracias; escuchamos mandatos, promesas y exhortaciones; damos regalos; recibimos limpieza (bautismo) y comemos y bebemos (la Cena del Señor). Estas cosas las hacemos todo el tiempo en nuestras relaciones normales con otras personas. Pero cuando las hacemos en la adoración, hay algo especial: las hacemos para el Señor, el Altísimo, el Creador y Rey de los cielos y la tierra; y las hacemos por medio de Jesús nuestro salvador. En la adoración, estas acciones comunes se vuelven únicas, misteriosas, y transformadoras debido a Aquel a quien adoramos. Estas acciones vienen a ser el servicio sacerdotal por el cual reconocemos la grandeza de nuestro Señor del pacto.

2. ADORACIÓN CENTRADA EN DIOS

Como hemos visto, adorar es dar homenaje. No es principalmente para nosotros, sino para aquel a quien deseamos honrar. Adoramos para que se complazca y encontramos nuestro placer en agradarle.

La adoración debe estar, por lo tanto, centrada en Dios y centrada en Cristo. Debe estar enfocada en el Señor del pacto. El señorío del pacto tiene tres aspectos: el control, la autoridad y la presencia. El Señor es el que controla el curso entero de la naturaleza y la historia, es quien habla con autoridad absoluta y suprema, y es quien toma a Su pueblo para que sea Suyo, para estar con ellos. Estos tres aspectos del señorío divino son prominentes en la adoración bíblica.

En la adoración, reconocemos el control de Dios, Su gobierno soberano sobre la creación. Las alabanzas del pueblo de Dios en la Escritura son típicamente alabanzas por sus actos portentosos en la creación la providencia y la redención (ver, por ejemplo, Éx 15.1-18; Sal 104; Sof 3.17; Ap 15.3-4).

Adorar a Dios es también arrodillarse ante Su autoridad absoluta y suprema. Adoramos no sólo Su poder, pero también Su santa palabra. El Salmo 19 alaba a Dios por revelarse a sí mismo a través de Sus actos portentosos en la creación y la providencia (v. 1-6) y luego por la perfección de Su ley (v. 7-11). Cuando entremos a Su presencia, sobrecogidos por Su majestad y poder, ¿cómo podemos ignorar lo que Él nos dice? Así que, en la adoración escuchamos la lectura y la exposición de las Escrituras (ver Hch 15.21; 1Ti 4.13; Col 4.16; 1Ts 5.27; Hch 20.7; 2Ti 4.2). Dios quiere que seamos hacedores de Su palabra, no sólo oidores (Ro 2.13; Stg 1.22-25; 4.11).

En la adoración experimentamos la presencia de Dios. Como Señor del pacto, Dios viene a nosotros y participa en nuestra adoración. El tabernáculo y el templo en el Antiguo Testamento eran lugares donde Dios mismo se reunía con Su pueblo (Éx 20.24). Los adoradores gritan de júbilo de que Dios esté con Su pueblo (Sof 3.17). El nombre de Jesús, el nombre en el que adoramos, es Emanuel, que significa "Dios con nosotros" (Is 7.14; Mt 1.23). En la adoración del Nuevo Testamento, la presencia de Dios puede impresionar aun al visitante incrédulo, de tal manera que él se postrará y adorará a Dios, declarando que en verdad Dios está entre ustedes (1Co 14.25). Por lo tanto, la verdadera adoración está saturada de recordatorios del señorío de Dios. Adoramos para honrar Sus actos portentosos, para escuchar Su palabra de autoridad, y para tener comunión personal con Él, como aquel quien nos ha hecho Su pueblo. Cuando nos distraemos de nuestro Señor del pacto y estamos preocupados por nuestra propia comodidad y placer, entonces algo está seriamente mal con nuestra adoración. Como mi antiguo pastor Dick Kaufmann dice, **"Cuando salgamos de la adoración, no debemos preguntarnos primero, ¿Qué obtuve? sino ¿Cómo desempeñé mi labor de honrar al Señor?"**

3. LA ADORACIÓN CENTRADA EN EL EVANGELIO

Adán y Eva gozaron de una amistad maravillosa con Dios. Dios los había creado a Su imagen, y había declarado que ellos eran “buenos” (Gn 1.31).

El Edén era una especie de templo, en el que Adán y Eva regularmente se gozaban en las obras portentosas de Dios en Su creación, escuchaban y obedecían la Palabra del Señor, y disfrutaban de su cercanía. Pero desobedecieron la Palabra de Dios (Gn 2.16-17; 3.1-6) y profanaron su adoración. Dios los maldijo y los echó fuera de Su templo (Gn 3.14-24). Sin embargo, Dios no los abandonó. Aun en medio de las maldiciones, Dios les dio a Adán y a Eva la promesa de un libertador que destruiría a Satanás (Gn 3.15). Dios continuó hablándoles y buscando compañerismo con ellos. Él buscó adoradores (Jn 4.23). En Génesis 4.3-4, tanto Caín como Abel trajeron sus ofrendas al Señor. En el tiempo de Set, comenzaron los hombres a invocar el nombre del Señor (Gn 4.26). La adoración continuó después de la caída.

Dios bendijo la adoración después de la caída, pero quería que Su pueblo le adorara con una consciencia de su pecado y culpa, y de lo que él había hecho para librarlos de su culpa y del poder del pecado. Un elemento prominente de la adoración en el Antiguo Testamento fue el sacrificio de animales, los cuales prefiguraban la muerte de Cristo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn 1.29). Como hemos visto, el pueblo de Dios le alaba, no sólo por Sus actos portentosos en la creación sino también por la redención. En Éxodo 15, los Israelitas alaban a Dios por librarlos de la esclavitud en Egipto. Esa liberación era un anticipo de la liberación mayor del pueblo de Dios en Cristo, la liberación de la muerte que es la paga del pecado: El Cordero que fue inmolado es digno... (Ap 5.12).

Como en el Edén, el pueblo de Dios escucha Su palabra al adorar. Pero ahora es algo diferente, porque la palabra de Dios nos habla de nuestro pecado y de la provisión de Dios para nuestro perdón. De nuevo, tenemos comunión con Dios al comer y beber con Él, pero esa comida y bebida anuncia la muerte del Señor hasta que Él venga (1Co 11.26). Todo lo que hacemos en la adoración, por lo tanto, ahora nos habla del pecado y del perdón, del sacrificio propiciatorio de Jesús y Su resurrección por nosotros. La adoración después de la caída de Adán no sólo debe estar centrada en Dios, sino también centrada en Cristo y el evangelio. En toda nuestra adoración, deben ser centrales las buenas noticias que Jesús ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado gloriosamente de entre los muertos.

4. ADORACIÓN TRINITARIA

La Escritura presenta una historia de la redención, una narración de lo que Dios ha hecho para salvar a Su pueblo del pecado. A medida que esa historia progresa, la Escritura presenta gradualmente enseñanza más clara acerca de la naturaleza trinitaria de Dios: que Él es un Dios en tres personas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Aprendemos acerca de la Trinidad no sólo como un dato interesante acerca de Dios sino porque está profundamente relacionada con nuestra salvación. En el tiempo dispuesto por Dios, la segunda persona de la Trinidad se hizo hombre (Jesús) para vivir una vida humana perfecta y para morir como un sacrificio por el pecado. Luego, después de la resurrección y ascensión de Jesús al cielo, el Padre y el Hijo mandaron al Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad para fortalecer a la iglesia en su misión de llevar el evangelio a toda la tierra. El Espíritu aplica la obra de Cristo a nuestros corazones, nos habilita para entender y aplicar la palabra de Dios, y nos llena de dones divinos, fortaleciendo nuestro ministerio y testificando de Cristo.

Cuando Jesús le dijo a la mujer de Samaria, Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque ciertamente a los tales el Padre busca que Lo adoren (Jn 4.23), no estaba prediciendo sencillamente una adoración más sincera o genuina entre Su pueblo, sino que se estaba refiriendo a las cosas nuevas que Dios había preparado para nuestra salvación. La verdad es la verdad del evangelio, las buenas noticias de salvación en Jesús (Comparar Jn 1.17; 14.6). El espíritu es el Espíritu de Verdad (Jn 14.17; 15.26; 16.13), quien viene a dar un testimonio poderoso de ese evangelio.

La adoración en Espíritu y en verdad, entonces es una adoración trinitaria, una adoración que está consciente de las obras distintivas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en nuestra salvación. Es centrada en Cristo: cuando invocamos el nombre del Señor, lo invocamos en el nombre de Cristo (Mt 18.20; Jn 14.13; 16.24; Ro 10.9; 1Co 12.3; Fil 2.9; Col 3.17).



Cristo es el Señor que controla, tiene autoridad y está presente. Jesús es el poder de Dios (1Co 1.24), la autoridad de Dios (Mt 28.18-20), la presencia de Dios habitando en medio de su pueblo (Jn 1.14; Mt 18.20; 28.19-20; Ro 15.9). Jesús es el sacrificio que cumple todos los sacrificios de la adoración del Antiguo Testamento (Mr 10.45; Jn1.29; 1Co5.7; Heb 9.26; 10.12) Jesús es el Sumo sacerdote que intercede en oración por su pueblo (Heb4.15-16).

Tal tiempo de adoración es también una adoración en y por medio del Espíritu. Por medio del Espíritu, nos gloriamos en Cristo Jesús, no poniendo la confianza en la carne (Fil 3.3). El Espíritu es el Espíritu de Cristo (Ro 8.9). El Espíritu no habla por su propia iniciativa, sino habla sólo lo que escucha de Jesús (Jn 16.12-15). Nos persuade de que somos hijos de Dios (Ro 8.16), y que el evangelio es la verdad de Dios (1Ts 1.5). Como Jesús intercede por nosotros, el Espíritu eleva a Dios los gemidos indecibles de nuestros corazones (Ro 8.26-27). La adoración centrada en Dios, siguiendo la riqueza de la revelación del Nuevo Testamento, es siempre una adoración en el nombre de Cristo y a través del Espíritu Santo. El único nombre en el que podemos ser salvos es en el de Cristo (Hch 4.12) y podemos llegar a conocerle sólo por medio de la obra soberana del Espíritu Santo (Jn 3.3; Ro 8.14-15; 1Co 2.12). La adoración centrada en Dios es una adoración trinitaria. Nuestra adoración debe estar claramente dirigida a Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

5. VERTICAL Y HORIZONTAL

Evidentemente, entonces, la adoración cristiana es “vertical,” dirigida a nuestro Dios trino para Su placer. El foco de nuestros esfuerzos al adorar debe ser el agradecerle. Partiendo de este principio, alguien podría concluir que no debemos prestar atención a ninguna necesidad humana al adorar. Este tipo de pensamiento puede parecer muy pío, pero no es bíblico. El Dios de la Biblia no es como el dios falso Moloc, que demanda de sus adoradores sacrificios humanos. Por el contrario, nuestro Dios trino desea bendecir a Su gente cuando se reúnen con Él. No existe contradicción entre adorar a Dios y amar a la gente. El amor a Dios involucra el amor al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22.37-40; Mr 7.9-13; 1Jn 4.20-21).

Al adorar, no debemos estar tan ocupados en Dios que nos ignoremos unos a otros. Por ejemplo, los adoradores no deben ignorar las necesidades del pobre (Is 1.10-17; comparar con 1Co 11.17-34 y Stg 2.1-7). Y debemos asegurarnos de que nuestra adoración es edificante para los creyentes (1Co 14.26). 1 Corintios enfatiza la importancia de conducir la adoración, no en “lenguas” ininteligibles, sino en un lenguaje entendible por todos. Aun un incrédulo, cuando entra a la asamblea debe ser capaz de entender qué es lo que está ocurriendo, para que pueda adorar diciendo, en verdad Dios está entre ustedes (v. 25). Así que, la adoración tiene una dimensión horizontal al igual que un enfoque vertical.

Debe estar centrada en Dios, pero también debe ser edificante y evangelística. La adoración que no es edificante o evangelística no puede ser llamada propiamente adoración centrada en Dios.

¿Cómo podemos mantener un enfoque horizontal que sea apropiadamente bíblico sin crear una adoración centrada en el hombre? Debemos recordar que una preocupación apropiada por los adoradores no significa satisfacer todos sus deseos. La adoración no es, por lo tanto, un programa para proveer entretenimiento, o para aumentar la autoestima. La mejor manera de amarnos los unos a los otros es compartir el gozo de la verdadera adoración sin transigir; un gozo enfocado en las buenas nuevas de salvación. La centralidad de Dios y la edificación, por lo tanto, no están en oposición, sino se refuerzan una a la otra. La adoración es un tiempo para cuidarse el uno al otro, para edificar la unidad de nuestro compañerismo en Cristo (Heb 10.24-25). Amamos porque Dios en Cristo nos amó primero (1Jn 4.19).

6. SENTIDOS AMPLIO Y ESTRICTO

Los términos bíblicos que se refieren a la adoración se aplican a las varias ocasiones de adoración pública, particularmente la adoración en el tabernáculo y el templo durante el período del Antiguo Testamento. Pero también tienen un sentido más amplio, que caracteriza la vida del creyente en todos sus aspectos. En Romanos 12.1, el término griego *latreia* (que en otros lugares se refiere a los servicios de los sacerdotes en el templo) describe el ofrecimiento del cuerpo del creyente en servicio a Dios: *Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable (agradable) a Dios, que es el culto racional de ustedes.*

En el Antiguo Testamento, Dios condenó la adoración formal que no estaba acompañada por una preocupación por la compasión y la justicia (ver Is 1.10-17; Mi 6.6-8). En Oseas 6.6, Dios dice: Porque Me deleito más en la lealtad (misericordia) que en el sacrificio, Y en el conocimiento de Dios que en los holocaustos. Por supuesto, Dios quería los sacrificios; esta es una exageración retórica o hipérbole. Pero el punto no debe pasarse por alto: la adoración auténtica incluye una vida que es obediente a Dios. Por lo tanto, no es de sorprenderse que en el Nuevo Testamento, el vocabulario de adoración tome un sentido amplio para referirse a la ética.

Esto también es de esperarse porque el Nuevo Testamento considera la adoración en el templo como llegada a su fin. Cuando Jesús murió, el velo del templo (que separaba al pueblo de la presencia de Dios) se partió en dos de arriba a abajo (Mt 27.51). Y el sacerdocio del templo, descendientes de Aarón, dieron el lugar al sacerdocio eterno de Cristo según el orden de Melquisedec (Heb 5.6; 6.20-7.28). En el año 70 d.C. el templo mismo fue destruido. Ahora, en Cristo, todos los creyentes son sacerdotes, ofreciendo sacrificios espirituales (1Pe 2.5, 9). Esos sacrificios incluyen un sacrificio de alabanza (Heb 13.15), pero también hacer el bien y la ayuda mutua (Heb 13.16; comparar con Fil 4.18). La avaricia es idolatría (Ef 5.5; comparar con Mt 6.24). El apóstol Santiago dice: Si alguien se cree religioso, pero no refrena su lengua, sino que engaña a su propio corazón, la religión del tal es vana. La religión pura y sin mancha delante de nuestro Dios y Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y guardarse sin mancha del mundo (Stg 1.26-27).

Este concepto ampliamente ético de la adoración yo a veces lo llamo “adoración en su sentido amplio”. Aunque no consiste en ritos formales, es bastante importante para la concepción general bíblica de la adoración. Podemos ya notar que la adoración en su sentido estricto sin la adoración en su sentido amplio no es aceptable delante de Dios. Decir que toda la vida es adoración es verdad en un sentido. Esto no quiere decir que vamos a negar la importancia y necesidad de asistir a las reuniones de la iglesia (Heb 10.25). Pero nuestro Señor quiere que vivamos de tal manera que todo lo que hagamos le alabe.

7. LA IMPORTANCIA DE LA ADORACIÓN

La adoración, como la hemos definido, tanto en su sentido amplio como el estricto, es tremendamente importante para Dios. En Efesios 1.1-14, el apóstol Pablo presenta una visión asombrosa del soberano propósito de Dios. Él comenzó antes de la historia: Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (1.4). Después Dios, nos predestinó para adopción como hijos para sí (1.5), nos redimió a través de la sangre de Cristo (1.7), y nos reveló el misterio de Su voluntad, que será cumplida al fin de la historia (1.9-10). La conclusión de todo, la meta hacia la cual se dirige la historia, es la alabanza, la alabanza de Su gloria (1.14).

En la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster aprendemos que **“El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre”** (ver 1Co 10.31). Pero glorificar a Dios es alabarlo.

El libro de Apocalipsis nos presenta un cielo y una tierra llena de alabanza como la culminación de la redención de Dios (Ap 5.13; 7.12). Hemos sido escogidos como el pueblo especial de Dios para anunciar las virtudes de Aquél que los llamó de las tinieblas a Su luz admirable (1Pe 2.9). Dios ha llamado a los gentiles a incorporarse con los judíos creyentes para que los gentiles puedan unirse en los cantos de alabanza (Ro 15.8-11).

A través de toda la historia bíblica (de la eternidad hasta los cielos nuevos y la tierra nueva) Dios “busca” adoradores (Jn 4.23). Es muy poco común leer en la escritura de que esté buscando a seres humanos. Las búsquedas en la Escritura usualmente son hechas por seres humanos, no por Dios. En el sentido usual, Dios nunca busca, porque nada puede esconderse de sus ojos (Heb 4.13). Pero la metáfora de la búsqueda es apropiada, porque en la Biblia leemos que Dios ha pasado por cosas tremendas a través de muchos siglos, culminando en el sacrificio de Su Hijo, para redimir un pueblo que le adore. La redención es el medio; la adoración es la meta.

En un sentido, la adoración es el punto clave de todo. Es el propósito de la historia, la meta de toda la historia cristiana. La adoración no es un segmento más de la vida cristiana. La adoración es la vida cristiana entera, vista como una ofrenda sacerdotal a Dios. Y cuando nos reunimos como iglesia, nuestro tiempo de adoración no es un momento preliminar para algo más sino es la razón de nuestra existencia como Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, es importante que estudiemos acerca de la adoración.

En las iglesias evangélicas, se reconoce ampliamente que debemos estudiar acerca del evangelismo, los libros y personajes de la Biblia, la teología sistemática, consejería, predicación y muchas otras cosas. Raras veces consideramos la importancia de estudiar cómo quiere nuestro Dios que le adoremos. La adoración es algo damos por sentado. Confío que este libro nos ayudará a crecer en nuestro conocimiento del tema y a tomar a la adoración más en serio.

8. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. Dos conceptos básicos emergen de los términos bíblicos que se traducen como “adorar.”
¿Cuáles son? ¿Cómo nos ayudan para definir “adoración”?
2. ¿Qué significa decir que Dios es Señor?
¿Cuáles son las implicaciones del Señorío de Dios para la adoración?
3. ¿Cuáles son las diferencias principales entre adorar Dios y honrar a los seres humanos?
4. ¿Cómo afectó la caída en pecado de Adán a la adoración?
5. ¿Debemos salir beneficiados de la adoración? ¿Debemos disfrutarla?
¿Debemos recibir bendiciones de ella? Si ese es el caso, ¿Qué tipo de bendiciones?
6. ¿Cómo puede estar la adoración tanto centrada en Dios y atenta a las necesidades humanas?
¿Debe la adoración en tu iglesia recuperar un balance bíblico en esta área?
¿Qué cambios deben hacerse para recuperar ese balance?
7. ¿Cómo afecta la doctrina de la trinidad nuestra adoración?
¿Cómo nos ayudan cada una de las personas de la trinidad a adorar a Dios?
¿Podemos adorar juntos con Judíos o Musulmanes quienes rechazan la Trinidad?
8. ¿Qué significa adorar en Espíritu y en verdad?
9. ¿Es cierto que toda la vida es adoración? Da bases bíblicas para tu respuesta.
Algunas personas dicen, “Toda la vida es adoración, por lo tanto adoraré a Dios en el campo de fútbol el domingo por la mañana”. Responde.
10. “Algunas veces cuando estoy cansado el domingo en la mañana, llego tarde a la iglesia, pero procuro llegar al momento del sermón”. Responde.
11. ¿Hay una diferencia entre “adoración” y “Culto”?

LECCIÓN 2

LA ADORACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En este capítulo y en el próximo, analizaremos las formas de adoración descritas en la Biblia. Seré breve al discutir la adoración del Antiguo Testamento porque los detalles de la adoración de Israel a veces son difíciles de entender, y el conocimiento de esos detalles no siempre es importante para nuestras decisiones acerca de la adoración de hoy en día. Sin embargo, es necesario entender el carácter general y las formas mayores de la adoración de Israel.

1. LOS ENCUENTROS CON DIOS

Frecuentemente en el Antiguo Testamento, leemos de encuentros entre Dios y varias personas. Dios habló a Adán y a Eva, a ambos antes y después de la caída. Se les apareció a Noé, a Abraham, a Jacob, Moisés y a otros. Cuando Dios tenía un encuentro con los hombres, la situación inmediatamente se volvía una situación de adoración. Cuando Dios se encontró con Moisés en la zarza ardiente, Moisés tuvo que quitarse el calzado de sus pies porque estaba sobre un lugar santo (Éx 3.5). Él escondió su rostro por temor a Dios (v. 6). Escuchó la palabra de Dios y fue a cumplir la responsabilidad dada por Dios (3.7-4.31).

Isaías vio a Dios sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de su manto llenaba el templo (Is 6.1).

Dios estaba rodeado de ángeles que elevaban alabanzas tan fuertemente que el edificio retumbaba (v. 2-4).

Isaías se sobrecogió no sólo por la grandeza de Dios sino porque sabía que era un pecador (v. 5). ¿Cómo puede estar un pecador en la presencia de un Dios vivo? Pero Dios perdonó el pecado de Isaías a través de una propiciación simbólica: un carbón del altar tocó los labios de Isaías (v. 7). Después Dios llamó a Isaías para ser Su profeta (v. 8-13).

Estos encuentros fueron muy diferentes a otros, pero existen similitudes importantes entre ellos. Dios se apareció en Su majestad como el Señor. El adorador fue lleno de temor reverente. El control del Señor, Su autoridad y presencia fueron evidentes. Su fuerza y poder fueron abrumadores, Él habló una palabra de autoridad, y se reveló a sí mismo en presencia del adorador. El adorador no siguió siendo igual. Salió con una nueva comisión para servir a Dios en una manera nueva.

En una ocasión, y sólo una, Dios tuvo un encuentro con la nación entera de Israel. Después que Dios tuvo el encuentro y hubo comisionado a Moisés, Moisés le dijo a Faraón, el rey de Egipto, que dejara salir al pueblo de Egipto para que le adoraran en un festival, ofreciendo sacrificios (Éx 5.1-13). Ellos no partieron sino hasta después que Dios envió las 10 plagas sobre Egipto. Pero desde el principio, ellos sabían que estaban dejando Egipto para encontrarse con Dios. Y Dios tuvo ese encuentro con ellos en el Monte Sinaí (Éx 19.20-21). Como el encuentro de Isaías con Dios, la experiencia que tuvieron en el Sinaí fue aterradora. Israel vio una demostración asombrosa del poder y la presencia de Dios, y escuchó su voz poderosa en los 10 mandamientos, los cuales los culpaban de pecado. El pueblo le dijo a Moisés, Habla tú con nosotros y escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos (Éx 20.19). Dios accedió a su petición.

Algunas veces escuchamos a los cristianos expresar su deseo de hablar con Dios personalmente, como se le apareció a la gente durante el período bíblico. Pero los encuentros con Dios en la Biblia fueron asombrosos y aterradores. Job también pidió una entrevista con Dios (ver Job 23.1-7; 31.35-37). Pero la entrevista que Dios le concedió fue aterradora y humillante (ver Job 38-42). Tal vez debemos estar satisfechos, y aun agradecidos, que nuestros encuentros con Dios hoy en día son menos directos (aunque igualmente reales). Seguramente, podemos estar agradecidos por poder estar delante de Dios en Cristo, quien llevó en nuestro lugar la ira de Dios.

2. LA ADORACIÓN ESPONTÁNEA

Aunque, como veremos, Dios estableció tiempos especiales para la adoración, ésta a veces tenía lugar en cualquier momento y en cualquier lugar. La Escritura habla de la oración privada (Dan 6.10; Mt 6.6) y de la enseñanza en la familia (Dt 6.4-9). Cuando Moisés regresó a Egipto después de su encuentro con Dios, y comunicó a los Israelitas la promesa de Dios para ellos, se postraron y adoraron (Éx 4.31). Los Salmos están llenos de oraciones a Dios en medio de situaciones difíciles y alabanzas en respuesta a su salvación. La adoración es algo natural para el pueblo de Dios. Como Dios es el Señor de toda la vida, cada experiencia de la vida le revela en alguna manera. Y cuando reconocemos la presencia de Dios en nuestras vidas, la respuesta natural es la oración y la alabanza. La adoración, por lo tanto, no necesita ser organizada o calendarizada para ser válida. Sin embargo, como veremos más adelante, en la Escritura Dios organiza y calendariza la adoración de Su pueblo en una amplia variedad de maneras.

3. LA ADORACIÓN EN EL PACTO

Para la adoración de Israel algo central era la consciencia de que ellos eran el pueblo especial de Dios, escogidos de entre todas las naciones para ser el pueblo de Dios. El significado de la raíz de la palabra santo es “separar”, y por lo tanto, Israel, que estaba separado de todas las demás naciones, era el pueblo “santo” de Dios. Esto no quiere decir necesariamente que Israel era más fiel a Dios que otras naciones. Pero, por lo menos, ellos eran diferentes, y Dios les pedía que demostraran esa diferencia en su conducta.

La santidad es un concepto litúrgico, una parte de la adoración. Puesto que Israel era el pueblo de Dios, la existencia misma de Israel era la adoración. La vida total de la nación era la adoración, estar apartados para Dios. De esta manera, la Escritura nos presenta el concepto de la adoración en su sentido amplio. Por lo tanto, la Ley de Moisés dirigía cada área de la vida de Israel, no sólo esas cosas que normalmente llamamos “religiosas”. La ley contenía reglas para la oración y el sacrificio; exhortaba a Israel a escuchar y a obedecer la palabra de Dios, a cantar alabanzas a Él, y a ejecutar una serie de rituales. Pero también dirigía al gobierno civil en las sentencias para los delitos diversos. Gobernaba el calendario de la gente y de la vida en familia, las relaciones sexuales, el sistema económico, la dieta, y los ciclos de trabajo y descanso. La ley de Dios regía cada aspecto de la vida humana.

Muchos mandamientos de la ley servían principalmente para reforzar la distinción entre Israel y las demás naciones. Los israelitas debían usar vestiduras distintivas, evitar alimentos que los paganos comían, etc. El sello distintivo fundamental era la circuncisión. El acceso pleno al templo estaba disponible sólo para aquellos que estaban circuncidados.

4. LOS SACRIFICIOS

Poco después de la Caída de la raza humana, la gente comenzó a traer ofrendas al Señor. Caín y Abel trajeron sus ofrendas a Dios (Gn 4.2-5). Después del diluvio, Noé construyó un altar y sacrificó para el Señor de todo animal limpio y de toda ave limpia (Gn 8.20-22). En esa ocasión, Dios hizo un pacto con Noé. Más adelante, los animales fueron también sacrificados cuando Dios hizo un pacto con Abraham (Gn 15). El Señor pasó entre los pedazos de animales, prometiendo que los descendientes de Abraham poseerían la tierra de Palestina.

Dios más adelante hizo un pacto con el pueblo de Israel bajo el liderazgo de Moisés. Este pacto incluía un sistema elaborado de ofrendas de animales, granos, vino, aceite, e incienso. Habían ofrendas por toda la nación: todos los días, semanalmente (en el día de reposo), mensualmente (la luna nueva), y en las fiestas anuales (Nm 28-29). Había ofrendas hechas por los individuos por sus pecados, su consagración, y comunión con Dios (Lv 1-7). La ofrenda por la comunión (la ofrenda de paz o de compañerismo) era parcialmente comida por el adorador y los sacerdotes como una comida de compañerismo con Dios.

También habían ofrendas para ocasiones especiales, tales como en el establecimiento de pactos, la consagración de sacerdotes, y la dedicación del templo. Los sacrificios no limpiaron a Israel de su pecado, porque es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados (Heb 10.4). Su propósito era apuntar hacia adelante al tiempo de Jesús, el Cordero de Dios, como aquel quien habría de ofrecerse a sí mismo como el sacrificio final por el pecado.

5. LOS DÍAS DE REPOSO

El cuarto mandamiento requiere que Israel se acuerde del día de reposo para santificarlo (Éx 20.8).

Santificar un día es en sí mismo un acto de adoración. En este caso, la santidad del día fue observada mediante el cese del trabajo, las ofrendas sacrificiales, y por medio de una santa convocación (Lv 23.3).

El día de reposo era algo nuevo cuando Dios le dio los Diez Mandamientos a Israel.

Éxodo 20.11 enseña que Dios le dio el día de reposo al hombre en el tiempo de la creación, y que debemos imitar el patrón de la actividad creativa de Dios: seis días de trabajo y uno de descanso. Sin embargo, en la ley de Israel el día de reposo semanal vino a ser parte de un sistema de días de reposo.

Habían días especiales de reposo adicionalmente al día de reposo semanal durante la observancia de la Pascua y otras ocasiones especiales (notar, por ejemplo, Lv 23.7). Dios también ordenó a Israel que observara un año de reposo: cada séptimo año la tierra debía reposar (Lv 25.1-7). En año número cincuenta, el año siguiente al séptimo año de reposo, otro año de reposo ocurría llamado el Jubileo, durante el cual la propiedad que hubiera sido vendida regresaba al dueño original (Lv 25.8-13).

6. LAS FIESTAS

Tres veces al año, se esperaba que todos los varones israelitas fueran a un lugar central (eventualmente Jerusalén) para una fiesta divinamente convocada.

- La fiesta doble de la Pascua y de los Panes sin levadura era celebrada en nuestro mes de marzo o abril para recordar la liberación de la esclavitud de Egipto y el pacto por medio del cual Israel como nación llegó a ser el pueblo de Dios.
- La fiesta de Pentecostés (también llamada la fiesta de las Semanas o de las primicias), en mayo o junio, celebraba la cosecha de trigo. La tradición posterior empezó a considerar la fiesta de Pentecostés, llevada a cabo 50 días después de la pascua, como el aniversario del encuentro de Dios con Israel en el Monte Sinaí y del establecimiento de la ley.
- La fiesta de los tabernáculos en el otoño, precedida por un período de dos semanas que incluían la Fiesta de las Trompetas y el día de la Propiciación, marcaba la cosecha y la conmemoración del peregrinaje de Israel en el desierto. La gente se reunía en Jerusalén donde vivían en tiendas, recordando así los rigores del viaje. En la fiesta de las trompetas, la ley era leída, y en el Día de la Propiciación, los pecados confesados. Después de la confesión pública, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo en el tabernáculo o el templo (el asiento de la presencia divina) llevando sangre por sus propios pecados y los del pueblo.

7. EL TABERNÁCULO Y EL TEMPLO

A través de Moisés, Dios le ordenó a Israel que le construyera un lugar en el cual Él pudiera habitar en medio de ellos (Éx 25.8). Éxodo 25-28 registra las instrucciones detalladas de Dios para la construcción de la estructura.

Israel debía hacer el tabernáculo y todo su mobiliario exactamente como Dios dijera

(25.9; comparar v. 40; Heb 8.5). Bezaleel y Aholiab, los artesanos que supervisaron la construcción fueron escogidos por Dios y llenos del Espíritu Santo para realizar su labor (Éx 31.1-3).

El tabernáculo mismo era un tipo de tienda dentro de un área rectangular. En el atrio estaba el altar de los sacrificios y una fuente para los lavamientos ceremoniales de los sacerdotes. El tabernáculo mismo estaba dividido en dos cuartos, el lugar santo y el lugar santísimo, los cuales estaban separados por una cortina.

En el lugar santo estaba la mesa de los panes de proposición, el candelero, y el altar de incienso. En el lugar santísimo estaba el arca del pacto, que era trono o el asiento de la presencia divina. En el arca se guardaban las tablas de los Diez Mandamientos, un recipiente de oro lleno de maná por medio del cual Dios alimentó milagrosamente a Israel en el desierto, y la vara de Aarón que floreció milagrosamente, confirmando a Aarón y a sus hijos como los sacerdotes de Israel (Nm 17.1-13). Nadie podía entrar al lugar santísimo excepto el sumo sacerdote, y sólo una vez al año el Día de la Propiciación.

El tabernáculo era portátil y apropiado al período del peregrinaje de Israel por el desierto. Sin embargo, en el tiempo del rey David Dios expresó su deseo por un lugar para habitar más permanente. A David no se le permitió construir esta nueva estructura porque él, un hombre de guerra, había derramado demasiada sangre humana. Salomón el hijo de David llevó a cabo la tarea de acuerdo con los planes que el Espíritu de Dios le había dado a David (1Cr 28).

El plan para el templo fue similar al del tabernáculo, pero el templo era mucho más grande y fue construido con materiales inmuebles. El mobiliario era el mismo, pero tenía más piezas: habían 10 candeleros de oro, 10 mesas de los panes de la proposición, y 10 fuentes (2Cr 4). El templo fue destruido tres veces y reconstruido dos.

El “segundo templo” fue construido después del exilio; el templo que existía durante el tiempo de Jesús fue edificado por Herodes el Grande. El tabernáculo y el templo estaban decorados hermosamente, llenos de metales preciosos y otros materiales.

El tabernáculo y el templo estuvieron dedicados mayormente para la adoración por medio de sacrificios. Pero también habían lugares para la oración (1R 8.22-53; Is 56.7; Mt 21.13; Hch 3.1), declaración de votos (1R 8.22-53), cantar alabanzas (1Cr 15.16-22; 25.1-31), y enseñanza (Mt 26.55; Lc 2.41-52; Hch 5.21).

8. SACERDOTES Y LEVITAS

Leví era una de las doce tribus de Israel, descendientes del hijo de Jacob con ese nombre; eran la tribu a la que Moisés y Aarón pertenecían. Pero a diferencia de las otras tribus, los levitas no recibieron una de las doce divisiones del territorio de la tierra prometida. Dios fue su herencia (Nm 18.20-24; Dt 10.9; 12.12). Él les dio una tarea especial; el cuidado del santuario y del altar (Nm 18.5). Por este servicio ellos recibían los diezmos dados por todas las otras tribus (Nm 18.21). Este cuidado incluía tareas relativamente domésticas, pero el rey David también empleó a los levitas como cantantes y músicos para la adoración en el santuario (1Cr 15.16-24; 16.4-6, 37-42). Los levitas eran también maestros de la ley de Dios (Dt 33.10, 2Cr 17.7-9), y no sólo en el santuario. Les fueron dadas ciudades en los territorios de las otras tribus en las cuales vivían y pastaban sus rebaños (Jos 21). Por lo tanto, aunque muchos de ellos vivían cerca del santuario, otros fueron colocados en varios lugares por toda la tierra y allí ministraban.

Los sacerdotes eran un grupo especial de levitas, descendientes de Leví, pero también de Aarón el hermano de Moisés. Los sacerdotes ofrecían sacrificios en el tabernáculo y en el templo y se encargaban de la adoración. En efecto, servían como mediadores entre Dios e Israel, presentando al pueblo delante de Dios, y a Dios delante del pueblo. También enseñaban la ley de Dios (Lv 10.10-11), juzgaban casos de impureza ceremonial (Lv 13-15), y trataban algunos asuntos civiles.

9. LA SINAGOGA

En el tiempo del ministerio terrenal de Jesús había sinagogas por todos lados en Palestina y en otros lugares con población judía. Una sinagoga podía ser formada por cualquier grupo de diez varones judíos mayores de doce años. Los servicios se llevaban a cabo en el día de reposo y otros días de la semana. Ningún animal u otra ofrenda era sacrificado en la sinagoga; la adoración por medio de sacrificios estaba circunscrita al templo. Los servicios de la sinagoga eran reuniones para orar y estudiar la Escritura. La Escritura podía ser leída por cualquier varón judío y el texto podía ser explicado y aplicado a la congregación. Había varias recitaciones, oraciones, bendiciones y respuestas congregacionales prescritas. Los orígenes de la sinagoga son oscuros.

Aunque la Ley de Moisés da instrucciones detalladas con respecto a la adoración en el tabernáculo y el templo, no menciona nada acerca de las reuniones en la sinagoga. Yo supongo que aun antes del Exilio, tal vez aun en los tiempos de Moisés, además de la adoración en el tabernáculo, existía algún tipo de ministerio de enseñanza que eventualmente se dispersó por toda la tierra.

Ya mencionamos que los levitas que vivían lejos del santuario tenían responsabilidad de enseñar en sus propias comunidades. 2 Reyes 4.23 implica que los creyentes en el reino del norte estaban acostumbrados a las visitas de varones de Dios los días de reposo y de luna nueva.

Otra indicación de tales instituciones es Levítico 23.3 donde se conecta el día de reposo con una santa convocación, sin describir nada más de lo que ocurría en esa reunión semanal. Algún tipo de servicio del día de reposo, inicialmente dirigido por los levitas (tal vez llevado a cabo primero cerca del tabernáculo, pero después en varios lugares por toda la tierra), pudo con el tiempo llegar a ser lo que conocemos como la sinagoga. La destrucción del templo y el exilio de los judíos sin duda hicieron de este tipo de reunión algo muy importante.

Después del exilio, los líderes de Israel vieron que la enseñanza de la Escritura era la más grande prioridad para la restauración de Israel como pueblo de Dios en la tierra prometida. La tradición judía cita a Esdras como el fundador de las sinagogas. La larga reunión en la que él enseñó la ley de Dios (Neh 8-9) es algunas veces conocida como la “Gran sinagoga.”

Jesús asistía a la sinagoga regularmente y enseñó allí (Lc 4.15-16), por lo que no puede haber duda de la aprobación de Dios con respecto a esta institución. Sin embargo, es interesante notar que la sinagoga y el templo son muy diferentes en cuanto a su justificación bíblica: Dios reguló la adoración sacrificial en el tabernáculo y en el templo al detalle, encomendado a la gente que hiciera todo estrictamente como lo había mandado. Sin embargo, no dijo nada acerca de la sinagoga (como tampoco de los ministerios de enseñanza y oración llevados a cabo a los alrededores del templo), dejando los arreglos de estos servicios a la discreción de la gente. Por supuesto, ellos sabían en general lo que Dios quería: Él quería que Su palabra se enseñara y que las oraciones fueran ofrecidas. Pero Dios no estableció los detalles.

Aun es una pregunta si la reunión en la sinagoga debería llamarse “adoración”. En el Antiguo Testamento, el vocabulario de la adoración típicamente se refiere a las ofrendas sacrificiales en el tabernáculo y el templo, los cuales no se llevaban a cabo en la sinagoga. Sin embargo, aquellos que asistían a la sinagoga sí honraban a Dios, y la honra a Dios es uno de las características que definen a la adoración. Y si la reunión en la sinagoga era la santa convocación de Levítico 23.3, entonces era claramente un encuentro con Dios y por lo tanto un tiempo de adoración.

10. CONCLUSIÓN

Había varios tipos de adoración en el periodo del Antiguo Testamento.

Hubo encuentros entre Dios y el hombre, oraciones espontáneas, sacrificios prescritos, un calendario de eventos de adoración regulares a diferentes intervalos, hermosos edificios para adorar, liderazgo instituido divinamente para la adoración sacrificial, y la enseñanza de la palabra de Dios.

11. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. “Cuando Dios tenía un encuentro con los hombres, la situación inmediatamente se volvía una situación de adoración”. Explica.
2. ¿Por qué el Antiguo Testamento pone tanto énfasis en los sacrificios, aun cuando es imposible que la sangre de becerros y carneros quiten los pecados?
3. ¿Puede la adoración del Antiguo Testamento funcionar apropiadamente sin un templo, sin una provisión para los sacrificios? ¿Cómo podemos evaluar la adoración judía moderna en este respecto?
4. ¿En qué se parece o difiere la adoración cristiana a la adoración en el templo?
¿En qué se parece o difiere a la adoración en la sinagoga?
¿En qué se parecen o difieren los pastores cristianos a los sacerdotes y levitas del Antiguo Testamento?
Compare la Cena del Señor con la “ofrenda de paz” y la Pascua.
5. ¿Por qué Dios insistió tanto en decirle a la gente que siguiera precisamente las direcciones reveladas para construir el tabernáculo? ¿Por qué, entonces, dio tan poca información con respecto a como quería que ellos se condujeran en la reunión de la sinagoga?

LECCIÓN 3

LA ADORACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

1. CRISTO ES EL CUMPLIMIENTO DE LA ADORACIÓN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

La más importante de la adoración en el Nuevo Testamento es su enfoque en Jesús. Como se dijo en el capítulo 1, Jesús viene como el Señor del pacto. Él muestra Su control, autoridad, y presencia que Jehová asoció con Su propio señorío sobre Israel. Él trae a Su pueblo una liberación mayor que la liberación de la esclavitud en Egipto, pues Jesús libera a Su pueblo del pecado. Los transforma en un nuevo pueblo de Dios (ver 1P 2.9), reuniendo a judíos y gentiles en un cuerpo para darle adoración.

Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, podemos ver todos los variados elementos del Antiguo Testamento apuntando hacia Jesús. En Él tenemos un encuentro con Dios (Jn 1.14). Su muerte por el pecado y su gloriosa resurrección nos hace adorarle espontáneamente. Por ejemplo, el apóstol Pablo, una y otra vez hace una pausa en sus descripciones de la obra de Cristo para dar una alabanza gozosa al Señor (ver Ro 9.5; 11:33-36; Ef 1.15-23; 3.14-21).

Jesús es el sacrificio supremo por el pecado y por lo tanto trae a su fin las ofrendas de toros y machos cabríos en el templo (Heb 10.1-18; Ef 5.2; Mr 10.45). Los sacrificios del Antiguo Testamento tenían que hacerse todos los días, una y otra vez, lo cual mostraba su insuficiencia para quitar el pecado. Pero el sacrificio de Jesús en la cruz terminó con el pecado una vez y para siempre. Su sacrificio es suficiente para hacer que Su gente sea santa (Heb 10.10).

Jesús es también quien trae y ofrece el sacrificio supremo; es decir, Jesús es el sacerdote supremo. Siendo tanto hombre como Dios, Él es el mediador supremo (él único en su género) entre Dios y los hombres (1Ti 2.5). El libro de Hebreos (6.13-8:13) afirma que Jesús es un sacerdote, no de la orden de Aarón, sino de la orden de Melquisedec, el sacerdote misterioso que dio pan y vino a Abraham, y a quien Abraham presentó sus diezmos (Gn 14.18-20). En la narración de Génesis, Melquisedec aparece de pronto, sin una genealogía y sin nada que se diga de su vida antes o después de su encuentro con Abraham. Similarmente, dice el escritor de a los Hebreos, Jesús no está conectado con la tribu de Leví o con su hijo Aarón.

Él comienza totalmente un nuevo sacerdocio, que ha llegado a serlo, no sobre la base de una ley de requisitos físicos, sino según el poder de una vida indestructible (7.16). Y Su sacerdocio es permanente porque Jesús vive para siempre (7.24). A diferencia de los sacerdotes aarónicos, Él no pierde Su oficio debido a la muerte. Por lo cual Él también es poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive perpetuamente para interceder por ellos (7.25).

Hebreos también nos dice que Jesús, como el supremo sumo sacerdote, ministra en un tabernáculo que es mayor que el tabernáculo o el templo del Antiguo Testamento. Recordemos del capítulo dos que Dios requirió que el tabernáculo de Israel fuera construido precisamente de acuerdo con el plan detallado revelado por Dios. Yo pregunté por qué debía ser esto así, debido al hecho de que Dios no reveló ninguna regulación específica para la sinagoga. En Hebreos 8.1-6 no enteramos del porqué: el tabernáculo terreno debía ser, tanto como fuera posible, una copia del tabernáculo celestial. El tabernáculo celestial es la habitación suprema de la presencia de Dios. Para que gocemos de eterno compañerismo con Dios, nuestros pecados deben ser quitados en ese tabernáculo eterno. Jesús, como el supremo sumo sacerdote, trajo Su propia sangre al tabernáculo celestial como el único sacrificio perfecto y permanente por el pecado (ver 9.11-28).

En un uso diferente del símbolo, Jesús mismo es el tabernáculo de Dios y el templo. Él es en quien Dios habitó con Su pueblo (Jn 1.14). Después de que Jesús sacó a los vendedores del templo en Jerusalén, los judíos le pidieron una señal milagrosa de Su autoridad: Jesús respondió y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Entonces los judíos dijeron: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días? Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Por eso, cuando resucitó de los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto; y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había hablado (Jn 2.19-22).

Jesús es Dios habitando entre los hombres. El propósito del templo era señalarlo. En la consumación final de la historia, en la Nueva Jerusalén no habrá templo, porque el Señor todo poderoso y el cordero es su templo (Ap 21.22).

Por lo tanto, todo el tabernáculo y el mobiliario del templo hablaban de Jesús (Heb 9.1-5).

El altar de los sacrificios hablaba del Su sacrificio. La fuente, como el sacramento del bautismo, hablaba de Cristo como el sacerdote que está perfectamente limpio, libre de cualquier mancha, y quien limpia a Su pueblo.

El candelero representa a Cristo como la luz del mundo. El pan de la propiciación y el maná, como el sacramento de la Cena de Señor, presenta a Cristo como aquel quien alimenta a Su pueblo. El altar de incienso y la vara de Aarón representan a Cristo como el sacerdote cuyas oraciones por Su pueblo siempre ascienden al trono del Padre. El lugar santísimo fue abierto por la muerte de Cristo, cuando el velo del templo se rompió en dos.

A través de Cristo, entramos confiadamente (Heb 10.19-25). El arca, el trono de Dios en Israel, representa a Jesús quien es Dios con nosotros, Emanuel. Las tablas de la ley hablan de Cristo como la Palabra eterna de Dios.

Jesús es también el Señor del día de reposo (Mt 12.8), y foco central de las fiestas anuales. Él es cordero pascual (Jn 1.29; 1Co 5.7). Jesús es quien envía su Espíritu en el Pentecostés para fortalecer a la iglesia.

Él es el cumplimiento del Día de la Propiciación al traer la sangre del sacrificio supremo a Dios en el lugar santísimo. Cristo es la Fiesta de los tabernáculos al habitar para siempre con su pueblo en carne y hueso.

Juan 1.14 dice, El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Jesús es también el verdadero Israel, el remanente fiel del pueblo de Dios. Aquellos que están en Él son el nuevo Israel, el Israel de Dios (Gá 6.16), los herederos de las promesas de Dios a Abraham. Por lo tanto, los cristianos, adoran a Dios conscientes de que son los elegidos de Dios, el pueblo de Dios, escogidos en Cristo desde antes de la fundación del mundo (Ef 1.4). Como Israel en Monte Sinaí, nos hemos reunidos en la presencia de Dios.

Pero tal y como el tabernáculo terrenal fue una imagen de un tabernáculo mayor en los cielos, así también la asamblea en el Sinaí era una imagen de una asamblea mayor en el cielo. Somos parte de esa asamblea mayor: Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y a Dios, el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos ya perfectos, y a Jesús, el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la sangre de Abel (Heb 12.22-24).

También tenemos una circuncisión más grande, que nos separa de todas las naciones de la tierra como el pueblo de Dios. En contra de los que insistían que los cristianos debían circuncidarse, Pablo responde, Porque nosotros somos la verdadera circuncisión, que adoramos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no poniendo la confianza en la carne (Fil 3.3).

En Cristo no únicamente somos el verdadero Israel, sino también somos sacerdotes. Como Él es el supremo sumo sacerdote, nosotros somos llamados a ser su real sacerdocio (1P 2.5, 9; Ap 1.6; 5.10; 20.6). En la iglesia del Nuevo Testamento, no existe un grupo especial de sacerdotes como lo había en el Antiguo Testamento sino que todos traemos a Dios sacrificios espirituales de alabanza, oración, conducta piadosa, y nuestra existencia total (Ro 12.1; Fil 2.17; 4.18; Heb 13.15-16).

No somos sólo sacerdotes sino también templos. Nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo (1Co 6.19). Por esta razón, Pablo enseña que no se debe contaminar con el pecado sexual. O para decirlo de otro modo, la iglesia como un todo es el templo de Dios que no debe contaminarse con la división u orgullo (1Co 3.16-17; 2Co 6.19; Ef 2.21). Pero es sólo en Él (en Cristo) que estamos unidos uno al otro como un templo santo. Somos el templo siempre y cuando seamos el cuerpo de Cristo.

Entonces, claramente, la adoración Cristiana debe estar llena de Cristo. Venimos ante el Padre sólo por medio de Él (Jn 14.6). En la adoración le vemos como nuestro todo suficiente Señor y Salvador. Cristo debe ser inescapablemente prominente y presente en cada ocasión que ocurra la adoración cristiana.

2. LA ADORACIÓN EN EL SENTIDO AMPLIO

Los grandes cambios del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento implican que habrá cambios en la adoración. Como el nuevo Israel en Cristo, la iglesia adora en una manera paralela a la del Antiguo Testamento, en ésta cada ordenanza del Antiguo Testamento tiene su cumplimiento en Cristo. Nosotros también tenemos un pacto, un sacerdocio, sacrificios, un tabernáculo, circuncisión, propiciación, y fiestas. Pero en nuestra práctica real, hay grandes diferencias, pues todas estas instituciones existen en Él y en Él nada más. Y nuestra adoración en Cristo presupone el cumplimiento una vez y para siempre de la redención la cual esperaban los judíos del Antiguo Testamento.

Una diferencia que debe ser evidente es que en el Nuevo Testamento la terminología de la adoración es usada típicamente en su sentido amplio. Eso es de esperarse. El templo físico ya no existe; ya no hay sacrificios de animales; ya no hay sacerdocio aarónico. La circuncisión y las fiestas anuales ya no son requeridas. Apreciamos todas estas ordenanzas por el testimonio que dan acerca de Cristo, pero ya que ha venido y cumplido la redención, ya no hay más necesidad de su observancia literal. Ciertamente, la observancia literal de estos rituales nos distraería de salvación lograda por Jesús. Por lo tanto, Dios ya no requiere nuestra participación en estas ceremonias.

Pero ¿qué queda cuando estas ceremonias ya no son requeridas? Esencialmente, lo que queda es una adoración en el sentido amplio: una vida de obediencia a la Palabra de Dios, un sacrificio de nosotros mismos. Toda nuestra vida es nuestro servicio sacerdotal, nuestro homenaje a la grandeza de nuestro Señor del pacto.

3. LAS REUNIONES CRISTIANAS

Pero este hecho no debe tomarse para decir que en el Nuevo Testamento no existe un mandamiento para la alabanza y oración corporativa, la enseñanza y el sacramento, o las reuniones en las cuales Dios se acerca a su pueblo de una manera especial. Claramente, existieron esas reuniones entre los primeros cristianos, reuniones avaladas por los apóstoles como representantes de Jesús.

Jesús prometió una bendición especial, su presencia especial con su pueblo cuando se reunieran en su nombre (Mt 18.20, comparar con Jn 14.13-14, 26; 16.23-26). La Cena del Señor no es como cualquier otro alimento; es una manera misteriosa, una participación en la sangre de Cristo y una participación en el cuerpo de Cristo (1Co 10.16). El pan y el vino deben tomarse dignamente (1Co 11.27), porque Jesús le llama el nuevo pacto en mi sangre (v. 25).

Desde el principio de la iglesia del Nuevo Testamento, los creyentes se deleitaban en reunirse, y en esas reuniones experimentaban bendiciones únicas del Espíritu de Dios (Hch 1.6, 14; 2.42-47; 4.23-31; 5.42; 13.2; 20.7-38; 1Co 11.18-34; 14.1-40; 1P 3.21). Se reunían a orar, enseñar y tomar los sacramentos. Pronunciaban públicamente en las reuniones los juicios de la disciplina eclesiástica (1Co 5.4-5). La iglesia recibía ofrendas para los cristianos en necesidad especial (1Co 16.1-2). Intercambiaban el ósculo santo (Ro 16.16; 1Co 16.20).

Por el Espíritu de Dios ocurrían cosas sobrenaturales. Había manifestaciones de lenguas desconocidas para los hablantes, interpretaciones de esas lenguas, y profecías divinamente inspiradas en idiomas familiares (1Co 14.1-25). En mi opinión, estos dones sobrenaturales fueron dados a la iglesia sólo para su período de fundación, para atestiguar el ministerio de los apóstoles (Heb 2.1-4; 2Co 12.12; Ef 2.20). Ese ministerio está disponible para nosotros por medio de la Escritura, y por lo tanto, no debemos esperar que Dios nos dé esos dones hoy en día. Sin embargo, Dios está presente en una manera especial en las reuniones cristianas tanto en los aspectos permanentes del Nuevo Testamento como en los aspectos temporales. Cuando los cristianos adoran como Dios les ha ordenado, aun el incrédulo será llevado a adorar reconociendo que Dios está presente entre ellos (1Co 14.25).

Por esta razón, las reuniones no son algo opcional. Muchos cristianos profesantes hoy en día creen que pueden ir a la iglesia cuando quieran. Van si no están cansados, u ocupados con otra cosa, o trabajando, o socializando, o viendo el partido de fútbol. Usualmente este comportamiento no es digno de un cristiano. Pero cuando tales personas tratan de comparar su comportamiento con la Palabra de Dios llegan a la conclusión de que la verdadera adoración es en toda la vida, no en reuniones, y que ellos pueden adorar a Dios perfectamente en las salas de sus propias casas o en el campo de fútbol. Pero el autor de Hebreos tenía una perspectiva diferente.

Para él, la reunión es de vital importancia: no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al ver que el día se acerca (Heb 10.25).

¿Es la reunión cristiana un "Culto de Adoración"? Algunos han dicho que no, basándose en que en el Nuevo Testamento toda la vida es adoración. Es cierto que el Nuevo Testamento no describe las reuniones cristianas primitivas como "adoración". Ni el Nuevo Testamento típicamente usa el lenguaje del Antiguo de los sacrificios y el sacerdocio para describir las reuniones cristianas de esa manera. Mucho del enfoque de la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de las reuniones tiene un enfoque horizontal: la importancia de mostrar el amor los unos por los otros en las reuniones (1Co 11-14), o la importancia de la edificación (1Co 14.26; Heb 10.24-25). Sin embargo, hemos visto que en la reunión, Dios se acerca a su pueblo en una manera especial. Es difícil definir esa palabra "especial" con precisión. Por supuesto, Dios es omnipresente, por lo tanto siempre está cerca de nosotros (Sal 139). Ese hecho, por supuesto, es importante para la adoración en el sentido amplio, toda la tierra es el templo de Dios.

A través de toda la historia de la redención, sin embargo, Dios, cuando en cuando, se ha hecho presente de una manera intensa y sobrecogedora. Algo muy inusual e importante sucedió cuando Moisés se encontró con Dios en la zarza ardiente, cuando Israel se reunió con Dios en el Sinaí, y cuando la gloria de Dios descendió sobre el tabernáculo. Y algo similar ocurre cuando Dios se acerca a la reunión cristiana del Nuevo Testamento, aun cuando no haya ningún espectáculo visual, como pasaba en el Antiguo Testamento. Cuando los cristianos se reúnen en el nombre de Jesús, su reunión no es meramente adoración en el sentido amplio, aunque ciertamente es eso. Algo más está ocurriendo, y merece un nombre especial.

Tradicionalmente, los cristianos lo han llamado "Adoración", teniendo en mente un sentido del término que es análogo a su uso en el contexto del templo. Este uso del vocabulario de la adoración es algo peligroso, porque nos puede hacer olvidar las grandes diferencias que existen entre la adoración en el templo del Antiguo Testamento y la reunión descrita en el Nuevo Testamento. Pero ciertamente hay similitudes tanto como diferencias, y nuestra terminología debe tener ambas cosas en cuenta.

Las preguntas respecto a la terminología nunca son cosas de vida o muerte. El Español moderno es diferente al Hebreo del Antiguo Testamento y del Griego del Nuevo Testamento, y rara vez es posible lograr una equivalencia perfecta entre las expresiones en Español y las expresiones encontradas en el lenguaje original de la Biblia. Muy a menudo necesitamos muchas palabras en Español para expresar el significado variado de un término griego, o viceversa. Un buen traductor debe batallar, considerando muchas posibilidades, para encontrar la mejor traducción. Así es como podemos describir las reuniones del Nuevo Testamento como "adoración", siempre y cuando usemos otros términos para diferenciar entre los varios tipos de adoración. O, podemos retirar el término "adoración" de las reuniones cristianas, pero debemos encontrar otro término que exprese la presencia divina en la reunión y el homenaje dado a Dios allí.

Algunas veces he usado esta ilustración: Imagina que estás trabajando limpiando pisos en el palacio de un rey. Aun cuando tu trabajo es muy sencillo, tienes un sentimiento especial por estar allí. Eres fiel al rey y lo admiras; y haces tu trabajo, después de todo, en el palacio del rey. Cuando trabajas, en un sentido real, estás en la presencia del rey, y todas tus labores son un servicio, un tipo de homenaje para él. Pero algunas veces algo especial ocurre: tienes la oportunidad de hablar personalmente con el rey. Puede ser que sólo pasa por tu lado y hace un comentario casual, o puede que asistes a una reunión oficial. Cualquiera que sea el caso, cuando esto ocurre, tu servicio toma un carácter diferente. La ocasión, aun el encuentro casual, llega a ser ceremonial. Te inclinas, y recuerdas lo mejor que puedes el lenguaje de homenaje: "Majestad". Como buen siervo, buscas de varias maneras expresar tu respeto por tu señor y expresar tu apoyo para sus propósitos.

La ilustración no es perfecta, puesto que Dios no es físico y Su acercamiento no siempre es visible. Pero algo parecido pasa en nuestra relación con Dios. Toda la vida es adoración, en el sentido de que siempre buscamos servir a nuestro Señor y darle honor. Todo el mundo es su palacio (Is 66.1). Pero cuando se reúne con nosotros, algo especial ocurre. La Biblia usa el término "adoración" para expresar esa situación especial, aun aparte del ministerio sacerdotal del tabernáculo y del templo. Recordemos la adoración espontánea registrada en pasajes como Éxodo 4.31. Recordemos el asombro solemne de Abraham, Jacob e Isaías cuando Dios tuvo un encuentro con ellos.

Además, aunque la Escritura no habla específicamente de las reuniones cristianas como un culto de adoración, sí utiliza la terminología de la adoración para algunas de las cosas que hacemos en la reunión.

- Nuestras ofrendas pueden ser una ofrenda de olor fragante, un sacrificio aceptable, agradable a Dios (Fil 4.18; Comparar Os 14.2).
- Las oraciones en la Escritura son relacionadas con el humo que subía del altar de incienso en el tabernáculo y el templo (Sal 141.2; Lc 1.10; Ap 5.8; 8.3-4).
- La oración es un levantamiento de manos santas (1Ti 2.8).
- La Palabra que leemos y predicamos es santa (Ro 7.12; 2Ti 3.16; 2P 2.21; 3.2).
- En Hebreos 4.12, la palabra penetra hasta lo más profundo de nosotros; este lenguaje es el usado para los sacrificios.
- El beso con el cual los cristianos del Nuevo Testamento expresaban su compañerismo y unidad era también santo (Ro 16.16; 1Co 16.20; 2Co 13.12; 1Ts 5.26).
- Como iglesia somos un templo santo (1Co 3.17; Ef 2.21; 5.27; Ap 21.2, 10) y un sacerdocio santo (1P 2.5).
- Al adorar nos acercamos a la Jerusalén celestial, a Dios y a los ángeles en la asamblea de gozo (Heb 12.22-24).

Por lo tanto, no es incorrecto describir las reuniones cristianas como un culto de adoración. Sin embargo, esto no quiere decir que hay una distinción muy aguda entre lo que hacemos dentro de la reunión y lo que hacemos fuera de ella. Nuestra santidad, nuestro sacerdocio, nuestras oraciones, y nuestra obediencia al escuchar el Santo Libro no se restringen a la reunión de la iglesia. La diferencia entre la adoración en el sentido amplio y estricto es una diferencia de grado. Toda la tierra es el templo de Dios. Como en el caso del trabajador del palacio, hay un sentido en el que siempre estamos en la presencia de Dios, siempre estamos con Él. Sin embargo, en varias ocasiones Dios parece estar más cerca. Lo que el Nuevo Testamento enseña es que cuando el pueblo de Dios se reúne en el Nombre de Jesús, Dios realmente se acerca. Esto es verdad, ya sea que sintamos Su presencia o no. Es Su promesa y debemos confiar en ella.

¿Qué significa "acercarse" en este contexto? Ya he mencionado que esto es difícil de definir, pero déjenme intentar dar algo de claridad a esta idea. Cuando Dios se acerca, Él tiene asuntos especiales que tratar con nosotros. Como en el caso de Isaías, Él quiere recordarnos de su grandeza y santidad. Dios quiere que reconozcamos esa grandeza por medio de nuestras alabanzas. Él quiere convencernos de nuestro pecado, y quiere que le confesemos ese pecado y recibamos el perdón. Él quiere que escuchemos su palabra y la obedezcamos. Dios quiere escuchar nuestros votos bautismales y presidir en la disciplina de la iglesia. Él quiere compartir con nosotros en la Cena del Señor. Él quiere recibir nuestras ofrendas. Él quiere que reconozcamos nuestra unidad y amor en el cuerpo. Para tales propósitos se acerca Dios. Y de tal comunión con Dios en el nombre de Cristo, nos elevamos fortalecidos por su Espíritu para realizar su encomienda. Cuando Dios se acerca podemos ser grandemente bendecidos. Cosas buenas ocurren. Sin embargo, también es cierto que algunas veces Dios se acerca en juicio (ver Gn 3.8-19; Jl 2.11; Mal 3.1-5; Mt 25.31-46; 2Ts 2.8). Aquellos que desobedecen su palabra, y que no le dan el honor apropiado, son aterrorizados cuando Dios se acerca. Todos le hemos ofendido; sólo podemos estar agradecidos y asombrados de que en Cristo nos ha perdonado. No todos serán perdonados. Por supuesto, el juicio final no vendrá sino hasta el final de la historia. Por lo tanto, en nuestra adoración hoy en día, Dios no se acerca a nosotros con el juicio final. Pero sí desaprueba el pecado por medio de la predicación de la palabra y la disciplina eclesiástica. Y esas reprobaciones del pecado se hacen más intensas cuando el pueblo de Dios se reúne en Su nombre. Consideremos otra vez 1Co 14.24-25, en el cual como hemos visto, un incrédulo que visita una reunión cristiana es convencido de su pecado y adora a Dios, exclamando Verdaderamente, Dios está entre ustedes.

¿Qué significa reunirse en el nombre de Cristo? Simplemente implica que nos reunimos por Él, nos reunimos por los propósitos que surgen de nuestro compromiso por Jesús. Cuando nos reunimos en Su nombre, Jesús se reúne con nosotros. Su nombre es grande y poderoso.

- En el nombre de Jesús sus discípulos profetizaban y hacían milagros (Mt 7.22; Lc 9.49; Hch 3.6; 4.7).
- Por ese nombre, su pueblo ha sido perseguido (Mt 10.22; 24.9).
- En el nombre de Jesús somos bautizados (Mt 28.19; Hch 2.38).
- En ese nombre mostramos amor por el pobre (Mr 9.41).
- La fe salvadora es la fe en el nombre de Jesús (Jn 1.12, 3.18; 20.31; Hch 3.16).
- En este nombre oramos y Él promete responder (Jn 14.13-14, 26; 15.16, 21; 16.23-26).
- No hay otro nombre por medio del cual podamos ser salvos (Hch 4.12).

El nombre de Cristo es inseparable de Cristo mismo. Alabar Su nombre es alabarle a Jesús. Ser bautizado en Su nombre es ser bautizado en Cristo (Gá 3.27). Creer en Su nombre es creer en Él. Es en ese nombre maravilloso que nos reunimos. Verdaderamente, debemos esperar mucho de la adoración.

4. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. ¿Cuáles son algunas de las maneras cómo Jesús es el cumplimiento de la adoración del Antiguo Testamento?
2. ¿Realmente es Cristo central y preeminente en la adoración de tu iglesia? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Qué puedes hacer para que la adoración sea más Cristo Céntrica?
3. ¿Por qué es prominente la adoración en su sentido amplio en el Nuevo Testamento?
4. ¿Por qué debes ir a la iglesia? ¿De qué te pierdes si no vas? ¿De qué se pierden otros si no vas?
¿Puesto que toda la vida es adoración, puedes adorar a Dios así de fácil en cualquier otro lugar?
¿El culto es una opción o una necesidad?
¿Debería la iglesia disciplinar a los miembros que no asisten regularmente a los cultos?
5. ¿Es la reunión cristiana un "culto de Adoración"? ¿Por qué es importante este asunto?
6. ¿Qué significa que Dios se "acerca" a nosotros? ¿Cuál es la diferencia entre la manera como él se acerca a nosotros en la adoración y las maneras como se acerca en otras ocasiones?
7. ¿Qué significa reunirse "en el nombre de Cristo"?

LECCIÓN 4

LAS REGLAS DE LA ADORACIÓN

1. NECESITAMOS CONOCER LAS REGLAS

A menudo la gente se sorprende cuando se enteran que a Dios no siempre le agrada cuando la gente le adora. Podríamos pensar que Dios debería estar agradecido por cualquier atención que le demos en medio de nuestros horarios tan ocupados. Pero la adoración no se trata de Dios agradeciéndonos, sino de nosotros agradeciéndole a Él. Y Dios no se agrada con cualquier cosa que escojamos hacer en Su presencia. El Dios todopoderoso de los cielos y la tierra demanda que nuestra adoración sea gobernada por Su palabra.

- En Génesis 4 podemos ver que Dios no se agradó de la ofrenda de Caín (v. 5).
- En Levítico 10.1-3, Dios destruyó a los hijos de Aarón, Nadab y Abihu porque ellos ofrecieron fuego extraño delante del Señor, contrario a su mandato
- Ver también 1S 13.7-14; 2S 6.6-7 [comparar con 1Cr 13.9-14; 15.11-15]; 1R 12.32-33; 15.30; 2Cr 26.16-23; 28.3; Jer 7.31; 1Co 11.29-30

Los primeros cuatro mandamientos regulan la adoración en varias maneras. Regulan cómo tratamos lo santo.

- El primero prohíbe la adoración de dioses falsos.
- El segundo prohíbe la adoración de cualquier dios (aun del Dios verdadero) por medio de ídolos.
- El tercero prohíbe el uso incorrecto del nombre santo de Dios.
- El cuarto requiere que nosotros recordemos su día santo.

La Escritura, por lo tanto, traza una línea muy estricta entre lo que es la verdadera y la falsa adoración.

La condenación de la idolatría está por todos lados en la Biblia (Hch 17.16; Ro 1.21-23; 1Co 10.6-22; 2Co 6.16; Gá 5.2:0; 1P 4.3; 1Jn 5.21; Ap 21.8; 22.15).

Por lo tanto, es un asunto de vital importancia, literalmente de vida o muerte, saber cómo adorar a Dios correctamente de acuerdo con su voluntad. La adoración incorrecta provoca la ira de Dios, no trae Su bendición. No podemos hacer cualquier cosa que queramos en la presencia asombrosa de Dios.

Los cristianos modernos toman muy a la ligera a la adoración. La carta a los Hebreos nos amonesta a adorar a Dios aceptablemente con reverencia y temor, pues nuestro Dios es fuego consumidor (Heb 12.28).

¿Cómo podemos adorar a Dios aceptablemente? Esa es la pregunta crucial. Pero antes de contestarla, debemos responder otra pregunta: ¿Cómo podemos saber cómo adorar a Dios aceptablemente? ¿Dónde encontramos las reglas de la adoración?

2. EL PRINCIPIO REGULATIVO

Para todos los cristianos la respuesta básica a la pregunta anterior es "la Escritura". Dios rige toda vida humana por medio de Su palabra, y por lo tanto, rige la adoración por medio de la Escritura. Pero ¿cómo usamos la Escritura para regular la adoración? Para esta pregunta los diferentes grupos cristianos tienen una respuesta diferente.

- Los católico-romanos, los episcopales y los luteranos han tomado la posición de **que podemos hacer cualquier cosa en la adoración excepto aquello que la Escritura prohíbe**. Aquí la Escritura regula la adoración en una manera negativa, es decir, ejerciendo su derecho de veto.
- Los Presbiterianos y Reformados, sin embargo, han empleado un principio aun más fuerte: **"Lo que la Escritura no ordena está prohibido"** Aquí la Escritura tiene más que un derecho de veto, actúa positivamente. Desde este punto de vista, la Escritura debe requerir positivamente una práctica para que ésta sea aceptable para la adoración de Dios.

La **Confesión de Fe de Westminster** (21.1) dice así:

La forma aceptable de adoración al Dios verdadero es instituida por él mismo, y está tan limitada por su propia voluntad revelada que no podemos adorarle de acuerdo con las imaginaciones e inventos del hombre o las sugerencias de Satanás, bajo ninguna representación visible o cualquier otra manera que no esté prescrita en la Santa Escritura.



La palabra clave es "prescrita". Eventualmente esta restricción de la adoración de lo que Dios prescribe llegó a conocerse como el "principio regulativo" de la adoración Reformada y Presbiteriana.

Este principio regulativo refleja un entendimiento genuino de la naturaleza de la adoración bíblica. Como hemos mencionado, la adoración es para Dios, no para nosotros. Al adorar buscamos honrarle. Por lo tanto, debemos buscar ante todo lo que a Él le agrada. Para hacer esto no podemos confiar en nuestras propias imaginaciones. Nadab y Abihu confiaron en su propia sabiduría y Dios los juzgó severamente. ¿Puede alguno de nosotros confiar en nosotros mismos para determinar lo que a Dios le agrada o no en la adoración, sin el respaldo de la Escritura? Nuestra limitación y nuestro pecado nos descalifican para hacer tal juicio. Para tal decisión tan seria, potencialmente una decisión de vida o muerte, debemos confiar en la propia sabiduría de Dios, la revelación de su propio corazón. Debemos preguntarle a la Escritura qué es lo que Dios quiere que hagamos en cuanto a la adoración. Por lo tanto, al adorar debemos hacer esas cosas y sólo esas cosas.

La Escritura misma condena la adoración que se basa sólo en las ideas humanas: este pueblo se acerca a Mí con sus palabras Y Me honra con sus labios, Pero aleja de Mí su corazón, Y su veneración hacia Mí es sólo una tradición aprendida de memoria (Is 29.13). Esta palabra de Dios a través de Isaías fue repetida por Jesús en Mateo 15.8-9 y Marcos 7.6-7. Pablo en Colosenses 2.23 condena el culto voluntario, una adoración sin la autorización de Dios. La Escritura, la Palabra de Dios, es suficiente para nuestra adoración como para toda nuestra vida. No debemos añadirle y no debemos atrevernos a sustraerle (Dt 4.2; 12.29-32; 2Ti 3.16-17; Ap 22.18-19).

3. APLICACIONES

Entonces, ¿Tiene algún papel el pensamiento, la planeación o la decisión humana en la adoración de Dios? Obviamente sí tiene tal papel. La Escritura guarda silencio acerca de muchas cosas que hacemos al adorar. No nos dice cuándo o dónde reunirnos los domingos, si debemos sentarnos en bancas o sillas, cuánto debe durar el culto, qué himnos debemos cantar, o qué texto debe predicar el pastor. Entonces, ¿Cómo puede ser la Escritura una regla suficiente para la adoración? ¿Necesitamos la sabiduría humana además de la Escritura para planear nuestra adoración?

Los teólogos que escribieron la **Confesión de Fe de Westminster** tocaron este problema al reconocer que *"Hay algunas circunstancias tocantes a la adoración de Dios y al gobierno de la iglesia, comunes a las acciones y sociedades humanas, que deben arreglarse conforme a la luz de la naturaleza y de la prudencia cristiana, pero guardando siempre las reglas generales de la Palabra que han de observarse siempre"* (1.F.). Ellos creían que la Escritura es suficiente para decirnos las cosas básicas que debemos hacer en la adoración. Pero no nos da una dirección detallada en el área de las "circunstancias".

¿Cuáles son estas circunstancias? La **Confesión de Fe de Westminster** no define el término, excepto en que dice que son "comunes a las acciones y sociedades humanas". Algunos Puritanos y Presbiterianos Escoceses, tratando de explicar más esta idea enseñaron que las circunstancias eran cosas seculares que no tienen ninguna importancia religiosa. Pero seguramente, en el mundo de Dios nada es puramente secular; nada está desprovisto de una importancia religiosa. Esto lo podemos concluir del hecho de que toda la vida es adoración.

La hora y el lugar de reunión, por ejemplo, no son religiosamente neutrales. Las decisiones sobre estos asuntos deben tomarse para la gloria de Dios. Los ancianos de una iglesia no estarían ejerciendo un gobierno piadoso si trataran de forzar a los miembros a adorar a las 3:00 AM. Las decisiones sobre la hora y el lugar de adoración pueden afectar grandemente la calidad de la edificación (1Co 14.26).

Aunque sea común a las acciones y sociedades humanas el tomar las decisiones sobre los lugares y horas de reunión, la decisión sin embargo tiene una importancia religiosa en el contexto de la iglesia. Los teólogos entendieron esto y por lo tanto insistieron que todas estas decisiones fueran hechas "guardando siempre las reglas generales de la Palabra".

Pero entonces, ¿Cómo vamos a distinguir entre una circunstancia y un elemento substancial de la adoración?" Además, podría ser que haya algunos asuntos en la adoración que no son "comunes a las acciones y sociedades humanas" con respecto a los cuales debemos ejercer nuestro juicio humano. Por ejemplo, la Escritura nos dice que oremos, pero no nos dice qué palabras precisas usar en nuestras oraciones para cada ocasión.

Tenemos que decidir qué palabras usar dentro de los límites de la enseñanza bíblica acerca de la oración. Esa es una decisión de gran importancia espiritual. No parece correcto describir el asunto como una mera "circunstancia". La oración no es "común a las acciones y sociedades humanas". Pero en la oración debemos usar nuestro propio juicio dentro de la dirección bíblica; si no lo hiciéramos no oraríamos para nada.

Yo estoy de acuerdo con la confesión en que hay un espacio para los juicios humanos en los asuntos "comunes a las acciones y sociedades humanas". Pero no creo que sea la única esfera legítima para el juicio humano. Desde mi punto de vista, el mejor término para describir la esfera del juicio humano no es circunstancia sino aplicación. Típicamente, la Escritura nos dice lo que debemos hacer en general y luego nos permite determinar los detalles por medio de nuestra sabiduría santificada, de acuerdo con las reglas generales de la Palabra. El acto de determinar los detalles es lo que llamo "aplicación".

A diferencia del término "circunstancia", el término "aplicación" de una manera natural cubre ambos tipos de los ejemplos mencionados. Las aplicaciones incluyen cosas tales como la hora y el lugar de reunión: La Escritura nos dice que nos reunamos, pero no nos dice cuándo y dónde, así que tenemos que utilizar nuestro propio juicio. Similarmente, la Escritura nos dice que oremos, pero no nos dicta las palabras específicas que debemos usar, así que tenemos que decidir. Como podemos ver, la esfera de la aplicación incluye algunos asuntos "comunes a las acciones y sociedades humanas" y algunos que no lo son.

El proceso de la aplicación es importante no sólo para la adoración en el sentido estricto sino también para la adoración en su sentido amplio; es decir, la aplicación es importante para todas las decisiones de la vida. En todas nuestras decisiones, nuestra tarea es aplicar los principios bíblicos para nuestra situación en la vida. Por ejemplo, la Escritura nos dice que honremos a nuestros padres. Pero no me dice cómo llamar a mi madre o qué comprarle para su cumpleaños. Debo tomar esas decisiones por medio de una aplicación sabia de la Escritura a mi situación.

En toda situación de la vida nunca estoy libre de los mandamientos de Dios. Cuando soy obediente al Señor, todo lo que hago es hecho en obediencia a sus mandatos divinos. Algunos mandatos, por supuesto, son más generales; otros son más específicos. Hacedlo todo para la gloria de Dios (1Co 10.31) es general; Haced esto en memoria de mí (1Co 11.24), refiriéndose a la Cena del Señor es relativamente específico. **Por el proceso de aplicación, hacemos que los mandamientos generales sean específicos y los mandamientos específicos los sean aun más.**

Entendido de esta manera, el principio regulativo de la adoración no es diferente de los principios por medio de los cuales Dios regula toda nuestra vida. Esto es de esperarse, porque, como hemos visto, toda la vida es adoración. En ambos casos "cualquier cosa que no está prescrita está prohibida". Todo lo que hagamos debe ser hecho en obediencia a los mandamientos de Dios. En ambos casos, la aplicación determina los detalles de acuerdo con los principios generales de la Escritura.

¿Implica esta interpretación del principio regulativo que podemos hacer el culto cualquier cosa que hacemos en la vida? Ciertamente no, pues hay diferencias entre lo que llamamos adoración en su sentido "amplio" y "estricto", aunque esas diferencias no estén siempre precisamente definidas. El culto de adoración es un evento público que tiene propósitos particulares. Por ejemplo, Pablo les dice a los Corintios que ellos no debían tratar la Cena del Señor como una comida ordinaria (1Co 11.20-34). Si alguno está hambriento o sediento deben comer en casa, no en la reunión de la iglesia (11.34). En la Cena del Señor, no debemos comer hasta estar seguros que todos tienen el pan y el vino (11.20-21). La Escritura traza una distinción entre las diferentes situaciones y debemos observar esas distinciones.

También debemos marcar las distinciones de este tipo que están implícitas en la Escritura, aunque no estén explícitas. La Escritura, por ejemplo, no prohíbe explícitamente hacer malabarismos en nuestras reuniones de adoración. Pero la Escritura sí establece el propósito de las reuniones de adoración; y normalmente el entretenimiento, aunque sea aceptable en otros momentos, no es consistente con ese propósito. Podemos aun decir que el entretenimiento cuando es consistente con las normas bíblicas es una forma de "adoración en su sentido amplio". Pero generalmente es inconsistente con el propósito de la reunión de adoración.

Pero el proceso de la toma de decisiones es el mismo en todas las situaciones. Tanto en las reuniones de la iglesia como en cualquier otro escenario, nuestra responsabilidad es descubrir qué ordena Dios en la Escritura, y luego aplicar sus mandamientos a los detalles de la situación.

Reconozco que las declaraciones Presbiterianas tradicionales del principio regulativo típicamente trazan una línea mucho más fuerte de la que yo he trazado entre el culto de adoración y el resto de la vida. Por ejemplo, la **Confesión de Fe de Westminster** declara que somos libres de *"los mandamientos y doctrinas de los hombres, las cuales son en alguna manera contrarias a su Palabra, o están al lado de ella en asuntos de fe o de adoración. También estamos libres de doctrinas y mandamientos que vayan más allá de la Palabra"* (20.B).

Mi propuesta no contradice la confesión, sino que va más allá de ella. Desde mi punto de vista, somos libres de cualquier cosa que vaya "más allá" de la Palabra de Dios, no sólo en asuntos de fe o adoración, sino también en todas las áreas de la vida. En todas las áreas de la vida estamos sujetos a los mandamientos bíblicos.

Como indica la Confesión, sólo la Escritura es dada por inspiración de Dios y es la regla de fe y práctica (1.B.)

La sabiduría humana no debe atreverse a añadir a estos mandamientos.

El único trabajo de la sabiduría humana es aplicar esos mandamientos a situaciones específicas.

4. AUTORIDAD ECLESIASTICA

En la tradición presbiteriana el principio regulativo ha sido discutido típicamente en el contexto de la "autoridad eclesiástica". Históricamente, los Puritanos y los primeros Presbiterianos escoceses se enfrentaron con lo que ellos consideraban una poderosa iglesia-Estado, lo cual trató de forzarles a adorar en una manera que ellos consideraban antibíblica. La iglesia-Estado trató de imponerles ceremonias; ceremonias que no estaban ordenadas en la Escritura. Por lo tanto, para ellos el asunto del principio regulativo fue un asunto de autoridad eclesiástica: ¿Qué es lo que la iglesia puede requerir que hagan los adoradores? Y la respuesta de los Puritanos presbiterianos fue apropiada: Sólo lo que la Escritura ordena.

Sin embargo, esta posición acerca de la autoridad eclesiástica condujo a algunos teólogos a distinguir agudamente entre cultos de adoración "formales" o "informales" (es decir, avalados por el cuerpo eclesiástico gobernante) y otras reuniones en las que la adoración se lleva a cabo, tales como las devociones familiares, los himnos cantados en casas, etc., los cuales no están avalados oficialmente.

Algunos han dicho que el principio regulativo apropiadamente sólo se aplica a los cultos formales u oficiales, no a otras formas de adoración. Pero esa distinción claramente no tiene fundamento bíblico. Cuando la Escritura prohíbe la adoración de acuerdo con nuestras propias imaginaciones, no está prohibiendo eso sólo durante los cultos oficiales. El Dios de la Escritura ciertamente no aprueba a personas que le adoran en cultos formales, pero que adora ídolos en la privacidad de sus hogares.

Desde el punto de vista puritano, el principio regulativo tiene que ver primordialmente con la adoración que es oficialmente avalada por la iglesia. Desde este punto de vista, para demostrar que la predicación es apropiada para la adoración, debemos mostrar por medio de mandatos bíblicos y ejemplo que Dios requiere la predicación en los cultos oficialmente avalados. No es suficiente con mostrar que Dios aprueba la predicación a las multitudes o en una reunión informal en una casa, sino que debemos mostrar que la predicación es ordenada precisamente para los cultos de adoración formal u oficial. Desafortunadamente, es virtualmente imposible probar que algo es requerido por Dios específicamente para los cultos oficiales. El Nuevo Testamento sencillamente no hace esta distinción. Existen mandamientos de predicar el Evangelio, y hay ejemplos de la predicación dándose en una reunión pública de la iglesia (Hch 20.7), pero esas reuniones no son presentadas como formales u oficiales.

Por lo tanto, rechazo la limitación del principio regulativo sólo para las reuniones oficiales. En mi punto de vista, el principio regulativo no es primordialmente una doctrina sobre la autoridad eclesiástica y la adoración avalada oficialmente; es una doctrina acerca de la adoración, de todo tipo de adoración. Gobierno toda adoración, ya sea formal o informal, individual o grupal, pública o privada, familiar o eclesiástica, amplia o estricta.

El limitar la doctrina a la adoración oficialmente avalada le roba su fuerza bíblica. Por supuesto, esta doctrina tiene implicaciones importantes para el asunto de la autoridad eclesiástica (o como le llama la Confesión en el capítulo 20 "Libertad de consciencia"). Nuestros padres puritanos estuvieron en lo correcto cuando argumentaron que el principio regulativo limita lo que las autoridades eclesiásticas pueden "imponer" a los adoradores.

La iglesia puede imponer sólo lo que Dios ordena para Su adoración, y por supuesto, cualquier otra cosa necesaria para que nosotros apliquemos esos mandamientos con unidad y orden.

5. CONCLUSIÓN

De acuerdo con este entendimiento, el principio regulativo limita lo que podemos hacer en la adoración, pero también permite diferentes tipos de aplicaciones, y por lo tanto nos da un área significativa de libertad. Diferentes iglesias aplican legítimamente los mandatos de Dios de diferentes maneras. Dios nos ordena que cantemos; algunas iglesias aplicarán ese mandato cantando tres himnos en sus cultos, otras cantarán cuatro. Algunos cantan himnos tradicionales, otros, cantos contemporáneos. Dios nos ordena que oremos. Algunas iglesias pueden tener una oración, conducida por el pastor, o muchas elevadas por los miembros de la congregación. Como vemos con mayor claridad en los capítulos siguientes, existe un papel extenso en la adoración para el juicio humano, para la creatividad humana, operando dentro de los límites de la Palabra de Dios.

Ciertamente, el principio regulativo no debe usarse, como algunos lo han usado, para reforzar el tradicionalismo en la adoración. Tanto en la Escritura como en historia de la iglesia, el principio regulativo ha sido un arma poderosa contra la imposición de las tradiciones humanas en la adoración a Dios. Considera de nuevo la protesta de Isaías (Is 29.13) y Jesús (Mt 15.8-9) en contra de aquellos que pusieron las tradiciones humanas al mismo nivel que la Escritura. También considera de nuevo la protesta de los Puritanos en contra de aquellos que reclamaban el derecho de imponer ceremonias sin base bíblica.

Ciertamente, el principio regulativo es un centinela de la libertad, no de la esclavitud. El principio regulativo establece nuestra libertad de las tradiciones humanas, para que adoremos a Dios como Él quiere. Limita nuestras opciones de la misma manera en la que los peces están limitados a su hábitat acuático. Cuando rebasamos esos límites descubrimos que la muerte y no la libertad nos espera. Negar el principio regulativo es rebelarse en contra de nuestro amante Creador y luego paradójicamente, nos encontraremos en una esclavitud miserable del dogmatismo humano. Por lo tanto, en lo que queda de este libro, no voy a urgir a nadie a que se conforme al estilo de adoración puritano o a cualquier otro estilo. En este aspecto, este libro será bastante inusual, comparado con la mayoría de los libros de adoración.

Presentaré el principio regulativo como uno que nos da libertad, dentro de los límites, para adorar a Dios en el lenguaje de nuestro tiempo, para buscar esas aplicaciones de los mandamientos de Dios que edifiquen más a los adoradores en nuestra cultura contemporánea.

Debemos ser tanto más conservadores como más liberales que la mayoría de los estudiantes de adoración cristiana: Conservadores en cuanto afirmar exclusivamente los mandamientos de Dios como nuestra regla para la adoración, y liberales al defender la libertad de aquellos que aplican estos mandamientos legítimamente, aunque no sean tradicionalistas.

6. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. Define los siguientes términos: Principio regulativo, circunstancia, aplicación, tradicionalismo.
2. ¿Habías escuchado anteriormente del principio regulativo? ¿Por qué piensas que este principio es tan poco conocido hoy en día, considerando su importancia en la Escritura y en la Reforma Protestante?
3. Examina un orden de adoración reciente de tu iglesia. ¿Cuáles de las partes del culto son aplicaciones de los mandamientos bíblicos? ¿Cuáles no lo son, si es que hay alguna?
4. ¿Qué tipo de acciones en los cultos de adoración violan el principio regulativo? ¿Las procesiones? ¿El incienso? ¿Las vestimentas? ¿El rociamiento de agua bendita? ¿La danza litúrgica? ¿La Celebración del día de "Todos los Santos"? ¿Saludar a los que están a tu alrededor? ¿Los avisos? ¿Ordena la Escritura algunos de estos? ¿Son algunos de estos justificables como aplicaciones de un mandato bíblico?
5. ¿Cómo se relaciona el principio regulativo con la pregunta acerca de la autoridad eclesiástica? ¿Por qué es peligroso limitar el principio regulativo a ese asunto?
7. ¿Cómo utilizan algunas personas el principio regulativo para reforzar el estilo tradicional de adoración? ¿Por qué está incorrecto? ¿Cómo el principio regulativo nos anima para que nos liberemos del tradicionalismo?

LECCIÓN 5

LO QUE HACEMOS EN LA ADORACIÓN

Por lo queda del libro intentaré enfocarme en la adoración pública de la iglesia, dejando a un lado por ahora otros tipos de adoración, tales como la adoración privada, familiar, cívica, e "informal" (por ejemplo, el devocional antes de la Escuela Dominical), y la adoración en su sentido amplio. Todo esto es importante; ciertamente merece mayor atención teológica que lo que han recibido hasta la fecha. Pero ese estudio tendrá que esperar otra ocasión y tal vez, otro autor.

En este capítulo buscaré describir los eventos que son apropiados en la adoración pública de la iglesia, de acuerdo con el principio regulativo que explicamos en el capítulo 4. Como hemos indicado, el método básico de Dios para regular la adoración pública de la iglesia no es diferente de su método para regular otras formas de adoración, incluyendo la adoración en su sentido amplio. Pero ahora deseo enfocarme específicamente a lo que Dios dice en la Escritura sobre la adoración pública bajo en Nuevo Pacto en Cristo.

1. LOS "ELEMENTOS" DE LA ADORACIÓN

¿Cómo debemos usar el principio regulativo para generar una lista de eventos apropiados para la adoración?

El principio regulativo requiere que adoremos de acuerdo con los mandamientos de Dios.

Pero ¿Qué mandamientos de la Escritura son relevantes para nuestra pregunta?

Nos podemos enfocar en los mandamientos más amplios y generales de la Escritura, tales como Hacedlo todo para la Gloria de Dios (1Co 10.31) y Hágase todo para edificación (1Co 14.26), y buscar el desarrollo de una estructura para la adoración derivada de ellos. En tal caso, simplemente nos preguntaríamos ¿Qué es lo que trae gloria a Dios? y ¿Qué edifica a la iglesia? Entonces podríamos incluir en el culto cualquier cosa que parezca glorificar a Dios y edificar a la iglesia. Podríamos estar seguros que nuestras decisiones fueron tomadas de acuerdo con el principio regulativo porque aplicamos los mandamientos de la Escritura.

Pero ese procedimiento parece dejar mucho de la decisión en nuestras manos.

Una de las principales virtudes del principio regulativo es que nos fuerza a buscar la dirección de Dios en cuanto a la adoración. Pero si al final de cuentas, Dios sólo revela generalidades amplias, entonces toda la discusión sobre el principio regulativo difícilmente valga la pena. Por lo tanto, nosotros como nuestros padres puritanos, debemos luchar con el problema de lo general y lo específico. Si una práctica en particular está de acuerdo con el principio regulativo, seguramente, debe estar siguiendo un mandamiento más específico que 1 Corintios 14.26.

Pero ¿Cuán específico debe ser? ¿Necesitamos, por ejemplo, encontrar un mandamiento específico para cantar el verso cuatro del Himno 337? Por supuesto que no. ¿Pero cuál es el punto de equilibrio? ¿Qué tan específicos son los mandamientos que estamos buscando?

En respuesta a este tipo de pregunta, los puritanos desarrollaron la doctrina de los "elementos" o "partes" de la adoración. Ellos creían que la adoración se compone de ciertos elementos distinguibles: la oración, la lectura de la Escritura, la predicación, etc. Ellos sostenían que el principio regulativo nos requería encontrar un respaldo bíblico para cada uno de estos elementos. Para ellos, eso respondía a la pregunta acerca del nivel de especificidad.

No necesitamos un mandamiento bíblico para orar esta o aquella oración (asumiendo que las oraciones bajo consideración son todas de acuerdo con la Biblia en cuanto a su contenido y apropiadas para la ocasión) pero sí necesitamos un respaldo bíblico para incluir la oración como un elemento de la adoración.

Pero hay serios problemas con este acercamiento. El más serio de los problemas es que no hay respaldo bíblico para tal acercamiento. La Escritura en ningún lugar divide la adoración en una serie de "elementos" independientes de tal manera que cada uno requiera una justificación bíblica independiente.

La Escritura en ninguna parte nos dice que el principio regulativo demanda ese nivel particular de especificidad en vez de algún otro. Además, este método de regular la adoración cae en muchos enredos prácticos. Ha habido a través de los años muchos desacuerdos con respecto a qué prácticas en la adoración son realmente elementos y cuáles no lo son.

- Algunos han declarado que el uso de instrumentos para acompañar el canto posiblemente sea un elemento de la adoración que requiere autorización específica de parte de la Escritura; otros han dicho que el uso de instrumentos es una mera circunstancia (ver nuestra discusión de las circunstancias en el capítulo 4).
- Algunos han dicho que el canto es un elemento de la adoración; otros han argumentado que es tan solo una manera de llevar a efecto otros elementos (alabanza, enseñanza, confesión, etc.).
- Aun los puritanos ingleses y los presbiterianos escoceses estuvieron divididos en muchas de estas preguntas, tales como lo apropiado de leer oraciones escritas, repetir el Padre Nuestro, cantar el Gloria Patri, recitar el Credo de los Apóstoles, y tener cultos fúnebres y nupciales.

El punto clave en la discusión del asunto de los elementos es: ¿Cuáles de estas actividades son elementales en naturaleza requiriendo una justificación bíblica, y cuáles pueden ser justificadas como aplicaciones de otros elementos? Por ejemplo, ¿Necesitamos un mandamiento bíblico específico para poder tener cultos nupciales? ¿O puede el culto nupcial ser justificado por la consideración de que los votos o promesas son elementos bíblicos de la adoración y que el culto nupcial es esencialmente una declaración de votos?

En la primera interpretación, el principio regulativo excluye los cultos nupciales; en la segunda, los permite. ¿Cómo podemos resolver esta pregunta?

El problema es que la Escritura no nos da una lista de elementos requeridos en la adoración cristiana. En el Antiguo Testamento, Dios le dio a Israel una serie elaborada de instrucciones para la construcción del tabernáculo y del templo, y declaró al detalle los requerimientos para el sacerdocio, las ofrendas y las fiestas. Pero no dio ninguna dirección específica para la adoración en la sinagoga. Ciertamente, la sinagoga rara vez es mencionada en el Antiguo Testamento (si es que sí se menciona); pero concluimos que Dios la aprobaba principalmente porque Jesús asistió y enseñó allí.

El Nuevo Testamento nos dice muy poco acerca de las reuniones cristianas (las cuales eran más como una sinagoga que como la adoración en el templo), pero no nos da una lista sistemática o exhaustiva de los eventos que estaban autorizados para tales cultos. Con toda seguridad no nos provee de una lista de elementos en el sentido técnico de la teología puritana, (es decir, acciones que requieran una autorización específica de la Escritura, en oposición a las circunstancias o aplicaciones que no la requieren).

Otro problema con el concepto de elementos de la adoración es que las cosas que hacemos en el culto no siempre se pueden distinguir con claridad una de la otra. Por ejemplo, el canto y la enseñanza no son distintos uno del otro. Cuando cantamos himnos con un contenido bíblico nos enseñamos unos a otros (Col 3.16). Y muchos himnos son también oraciones y credos. Las oraciones con contenido bíblico nos enseñan. El culto entero es oración, puesto que se eleva en presencia de Dios para su alabanza. El culto entero es enseñanza puesto que todo está basado en la Escritura. Quizá sea mejor hablar de "aspectos" de la adoración, en vez que de "elementos" o "partes" de la adoración.

2. HACIENDO UNA LISTA

Bueno, ¿A dónde nos lleva esta discusión? Necesitamos dirección divina para la adoración: algo más específico que 1 Corintios 10.31 y 14.26. Pero la metodología puritana para resolver estas preguntas carece de coherencia y apoyo bíblico. ¿Hacia dónde vamos entonces? La respuesta no es tan difícil de hallar. Simplemente es obedecer lo que Dios dice en la Escritura acerca de la adoración, es decir el consejo completo de Dios (Hch 20.27; Comparar Mateo 4.4).

Dios nos revela principios generales, tales como 1 Corintios 10.31. Pero también nos revela muchos principios relativamente específicos, tales como Santiago 2.1-4, donde se nos dice que no discriminemos en el culto a aquellos que vienen vestidos con ropas humildes. Donde los detalles escasean debemos aplicar las generalidades por medio de nuestra sabiduría santificada, dentro de los principios generales de la Palabra. Donde se nos dan los detalles específicos debemos aceptarlos y aplicarlos aun más específicamente a nuestra situación particular.

Debemos simplemente buscar en la Escritura para determinar qué es apropiado e inapropiado para cuando la iglesia se reúne como un cuerpo en el nombre del Señor Jesús. El Antiguo Testamento, como mencionamos, en ningún lugar menciona los elementos prescritos específicamente para las reuniones de la sinagoga.

Sin embargo, es claro en el Antiguo Testamento que Dios se complace en cuando Su pueblo se reúne para la santa convocación, y que Él aprueba la oración corporativa y la enseñanza de Su palabra como formas de relacionarse con Su presencia entre ellos. Similarmente, el Nuevo Testamento no nos da una lista exhaustiva de lo que se hacía y lo que no se hacía en las primeras reuniones cristianas. Sin embargo, como en el caso de la sinagoga del Antiguo Testamento apelando a principios teológicos más generales, podemos ganar seguridad de lo que Dios quiere que hagamos cuando nos reunimos en Su nombre.

Por ejemplo, no hay ningún mandamiento en el Nuevo Testamento para administrar el bautismo en una reunión dominical, y no hay ningún registro histórico de que eso se hiciera en el período del Nuevo Testamento. Los bautismos en el Nuevo Testamento se realizaban típicamente fuera del contexto de una reunión formal. Pero la naturaleza del bautismo, como señal y sello del pacto de gracia, y como un voto solemne y público hacia el Señor y profesión de fe en Él, con toda seguridad lo hace una parte apropiada de la adoración cristiana. Primero, el bautismo debe ser público. Segundo, es administrado en el nombre de Cristo y por lo tanto es apropiado realizarlo en una reunión realizada en el nombre de Jesús. Tercero, es el rito de entrada a la iglesia; por lo tanto, debe ser presenciado por lo menos por parte del liderazgo de la iglesia.

3. MI LISTA

Usando este tipo de razonamiento podemos desarrollar la siguiente lista de cosas que podemos hacer en el culto. Incluiré, donde sea necesario, algunos comentarios del porqué estas sugerencias son bíblicas.

1. Saluciones y Bendiciones

No hay ningún mandato bíblico que incluya a estos en el culto público, tampoco hay ningún ejemplo histórico del período del Nuevo Testamento en el que se hayan hecho al principio o al final de un culto público. Sin embargo, claramente fueron parte de la vida de la iglesia puesto que eran parte regular de las cartas de Pablo (ver Ro 1.7; 15.33; 1Co 1.3; 16.23-24; 2Co 13.14). Puesto que estas cartas eran probablemente leídas en las reuniones de la iglesia (Col 4.16; 1Ts 5.27; Flm 2), estas saluciones y bendiciones eran también parte del culto público. En estas bendiciones, como en la gran bendición aarónica de Números 6.24-27, Dios identifica a la congregación como a Su pueblo, a quien Él desea bendecir en Su gracia y paz. El mensaje de la bendición es parte de la palabra de Dios y por lo tanto es apropiada para el culto público.

2. Lectura de la Escritura

En la sinagoga, la Escritura era leída regularmente (Lc 4.17-19; Hch 15.21; comparar con Dt 31.9-13; Neh 8). Sabemos que también había lectura pública de la Escritura en el Nuevo Testamento (1Ti 4.13). Los textos del Antiguo Testamento que eran cruciales para la vida de la iglesia pudieron haberse leído (ver 2Ti 3.15-17). Eventualmente, las cartas de Pablo fueron también leídas como vimos en el párrafo anterior. Sus cartas eran las reglas en todas las iglesias; por lo tanto, debieron haberse presentado al pueblo como la Palabra de Dios para ellos (2Ts 3.14; 1Co 14.37; 2P 3.15).

Ciertamente, como podemos ver, cuando la Palabra de Dios es leída, Dios está personalmente presente con los lectores y la audiencia. De esta manera, la lectura pública de la Palabra de Dios siempre crea una confrontación divina-humana, un evento de adoración pública.

3. La Predicación y la Enseñanza

Dios dio Su palabra para ser enseñada al igual que leída en el pueblo de Dios (ver Neh 8.8; Lc 4.20; Hch 20.7; 1Ti 4.6; 5.17; 6.2; 2Ti 2.2; 3.16; 4.2; Tit 1.9). La predicación y la enseñanza (de las cuales no se hace una distinción muy aguda en el Nuevo Testamento) eran parte de la sinagoga y también parte de la reunión cristiana. Los textos que he mencionado no especifican que la enseñanza deba tener lugar en un culto oficial, y ciertamente la enseñanza se daba en una amplia variedad de situaciones (ver Hch 2.1-14; 13.5; 20.20; etc.).

Pero la enseñanza es una actividad pública, y como una comunicación entre Dios y Su pueblo, crea una situación de adoración cuando se hace y donde quiera que sea hecha. Seguramente es apropiada para cualquier situación en la que el pueblo de Dios se reúne para adorar.

4. La profecía carismática y el hablar en Lenguas

Anteriormente indiqué que es mi creencia que estos fueron dones especiales de Dios para la cimentación de la iglesia y que no deben ser esperados para nuestro tiempo. Sin embargo, es claro que fueron parte de la reunión cristiana en el período [Apostólico] del Nuevo Testamento (1Co 14).

5. Oración

Ningún argumento es necesario para indicar que la oración es apropiada como parte del culto público (ver Hch 2.42; 1Co 14.16; 1Ti 2.1-2). En la Escritura hay muchos tipos de oración, incluyendo alabanza, petición, lamento, confesión de pecado, expresiones de arrepentimiento y gratitud.

6. Canto

Dios claramente quiere que Su pueblo le cante cuando se reúnen en Su nombre (ver 1Cr 16.9; 1Co 14.26; Ef 5.19-20; Col 3.16). Sin embargo, no creo que el canto sea un elemento de la adoración en el sentido como lo define el sistema puritano. El canto no tiene una función independiente en la adoración, sino que es un medio para hacer muchas cosas diferentes: orar, enseñar, bendecir, compartir, etc.

7. Votos

Al hacer un voto, solemnemente ponemos a Dios como testigo de nuestras declaraciones y promesas. En la Escritura, típicamente este es un acto público que involucra a otras personas como testigos. Por lo tanto, la Escritura típicamente lo asocia con el culto público (Sal 22.25; 50.14; 65.1; 76.11; ver la **Confesión de Fe de Westminster**, Capítulo 22). Los votos están involucrados en el bautismo, la Cena del Señor (como una renovación del pacto de Dios con nosotros), la recepción de nuevos miembros, la ordenación de los oficiales de la iglesia, los matrimonios y la consagración de nuestras vidas a los propósitos de Dios. Toda la adoración pública incluye los votos de la congregación para servir a Cristo como el Señor.

8. Confesión de Fe

En la Confesión, profesamos nuestra fe delante de los hombres. Toda la adoración pública es confesión porque al ir a la iglesia le decimos al mundo que somos siervos de Jesús. La confesión resulta en la salvación (Mt 10.32; Lc 12.8; Ro 10.9-10) y distingue entre el pueblo de Dios y aquellos que son del mundo (1Jn 4.2-3, 15).

La Escritura a menudo se refiere a la confesión en un contexto de adoración pública (1R 8.33-35; 2Cr 6.24-26; 30.22; Heb 13.15). Pablo habla de la buena profesión hecha por Timoteo delante de muchos testigos, reflejando la buena profesión de Jesús delante de Pilato (1Ti 6.12-13). Por lo tanto, es enteramente apropiado para el pueblo de Dios recitar credos en el culto público para confesar su fe como cuerpo de creyentes.

9. Sacramentos

Con respecto al bautismo, vea la discusión anterior en este capítulo. Los cristianos del Nuevo Testamento claramente observaban juntos la Cena del Señor (1Co 11.17-34).

La descripción que Pablo hace del sacramento como el nuevo pacto en la Sangre de Jesús (11.25), una proclamación de la muerte del Señor (v. 26) y una participación en el cuerpo y la sangre de Cristo (10.16) deja claro que la Cena es una parte del culto público.

10. Disciplina Eclesiástica

En Mateo 18:15-20, Jesús enseña a Sus discípulos a tratar con el pecado en la iglesia. No deben ignorarlo, sino deben confrontar al pecador. Primero, la parte agraviada debe ir a él privadamente. Si con eso no se resuelve el asunto, debe intentarlo de nuevo acompañado de dos testigos. Si la segunda confrontación falla, el asunto debe ser llevado a la "iglesia" y puede resultar en una excomunión. Aunque las iglesias modernas son bastante ignorantes de su responsabilidad con respecto a este asunto, Jesús promete Su presencia especial con la iglesia que lleva a cabo esta responsabilidad (v.20). La referencia a la presencia especial de Jesús sugiere que el Señor considera la disciplina como un acto de adoración. El apóstol Pablo en 1 Corintios 5:4-5 aclara que algunos juicios deben ser pronunciados en la asamblea.

11. Ofertorio

En el Antiguo Testamento, el término “ofrendar” usualmente se refería a los sacrificios traídos al tabernáculo o el templo. En el Nuevo Testamento, no traemos ofrendas de ese tipo a Dios, puesto que Jesús ha ofrecido Su vida como sacrificio una vez y para siempre. Pero sí nos traemos a nosotros mismos como un sacrificio vivo. Y hay oportunidades para traer regalos para los propósitos de Dios y para el alivio de los pobres (ver Gá 2.10; 1Co 9.3-12). En 1 Corintios 16.1-2, Pablo le dice a la iglesia que recolecten los regalos el primer día de la semana, el día de la reunión de la iglesia. En otra ocasión, él indica que el dar esos regalos es un acto de adoración. Los regalos son fragante aroma, sacrificio aceptable, agradable a Dios (Fil 4.18). Por lo tanto, muchas iglesias usan el término “ofrenda” aun cuando pudiera causar confusión con los sacrificios del Antiguo Testamento. De cualquier manera, concluyo que el ofertorio es una parte apropiada de la adoración, algo que la iglesia debe hacer cuando se reúne en el nombre de Dios.

12. Expresiones de compañerismo

En el capítulo 1 indiqué que la adoración incluye tanto un aspecto vertical como horizontal; es decir, que en la adoración debemos estar interesados en la gloria de Dios, pero también en nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Ese enfoque horizontal puede ser visto en nuestras oraciones los unos por los otros, en la exhortación por medio de la predicación y la enseñanza (Heb 10.24-25), en las saluciones y bendiciones, en las confesiones y los votos, en la disciplina eclesiástica, en los sacramentos (ver 1Co 10.14-17; 11.17:34), y en la recolección de ofrendas. Hay otras maneras en las que los cristianos del Nuevo Testamento mostraban su amor los unos por los otros y su unidad en Cristo:

a. La “fiesta de amor” (ágape).

Una comida de compañerismo que se tenía juntamente con la Cena del Señor. Sólo Judas 12 (y posiblemente 2P 2.13 según una variante) se refiere a las fiestas de amor directamente, pero hay muchas referencias de esto en el período posterior al Nuevo Testamento, y Pablo claramente lo describe en 1 Corintios 11.20-22, 33-34 (ver también Hch 2.42-47; 4.35; 6.1; 20.7-11). Debido a los abusos notorios en 1 Corintios, el ágape fue separado eventualmente de la Cena del Señor, y más adelante fue abandonado totalmente. Sin embargo, esto propone la posibilidad de que aun hoy una comida de compañerismo (koinonía) pueda ser considerada parte de la adoración. Seguramente era un evento público de la iglesia, y el amor en cuestión era el amor de Jesús.

b. El “ósculo santo”.

Los ósculos santos eran tal vez intercambiados durante el culto, tal y como hoy en día la gente se da la mano para saludarse en nuestras iglesias (Ro 16.16; 1Co 16.20; 2Co 13.12; 1Ts 5.26; 1P 5.14).

¿Será esto adoración? Bueno, el beso no es un beso ordinario, sino un beso santo.

Yo entiendo que esto quiere decir que el saludo, en presencia de Dios caracteriza a los adoradores como el cuerpo de Cristo, declarando su amor el uno por el otro en Jesús. Debemos recordar que el amor tiene un sentido muy importante como una “marca de la iglesia”; es decir, algo que diferencia a la iglesia y al mundo (Jn 13.34-35).

Por lo tanto, es apropiado para nosotros decir y hacer cosas en el culto que animen nuestra amistad en el Señor. Por ejemplo, algunos piensan que los avisos durante un culto son una distracción para los adoradores. Estoy de acuerdo en que los anuncios a menudo pueden ser molestosos debido a su longitud, frecuencia o presentación inapropiada. Sin embargo, creo que es apropiado mencionar en el culto las oportunidades de más enseñanza, ministerio y vida de la comunidad cristiana (incluyendo eventos sociales). Y creo que es enteramente apropiado agradecer públicamente en el culto a las personas de la congregación (y a Dios por ellos) que han servido al Señor y a sus hermanos de una manera especial. Notemos como Pablo hace esto en Filipenses 1.3-6; 4.10-19 en una carta que sin duda fue leída durante el culto de la iglesia en Filipos. No está mal dar honor a seres humanos en el culto, siempre y cuando ese honor no ponga en entre dicho el honor supremo que se debe al Señor. Tampoco está mal que una congregación exprese ese honor con un canto, aplauso, saludos o abrazos. Estas acciones son los lenguajes del amor cristiano.

4. OBSERVACIONES FINALES

Hasta aquí, mi lista de "las cosas que hacemos en el culto" es muy general. Hay muchas acciones específicas que también son mencionadas en la Escritura, tales como palmear con las manos (Sal 47.1; 97.8), levantar las manos (Sal 63.4; 134.2; 1Ti 2.8), música coral y música instrumental (Éx 15; 1Cr 25.1-13; Sal 150), respuestas congregacionales (Dt 27.15; Sal 118.2-4; 136; 1Co 14.16), danza (Éx 15.20; Jer 31.4; Sal 149.3; 150.4), y elección de líderes (Hch 1.12-26). Discutiré algunos de estos asuntos específicos más adelante en el libro. También discutiré varias propuestas para la adoración que surgen de la necesidad de aplicar la lista anterior. Por ejemplo, algunas iglesias usan el drama como una manera de predicación o enseñanza de la Palabra. Más adelante discutiré si esto es legítimo.

No creo que la lista de los eventos del culto deba usarse en una manera mecánica. Por ejemplo, alguien puede suponer que cada punto de la lista debe estar presente en cada culto de adoración. En mi punto de vista, esa postura va más allá de la Escritura. Tampoco debemos asumir que cada reunión de la iglesia debe estar limitada a los puntos de esa lista. No cada reunión de la iglesia debe estar dedicada exclusivamente a la adoración en el sentido estricto. Aun así, la lista nos provee una dirección general.

Los varios puntos son cosas que Dios quiere que hagamos cuando nos reunimos en Su nombre. Por lo tanto, debemos evitar las actividades que los eliminan o menoscaban su integridad. Cuando Pablo le dice a los corintios que satisfagan su hambre en casa en vez que durante la asamblea (1Co 11.22), no está diciendo que una comida de compañerismo es inapropiada en el contexto de la adoración; ciertamente, su discusión presupone la legitimidad de la fiesta de amor. Lo que él prohíbe es la conducta que menoscababa el significado y el propósito de la Cena del Señor. Eso es, en mi opinión, la clave para saber qué es lo que debemos excluir del culto.

La Escritura no nos da una lista de "elementos" que únicamente deben estar presentes en el culto "oficial"; sino sí nos dice que evitemos prácticas y actitudes que menoscaban los propósitos de la reunión definidos bíblicamente.

5. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. 1 Corintios 14.26 nos dice que hagamos todas las cosas en el culto "para edificación".
¿Nos dice esto todo lo que necesitamos saber acerca de la adoración, o Dios nos quiere decir algo más? ¿Cómo manejó esta pregunta la doctrina puritana de los "elementos"?
2. ¿Cómo crea la sinagoga un problema para el concepto de los elementos divinamente ordenados en la adoración?
¿Nos provee la Escritura una lista de elementos para la adoración del Nuevo Testamento?
¿Y para el culto "oficial" en el Nuevo Testamento?
3. ¿Es posible establecer la legitimidad de alguna actividad en la adoración donde no hay ningún mandamiento explícito o ejemplo? Considera el bautismo por ejemplo.
4. ¿Hay alguna otra cosa que agregarías a mi lista? ¿Hay algún punto que removerías de mi lista? ¿Por qué?
6. ¿Qué es la disciplina eclesiástica? ¿Por qué es un acto de adoración?
7. ¿Deberíamos tener "fiestas de amor" en la iglesia hoy en día? ¿Deberíamos tener la Cena del Señor en el contexto de una comida "de traje"?
¿Son las comidas a nivel iglesia, de hecho, un acto de adoración? Discute.
8. ¿Deberíamos besarnos durante el culto? ¿Saludarnos? ¿Abrazarnos? ¿Todos los anteriores?
¿Ninguno? Defiende tu postura.

LECCIÓN 6

LOS ARREGLOS PARA LA ADORACIÓN

En el capítulo previo, nos preguntamos qué es lo que debemos hacer en la adoración. En este capítulo, consideraremos el cuándo y el dónde de la adoración. Consideraremos el asunto de liderazgo, puesto que es importante saber quién es responsable de ordenar la adoración de acuerdo con la Palabra de Dios.

En general, debemos estar preguntándonos cómo podemos aplicar un principio importante de la Escritura, en específico, el mandamiento de hacer todas las cosas decentemente y con orden (1Co 14.40).

1. EL LIDERAZGO

El Señor Jesucristo rige a su iglesia a través de Sus apóstoles. Los apóstoles nos han dejado sus enseñanzas en los escritos del Nuevo Testamento, en los cuales ellos también dan testimonio de la autoridad del Antiguo Testamento (2Ti 3.16-17; 2P 1.19-21). Los ancianos enseñan la palabra de Dios y administran los asuntos de la iglesia de acuerdo con la Palabra (Hch 14.23; 15.2; 1Ti 5.1, 17; Tit 1.5). Los ancianos algunas veces son llamados obispos (Fil 1.1; 1Ti 3.2). Los ancianos son ayudados por los diáconos (Fil 1.1; 1Ti 3.8-13; Hch 6.1-7; Ro 16.1). Podemos asumir, entonces, que puesto que los apóstoles ya han muerto, la adoración de la iglesia está bajo el control de los ancianos. Es su responsabilidad asegurarse que la adoración de la iglesia sea aceptable para Dios de acuerdo con la Escritura.

Partiendo de esta premisa, algunos han argumentado que sólo un anciano ordenado puede presidir el culto de adoración (o culto de adoración oficial). Argumentan que la Escritura no menciona a nadie más calificado para dirigir la adoración. Pero ese argumento es débil. Uno puede con igual facilidad argumentar que puesto que los ancianos tienen la responsabilidad general de la enseñanza en la iglesia, sólo un anciano ordenado puede enseñar a los niños de 3 años.

Parte del problema es que existe ambigüedad en el término liderazgo en este tipo de contexto.

Puede significar "control" general o puede significar "presidir en una asamblea".

Claramente en el primer sentido los ancianos son líderes de acuerdo con la Escritura. Pero la Escritura es silenciosa en cuanto a quien puede o no puede presidir la reunión de la iglesia. Debido a ese silencio, los ancianos tienen la libertad de presidir las reuniones o de asignar a otros que estén bajo su autoridad.

Aunque la Escritura no nos dice específicamente quien puede o no presidir, es claro que durante los cultos del Nuevo Testamento muchas voces eran oídas: *¿Qué hay que hacer, pues, hermanos? Cuando se reúnan, cada cual aporte salmo, enseñanza, revelación, lenguas o interpretación. Que todo se haga para edificación* (1Co 14.26).

Ciertamente, estas personas hablaban profecías y lenguas de un tipo que Dios ya no da a la iglesia. Pero la estructura general de las reuniones parece ser bastante democrático, por supuesto bajo el cuidado general del liderazgo. Ciertamente está muy lejos del modelo de muchas de las iglesias de hoy en día, en las cuales sólo el ministro habla y la congregación está en silencio excepto al cantar o al hablarse unos a otros por medio de un himno o una lectura. En la adoración descrita en 1 Corintios 14, mucha gente sugería cosas para hacer en el culto. Obviamente, alguien designado por los ancianos tenía que estar encargado de cuidar el orden; Pablo exhorta a que se tenga más cuidado de esto en los versículos 40 y a través de todo el capítulo. Pero no menciona a tal líder o líderes; él pone la responsabilidad de guardar el orden en toda la congregación.

También es importante en esta discusión recordar la naturaleza del liderazgo de la iglesia. Jesús enseña que el liderazgo no debe ser autoritario, sino que los líderes deben servir a aquellos que están bajo Su autoridad, tal y como Jesús dio Su vida por Su pueblo (Mt 20.25-28; comparar 1P 5.3).

Además puesto que todos los creyentes son sacerdotes (1P 2.9), no es el trabajo de los ancianos hacer todo el trabajo de la iglesia, sino como líderes siervos ayudan a la congregación a ejercitar sus dones (Ro 12.1-8; 1Co 12.1-13) para edificar al cuerpo de Cristo. Esta enseñanza también sugiere que en el culto muchas voces deben escucharse, que muchas de las sugerencias deben ser honradas, y que las personas competentes para presidir el culto deben encontrarse ampliamente por toda la iglesia.

Esto no quiere decir que la supervisión de los ancianos no es importante o que los dones especiales para dirigir la adoración no sean importantes. Aunque lo bien quiere decir es que uno puede tener la habilidad para conducir la adoración sin tener los dones requeridos para el ancianato; sin embargo, el liderazgo de la adoración es una responsabilidad espiritual. Debe ser concedido sólo a aquellos que son maduros en la fe, que entienden el punto de vista bíblico de la adoración, y que pueden en sus palabras y acciones ser modelos de la verdad y el amor de Cristo. El líder también debe ser sensible a cómo su comportamiento afecta la atmósfera y el contenido de la adoración. Y ciertamente es también importante que los ancianos, sea que estén presidiendo la reunión o no, supervisen las varias sugerencias de la gente, para asegurarse que esas sugerencias están de acuerdo con la Palabra de Dios.

2. OCASIONES PARA LA ADORACIÓN

La adoración es apropiada en cualquier tiempo. Sin embargo, como vimos en nuestra discusión de la adoración del Antiguo Testamento, Dios ordenó el día de reposo como un día santo, apartado para él mismo de entre los otros días de la semana. En ese día le ordenó a Israel que se reuniera para una "santa convocación". Por lo tanto, el día de reposo era apropiado de una manera especial como una ocasión para la adoración. Además de los días de fiesta designados por Dios, eran el tiempo para la adoración regular de Israel.

No tengo suficiente espacio para defender adecuadamente mi punto de vista del día de reposo en el Nuevo Pacto. Con la tradición reformada, yo creo que el cuarto mandamiento del decálogo está todavía vigente, aunque el sistema de fiestas y años sabáticos ha sido abrogado en el Nuevo Testamento.

Los cristianos observan el día de reposo el primer día de la semana en vez del séptimo, celebrando la resurrección de Jesús. Las palabras de Jesús con respecto al día de reposo, por ejemplo en Mr 2.27-28, no nos dan una pista de la abrogación del día de reposo, sino nos indican que éste continúa bajo Su Señorío. Y el día del Señor de Apocalipsis 1.10 me parece una excepción clara del principio general del Nuevo Testamento de que todos los días son iguales (Ro 14.5). 1 Corintios 16.1-2 indica que la iglesia primitiva se reunía el primer día de la semana.

Desde esta perspectiva, como los puritanos insistían, sólo hay un "día santo" para los cristianos. ¿Pero hicieron lo correcto al prohibir la celebración de la Navidad y otras fiestas cristianas? Ciertamente fue correcta la distinción que hicieron entre el día de reposo y los otros días de la semana. Pero ¿la celebración de la Navidad (asumiendo que cae en un día que no sea domingo) necesariamente compite con el día de reposo? Eso depende, por supuesto, de lo que queremos decir cuando decimos "celebrar".

Ciertamente Dios no le prohíbe a la gente trabajar en Navidad, o requiere que la iglesia tenga cultos en Navidad o Noche buena. No debemos considerar la Navidad como consideramos el día de reposo. Pero los cristianos que observan la Navidad normalmente no lo ven como un "día santo" que compita con el día de reposo. Simplemente es un tiempo para recordar la encarnación. ¿Es incorrecto tener cultos especiales para recordar algún tema bíblico en particular? Pienso que no. ¿Está mal que el culto regular de la semana antes del 25 de diciembre se enfoque en el nacimiento de Jesús y su significado para la salvación de los pecadores? Por supuesto que no. ¿En este tiempo del año no deberíamos aprovechar el interés de la gente en el niño Jesús como un medio de edificar a los cristianos y evangelizar a los perdidos? Pienso que estas preguntas se responden a sí mismas.

3. EL ORDEN DE LOS EVENTOS

1. El enfoque histórico

Los teólogos han argumentado mucho acerca de la pregunta del orden del culto; ¿Qué debe ir antes y qué después? Algunas veces esas preguntas han sido contestadas históricamente con referencia a lo que sabemos de la práctica en la sinagoga y la práctica de la iglesia del Nuevo Testamento y desde entonces. Realmente, sin embargo, sabemos muy poquito de la liturgia del primer siglo. Y aunque es interesante estudiar la adoración en la sinagoga y la historia eclesiástica, los creyentes cristianos no están sujetos a las prácticas históricas en sí, sino sólo a la Palabra de Dios.

Ciertamente podemos aprender cosas muy valiosas del estudio de la historia de la adoración. Muchos han testificado del valor en los cultos actuales de las prácticas históricas que establecen una solidaridad entre el creyente de hoy con el de los siglos pasados. En un sentido, adoramos juntamente con ellos (Heb 12.23), y ellos son todavía nuestros maestros. Ciertamente, hay valor en el cultivar el sentido del cuerpo de Cristo en todas las edades. Por otro lado, la Escritura nos dice explícita y enfáticamente, que la adoración debe ser inteligible. Debe ser entendible para los adoradores, y aun para los visitantes no cristianos (1Co 14, especialmente v. 24-25). Lo entendible requiere lo contemporáneo. Cuando las iglesias usan lenguaje arcaico y siguen prácticas que son poco entendidas hoy en día, me parece que no están siguiendo este principio bíblico.

No existe alguna razón por la que no pueda la iglesia tener tanto lo histórico como lo contemporáneo. La mayoría de las prácticas de la iglesia son bastantes inteligibles hoy en día y pueden declararse en lenguaje contemporáneo. Pero debemos evitar cualquier copia al carbón de prácticas antiguas sin poner atención al asunto de la comunicación. El decir esto es meramente regresar a nuestra tarea fundamental, la cual Jesús estableció en la Gran Comisión (Mt 28.18-20); la tarea de discipular, bautizar y enseñar a todas las naciones. El mandato divino y no cualquier tradición humana, es lo que debe guiar nuestras decisiones acerca del orden del culto.

2. Representación de la Redención

Algunas personas han tratado de desarrollar una base bíblica para cierto orden de culto. Han notado varios tipos de órdenes en la Escritura:

- La arquitectura del tabernáculo, del altar a la fuente, al pan de la proposición, el candelero, incienso y arca;
- El orden de las ofrendas (pecado, consagración, compañerismo) en Levítico 9;
- El orden de la adoración en libro de Apocalipsis.

Piensan que estos pasajes sugieren cierto orden de culto: el perdón de los pecados, la consagración del pecador perdonado a través del ministerio de la Palabra, el compañerismo con Dios en la Cena del Señor.

El orden de culto que se estructura así viene a ser una representación de la redención. Jesús se ocupa de nuestros pecados, consagra nuestras vidas, y luego comparte con nosotros a través del Espíritu Santo. Esta representación refuerza el mensaje básico del evangelio: Cristo es nuestro salvador del pecado, el Señor a quien obedecemos, el amigo reconciliado que nos invita a la mesa del compañerismo. Por lo tanto, este ha sido un patrón dominante en la liturgia a través de la historia de la iglesia.

Pero la adoración arreglada alrededor de la misma estructura temática semana tras semana puede fácilmente perder su poder de comunicar la frescura de la verdad de Dios. Y es difícil en esa estructura (aunque, por supuesto, no imposible) encontrar maneras de enfatizar otros temas bíblicos, tales como la realidad de Dios y sus atributos, la deidad y humanidad de Cristo, la Resurrección, las doctrinas del llamado, la adopción, y la santificación, mayordomía, pureza sexual, etc. Además, un punto teológico importante es oscurecido por la representación litúrgica. Este es que la redención es algo del pasado, lograda una vez y para siempre. La representación litúrgica de alguna manera oscurece el hecho de que entramos a la adoración, no como pecadores perdidos confrontando a un Dios airado, sino como "santos" (Ro 1.7; 1Co 1.2, etc.) quienes hemos hecho la paz con Dios a través de Cristo.

El gran hecho que gobierna la experiencia de adoración de principio a fin es que la obra de Cristo está completa, que Jesús ha resucitado de entre los muertos. Sin duda hay lugar en la adoración para pedir perdón a Dios por nuestros pecados continuos por los méritos de Cristo. Pero los adoradores no deben ser dirigidos a pensar (como en el punto de vista católico-romano de la misa como un sacrificio repetitivo) que la obra de redención necesita ser hecha una y otra vez. Todas las iglesias pasan dificultades para contrarrestar los malos entendidos, pero especialmente aquellas iglesias que dirigen a los adoradores semana tras semana a través de la lectura de la ley, la confesión de pecados, y la seguridad del perdón.

Me parece que está más en línea con el énfasis del Nuevo Testamento tener cultos que enfatizen primordialmente el gozo de la resurrección de Jesús. Después de todo, nos reunimos a adorar el primer día de la semana para conmemorar ese evento. Por supuesto, ese gozo debe ser definido como un gozo en la consumación de la redención y en la plenitud del perdón de los pecados.

Y debe haber un lugar en el culto para la confesión de pecados y la seguridad del perdón a través del sello de la resurrección de Jesús. Lo que estoy proponiendo es un cambio de énfasis y no de substancia. Pero no asumamos que la liturgia de la representación no tiene sus desventajas, aun con su prestigio histórico. En el análisis final, los textos mencionados al principio de esta sección nunca tuvieron la intención por parte de Dios de proveer un orden requerido de culto para la iglesia del Nuevo Testamento. Por lo tanto, tenemos libertad para variar el contenido temático de la adoración dentro de los límites bíblicos. Esta variación no necesita desplazar el perdón de los pecados, la consagración y el compañerismo con Dios que son puntos básicos del evangelio. Ciertamente, los otros temas bíblicos no pueden ser expuestos completamente sin que ese evangelio básico sea prominente.

3. Diálogo

Otra manera en la cual los teólogos han tratado de argumentar en favor de un orden normativo de culto es por medio del concepto de un diálogo “divino-humano”.

Algunos encuentros en la Escritura entre Dios y el hombre tienen una estructura de diálogo: Dios habla, el hombre responde, Dios habla de nuevo, etc. (ver por ejemplo, Gn 28; Is 6; Jer 1; Ap 1). El culto en forma de diálogo típicamente alterna entre los eventos en los que Dios habla y los eventos en los que la congregación responde. A menudo hay frases pronunciadas por el ministro, seguidas por frases de respuesta dichas por la congregación.

La adoración cristiana ciertamente contiene ambos elementos de Dios hablando (la bendición, la lectura y predicación de la Escritura) y de la congregación respondiendo (oración, alabanza y canto).

La estructura del diálogo nos recuerda que la salvación es por gracia, por iniciativa de Dios, y que nuestra obediencia es una respuesta a esa gracia. Pero la Escritura no nos enseña que las reuniones cristianas deben ser estructuradas como un diálogo.

Para empezar, muchos encuentros entre Dios y hombre en la Biblia no están notablemente en forma de diálogo. Muchas oraciones y los Salmos en la Escritura ocurren sin ninguna respuesta por parte de Dios ni antes ni después. Y hay grandes discursos de Dios en los Profetas y en otros lugares sin ninguna respuesta humana evidente. Job 1-37 consiste mayormente en monólogos de Job y sus amigos; los capítulos 38-42 son mayormente un monólogo divino, con respuestas breves de Job sólo para admitir su incapacidad para entrar en la discusión (40.1-5; 42.1-6), difícilmente esto es lo que los liturgistas típicamente llaman “participación”.

Otro problema con el modelo del diálogo es que, en un sentido, en la adoración Dios siempre está hablando y nosotros siempre estamos respondiendo:

- Dios habla, no sólo en la lectura y predicación de la Escritura, sino también en los himnos; pues los buenos himnos expresan el contenido bíblico y por lo tanto enseñan la Palabra de Dios (Col 3.16).
- Lo mismo es cierto en cuanto a las oraciones. Ciertamente, un buen culto de adoración tiene contenido bíblico desde el principio hasta el final, y en todo eso escuchamos la voz de Dios. Por otro lado, en todo el culto la congregación responde.
- En un sermón, el predicador no sólo habla en nombre de Dios, sino también expresa sus propias respuestas a la Palabra de Dios. También durante el sermón, la congregación debe estar respondiendo al buscar nuevas maneras de obedecer.

Por lo tanto, no hay una división muy marcada en el culto entre algunos eventos en los que Dios habla y otros en los que nosotros respondemos.

Existen otros peligros en el concepto del culto como diálogo:

- La dimensión horizontal, en la cual los creyentes se edifican unos a otros, es descuidada. Hemos notado la importancia de esta dimensión en pasajes como Heb 10.24-25. No queda claro como el diálogo entre creyentes cabe dentro del modelo de un diálogo divino-humano;
- El ministro tiende a adoptar un papel autoritario, puesto que típicamente él representa a Dios en este tipo de culto;
- El papel de la congregación se reduce a respuestas prescritas oponiéndose al amplio uso de los dones de la congregación sugerida en 1 Corintios 14.

4. Conclusiones

No existe algún pasaje o principio en la Escritura que dicte un orden invariable para los eventos en el culto. Sin embargo, hay relaciones lógicas entre los varios aspectos del culto que no deben ser ignorados al planear nuestros cultos de adoración.

Es importante recordar, sin embargo, que hay más de una secuencia lógica que esté de acuerdo con la Escritura. Los autores que escriben acerca de la adoración tienden a fijarse en una de esas secuencias (tales como la del diálogo o el perdón/consagración/comunión), ignorando otras maneras bíblicamente aceptables de estructurar el culto. Por ejemplo:

- ¿Por qué no empezar el culto con alabanzas al Cristo resucitado, y luego en un punto más adelante recordar que resucitó para nuestra justificación, nuestro perdón de los pecados?
El Salmo 100.4 nos dice que entremos por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza. Y la oración del Señor nos instruye a santificar el nombre del Señor antes de pedir perdón por nuestros pecados. Por supuesto, la verdadera alabanza, como la del sacrificio agradable del Salmo 51.19, fluye de un corazón contrito y humillado, ya sea que esa contrición sea expresada al principio o al final del culto.
- ¿Por qué no pasar un tiempo extenso cantando para animarnos a llevar el evangelio al mundo incrédulo, y luego confesar que también nosotros estuvimos muertos en nuestros pecados y delitos?
- ¿Por qué no empezar con un sermón acerca de Dios como el Creador de todas las cosas, luego cantar alabanzas a su grandeza y su amor por sus criaturas pecadoras? Toda doctrina bíblica está presente en todas las demás; ¿Por qué no explorar los senderos bíblicos de muchas maneras, siguiendo varios órdenes, yendo en varias direcciones?
- Como otro ejemplo, considere la doxología. Algunos escritores tienen la seguridad que ellos saben el lugar en el culto al que la doxología realmente “pertenece”. Pero la doxología es una expresión de alabanza a Dios que simultáneamente llama a todas las criaturas en el cielo y la tierra a alabarle. Seguramente hay muchos lugares en el culto donde la doxología es apropiada, no sólo uno o dos. Considera como el apóstol Pablo en sus cartas interrumpe sus argumentos en lugares muy extraños para insertar una doxología, por ejemplo en Romanos 1.25 y 2 Corintios 11.31.
El recuperar la flexibilidad bíblica aquí puede traer una nueva frescura a nuestros cultos, y la frescura incrementa la inteligibilidad, el poder de nuestra comunicación de la Palabra de Dios. Por supuesto, también tiene valor la constancia. Si todo cambia de semana a semana, la comunicación puede ser estorbada en vez de ser apoyada. El balance entre la regularidad y la flexibilidad requiere sabiduría espiritual considerable.

4. EL ESCENARIO DE LA ADORACIÓN

La Escritura no nos da algún mandato referente a dónde pueden adorar o no los creyentes del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, la oración y la enseñanza podían darse en cualquier lugar, pero los sacrificios estaban restringidos al altar central en el tabernáculo y el templo. En el Nuevo Testamento, Jesús remueve esa restricción pues Él mismo es nuestro sacrificio, nuestro sacerdote, y nuestro altar central.

Y Jesús reside, no en un lugar terrenal, sino en los cielos; y por medio de Su Espíritu, en y con Su pueblo dondequiera que esté (ver Jn 4.19-24). Consecuentemente, los cristianos pueden adorar en casas, al aire libre o en un edificio público. Por lo tanto, el escenario de la adoración es algo que tenemos la libertad de ordenar de acuerdo con nuestra sabiduría dada por Dios, de acuerdo con las reglas generales de la Palabra.

Una de las reglas generales más importantes es la prohibición de los ídolos a través de la Escritura, especialmente en el segundo de los Diez Mandamientos.

El pueblo de Dios no debe hacerse imágenes (ya sea de Dios o de otros dioses) con el propósito de adorarlas. Este mandamiento no excluye todo tipo de cuadros del área de adoración.

El tabernáculo y el templo mismo contenían, por dirección de Dios, muchos cuadros e imágenes (ver Éx 25.17-22, 31-36; 26.1-6; 1R 6.29; 2Cr 4.2-3). Lo que el mandamiento prohíbe es dar homenaje a las imágenes como canales o mediadores de la Deidad. Por lo tanto, la Escritura no prohíbe el uso de los cuadros, estandartes, o decoraciones en el área utilizada para la adoración cristiana. Por supuesto, algo de precaución es necesario, no sea que los adoradores obtengan un apego sentimental hacia cierto cuadro, el cual pueda degenerar en idolatría. Esto puede pasar.

Sin embargo, no pienso que haya alguna razón bíblica para preferir, como lo hicieron algunos puritanos, un área de adoración austera. La Escritura en ningún lugar nos impone la austeridad como un principio. Por supuesto, la decoración puede distraernos, pero similarmente un escenario austero puede disminuir la solemnidad y asombro del encuentro divino-humano.

¿Qué de los símbolos, tales como cruces, peces, señales, etc.? Algunos en la tradición presbiteriana han eliminados éstos argumentando que los símbolos deben estar basados en mandamiento explícito de Dios. Por lo tanto, rechazan todo símbolo visible excepto los sacramentos. Sin embargo, yo he argumentado anteriormente que el principio regulativo bíblico no requiere un mandamiento divino específico para cada detalle de la reunión cristiana. Tenemos el mandamiento general de comunicar la revelación de Dios, y no hay razón para no poder hacerlo a través de símbolos visibles como también por medio de la palabra hablada y escrita. Y tenemos el precedente del Antiguo Testamento, el cual libremente empleaba el simbolismo.

Además, no podemos escapar del simbolismo sin escapar de este mundo mismo. Vivimos en un “universo sacramental”, pues Dios ha creado el mundo entero para revelarse a Sí mismo (Sal 1.1; Ro 1.19-20). La enseñanza de Jesús libremente emplea las ilustraciones de la naturaleza: campos de cosecha, la maduración del trigo y la cizaña, etc. Si adoramos al aire libre, estamos rodeados de símbolos de la verdad de Dios. Y cuando Israel adoraba bajo techo, la decoración y los colores hablaban elocuentemente de la creación y redención de Dios. Nosotros mismos, como la imagen de Dios, representamos a Dios. Y el lenguaje humano es simbólico. Si restringiéramos el uso de símbolos en la adoración sólo a aquellos explícitamente autorizados en la Escritura, entonces sólo podríamos usar aquellas palabras en la Escritura misma. Ciertamente, aun el uso de traducciones Bíblicas estaría en debate. Irónicamente, algunos puritanos que abogaban por un área de adoración austera usaron esa misma austeridad para simbolizar la claridad del evangelio.

5. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. ¿Cuál es la responsabilidad de los ancianos en la adoración de la iglesia?
¿Qué puede ser delegado a otros? ¿Qué no puede ser delegado?
2. ¿Qué ambigüedad en el término liderazgo ha llevado a algunos a pensar que sólo los ancianos deben presidir las reuniones de la iglesia?
3. ¿Cómo difiere el liderazgo de la iglesia del liderazgo del mundo incrédulo?
¿Cómo afecta esa diferencia la naturaleza del liderazgo en la adoración?
4. ¿Es importante mantener la tradición histórica en la adoración?
Si es así, ¿Qué otros principios bíblicos deben entrar en juego para mantener el balance?
6. Explica varios principios que han sido propuestos para determinar el orden del culto.
¿Alguno de ellos es obligatorio para todas las iglesias?
¿Cuáles son algunas de las desventajas de seguir estos principios?
7. ¿Cuáles son los argumentos en pro y en contra del uso de símbolos visibles en el área de adoración?
¿Violan esos símbolos el segundo mandamiento? ¿Por qué sí o por qué no?

LECCIÓN 7

EL TONO DE LA ADORACIÓN

1. LAS EMOCIONES

Cuando nos referimos al “tono” o “atmósfera” o “estilo” de la adoración, usualmente estamos pensando en el impacto general que el culto tiene en las emociones del adorador. Pero aun el simple hecho de hablar de las emociones con esta conexión incomoda a algunos.

La literatura sobre la adoración, especialmente en los círculos reformados, está llena de condición en contra del “emocionalismo”, especialmente en el movimiento carismático y algunas otras formas de la iglesia evangélica. Pero hay muy poco en esta literatura acerca del valor positivo de las emociones en la adoración o contenido emocional de la Palabra de Dios.

La Teología Reformada siempre se ve un tanto incómoda con las emociones. Algunas veces ha abogado por la primacía del intelecto: el punto de vista de que la verdad viene a la persona primero por medio del intelecto y sólo subsecuentemente se aplica a la voluntad y a las emociones. En mi punto de vista, esta doctrina no es bíblica, es una intervención de la filosofía griega en el pensamiento cristiano. Ciertamente, Dios hizo al intelecto para informar nuestras acciones y sentimientos, y hay peligros graves al vivir por los sentimientos separados de la reflexión intelectual. Pero en la Escritura, Dios dirige su palabra, no sólo al intelecto, “sino a toda la persona, al corazón”. Es toda la persona que ha caído en pecado y toda la persona necesita redención.

Es mejor pensar que el intelecto, la voluntad y las emociones son interdependientes. Cada una afecta a las demás, y ninguna puede funcionar apropiadamente separada de las otras. Cuando tratamos de emplear una sin las otras, resulta en entendimientos, elecciones y sentimientos distorsionados. **Las emociones proveen al intelecto de información para analizar y juzgar; el intelecto provee a las emociones de dirección y perspectiva.** Por lo tanto, en la Escritura Dios apela a nosotros en una variedad amplia de maneras, algunas relativamente intelectual (por ejemplo, la carta a los Romanos) y algunas veces relativamente emocional (por ejemplo, los Salmos), pero ninguna en forma exclusiva; considera las apelaciones emocionales de Romanos 8.31-39 y 11.33-36 y la lógica intelectual del Salmo 1.

El contenido emocional de la Escritura es parte de la revelación de Dios. La misma emoción que Pablo expresa en Romanos 11.33-36 conlleva algo del corazón mismo de Dios, una revelación de Dios que no podríamos tener si Pablo se hubiera limitado a escribir una prosa abstracta. El uso de la Escritura en la adoración debe manifestar todo ese contenido emocional, no sólo fría información. La Escritura también tiene mucho que decir acerca de nuestra propia vida emocional, de cómo debemos sentirnos con respecto a las cosas. Nos habla de gozo, paz, ansiedad, temor, valor, y amor; conceptos que son parcialmente emocionales en carácter.

Desafortunadamente, la adoración reformada a menudo siguió el modelo de la conferencia académica. Zwinglio en Zurich eliminó la música por completo de los cultos, enfocándose casi exclusivamente en la enseñanza. Los reformadores posteriores fueron menos extremistas, pero el modelo de adoración como una reunión de enseñanza tuvo gran influencia, especialmente en el Puritanismo. Es importante que la gente de convicción reformada de más atención positiva al componente emocional de la adoración.

2. CÓMO SE DEBE SENTIR EL ADORADOR

No todas las siguientes cualidades son emociones puras y simples, sino cada una describe una actitud que debemos traer a la adoración.

1. Reverencia

Esta es una actitud de profundo respeto hacia otro.

La Escritura dice que debemos adorar a Dios con temor y reverencia (Heb 12.28).

Básicamente sinónimo con este concepto es el temor de Jehová (por ejemplo Sal 2.11; 5.7 y frecuentemente en otros lugares), el cual en la Escritura no es el terror por el juicio (ver Éx 20.20; Pr 14.26) sino la actitud de un creyente fiel.



2. Gozo

A menudo la Escritura asocia el gozo con la adoración (ver Sal 2.11; 98.4-6; Jn 8.56; Hch 2.46; Jud 24; Ap 19.7). Nos regocijamos en la realidad de Dios, su presencia con nosotros, y sus actos portentosos de creación y redención. El gozo y la reverencia pueden a simple vista parecer contradictorios. Prácticamente hablando, es difícil mantener un balance entre ellos. Cuando una iglesia busca enfatizar el gozo en la adoración, casi inevitablemente alguien los critica por su falta de reverencia, y viceversa.

Las iglesias que enfatizan la reverencia y aquellas que enfatizan el gozo a menudo difieren grandemente en la atmósfera, tanto como los funerales difieren de las fiestas. Sin embargo, en la Escritura, las dos cualidades no son opuestas. Consideren la conjunción notoria de ambas en el Salmo 2.11: Adoren al SEÑOR con reverencia, Y alégrese con temblor. ¿Cómo pueden estar la reverencia y el gozo ligados tan cercanamente? La experiencia de tener un encuentro con el único Dios verdadero es sobrecogedora, y los aspectos emocionales de esto están más allá de cualquier descripción.

Pero considera esta ilustración: muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de estar completamente sorprendidos por un evento maravilloso, tal vez un regalo inesperado, una bondad increíble, o una oportunidad única. Algunas veces tales experiencias hacen surgir una emoción que se acerca mucho al asombro. Nos quedamos sin poder hablar; nos sobrecogemos. Tratamos de imaginar, pero fallamos en concebir como podemos regresar ese favor. Ahora agrega a esta ilustración el pensamiento que el donador es omnipotente, omnisciente, y omnipresente, y que es infinito, eterno, y el gobernador inmutable del universo, y empiezas a entender algo del concepto bíblico del asombro, lo cual es al mismo tiempo un gozo elevado a su máxima manifestación.

La adoración gozosa en la Escritura puede ser fuerte y enérgica. Puede ser expresada con gritos y palmadas (Sal 47.1; 100.1; Sof 3.17).

3. Pesar por el pecado

Aunque el pesar por el pecado es un aspecto legítimo de la adoración, debe ser entendido sólo como un momento de la adoración, no un tono o atmósfera permanente. En el Salmo 51 y en Isaías 6, el pesar por el pecado pronto se convierte en gozo cuando el pecador encuentra el perdón a través de la gracia de Dios. Por supuesto que hay Salmos donde el sentimiento de pesar no desaparece, pero esos Salmos deben ser leídos dentro del contexto general de la Escritura, particularmente a la luz de la resurrección de Jesús. Lo mismo debe decirse de las lamentaciones por el juicio divino y el enojo piadoso por las injusticias del mundo (como en Sal 73; 109; Lm 1-5). Estos son momentos legítimos en la adoración, pero no deben establecer el tono general (ver Sal 126.1-6). El tono general debe ser el gozo reverente.

4. Participación

Los adoradores no deben tomar una actitud pasiva hacia la adoración, tal y como la que usualmente tomamos hacia el entretenimiento. Como hemos visto, la adoración es un servicio sacerdotal. Es la treia, "labor o servicio". Por lo tanto, debemos ir a la iglesia a hacer algo: llevar alabanzas a Dios y a ministrarnos los unos a los otros. Esta perspectiva debe hacer que estemos menos preocupados por lo que "obtenemos" de la adoración y más preocupados por lo que damos a Dios y a nuestros hermanos y hermanas. Nos debe animar a cantar desde el corazón, a orar fervientemente, a escuchar la Palabra de Dios con la expectativa de que cambiaremos nuestro comportamiento como respuesta, y a ser huéspedes agradecidos a la mesa del Señor. Nos debe animar a practicar la estructura de adoración relativamente "democrática" de 1 Corintios 14, en la cual muchas personas sugieren cosas para que la congregación haga, dentro de una estructura de decencia y orden. Por supuesto, como enfatice anteriormente, hay bendiciones y beneficios para cada uno de nosotros en la adoración. Ciertamente, la adoración es una celebración del "dar" de Dios y nuestro "recibir". Esto también motiva nuestra participación. Participamos con gozo salido de la acción de gracias por la gracia de Dios.

Mucho se ha dicho recientemente en la literatura sobre adoración acerca de la adoración "participativa". En mi punto de vista, algunos autores identifican la participación muy estrechamente con las oraciones y respuestas congregacionales escritas. La participación es algo mucho más que eso; es toda una actitud hacia el servicio. En mi opinión, esa actitud puede estar ausente en iglesias que tienen patrones elaborados de frases responsivas, y puede estar presente intensamente en iglesias que tienen un patrón sencillo de cantos, oraciones y el sermón.

5. Fe

La fe es importante para toda nuestra relación con Dios, y ciertamente para la adoración (Heb 11.6; Ro 14.23). La fe genuina genera una emoción de expectativa en la adoración: confiamos que Dios cumplirá sus promesas, que se encontrará con nosotros, que nos bendecirá de acuerdo con su evangelio, que cambiará nuestras vidas por el poder de Su Palabra. Un adorador fiel no irá a la iglesia diciendo, "Oh, sólo va a ser lo mismo de siempre". Un adorador fiel encontrará el cumplimiento de sus expectativas.

6. Amor

El amor por Dios y el amor por el prójimo encierra el todo de nuestra responsabilidad delante del Señor. Es el cumplimiento de la ley, porque uno que ama a Dios guarda la ley (Mt 22.37-40; 13.34-35; 14.15, 21). Esto es importante tanto en el lado vertical como en el horizontal de la adoración.

7. Confianza

En el período del Nuevo Testamento, sólo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo del tabernáculo o el templo, y eso sólo una vez al año; el día de la propiciación, trayendo sangre para la propiciación de sus propios pecados y los del pueblo.

Cuando Jesús murió el velo que separaba el Lugar Santo del Santísimo se partió en dos de arriba a abajo. Por lo tanto, Jesús abrió el camino para todo pueblo para entrar en la presencia de Dios como sacerdotes. Ahora tenemos confianza para venir a la presencia de Dios, en adoración y particularmente en oración (Heb 4.16; 10.19; 13.6; Ef 3.12; Comparar 1Jn 4.17).

Debemos estar conscientes de que esta confianza marca una verdadera diferencia entre la adoración en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Aunque la reverencia y el asombro son todavía importantes en la adoración de Dios (Heb 12.28), no hay mucha distancia separándonos de Dios como la había en el Antiguo Testamento. Venimos delante de Dios como sus hijos e hijas maduros. Nuestro acercamiento a Dios no está lleno de reglas acerca de sacrificios y ofrendas de sangre; esas ofrendas han sido cumplidas en Cristo.

Cualquiera que sea el valor que pueda haber en las ceremonias y en acercamientos muy ritualistas a la presencia divina en las liturgias tradicionales, éstas no son necesarias. Debido a nuestra unión con Cristo, podemos simple y confiadamente entrar a la presencia de Dios como Sus hijos, hablar con Él, y escuchar Sus palabras.

8. Intimidad Familiar

Jesús enseñó que en la oración debíamos dirigirnos a Dios como nuestro Padre. Somos hijos e hijas de Dios a través de Cristo. Como tales, le amamos y nos amamos con un amor exclusivo y rico. Diciéndolo de otra manera, no sólo somos siervos (aunque sí lo somos), sino también somos amigos (Jn 15.14-15). Interessantemente, el Nuevo Testamento en ningún lugar prescribe la formalidad en la adoración. Simplemente nos reunimos como amigos y como familia para comunicarnos con nuestro Padre y con Jesús (su Hijo y nuestro hermano mayor, Heb 2.11-12).

3. ESTILO Y ATMÓSFERA

Los planificadores de la adoración al igual que los adoradores necesitan pensar un poco en el tono subjetivo general del culto de adoración. Por ejemplo, ¿Debe ser formal o informal? ¿Debe ser ruidoso o quieto? ¿Debe ser el líder amigable, platicador y humorístico, o su comportamiento debe ser solemne? ¿Debe estar la congregación absolutamente quieta antes del culto para estimular la meditación, o deben ser animados para dar la bienvenida a los visitantes?

Si nos curamos de ciertos prejuicios comunes podríamos ver que la Escritura permite considerable libertad en estas áreas. Por ejemplo, se piensa a veces que sólo la adoración formal en una atmósfera solemne puede propiciar adecuadamente una reverencia y asombro por la presencia divina. Pero no hay razón en la Escritura para suponer que esto es así. Simplemente es un juicio humano que algunos pueden pensar y otros no. En esta área, es difícil ir más allá de evidencia anecdótica. Puedo recordar algún número de cultos "informales" en los que fui sobrecogido con la majestad de Dios. Y puede ser argumentado en igualdad de posibilidades que sólo la adoración informal y amistosa hace justicia a los temas bíblicos de la iglesia como una familia y nuestro derecho de acceso confiado a nuestro Padre Celestial.

Algunos pueden pensar que el humor necesariamente trivializa la adoración. Pero eso no es verdadero, pues existe humor en la Escritura, por ejemplo en Génesis 18.13-15; 21.6-7; Pr 26.15; Is 44.12-20; Mt 19.24; 23.24 y Hch 12.1-19. Dios se ríe de los malvados en el Salmo 2.7.

- El Humor tiene un propósito teológico positivo: nos permite vernos desde la perspectiva de Dios. Nos muestra la discrepancia ridícula que existe entre la grandeza de Dios y nuestras pretensiones. Como tal, la emoción que surge del humor puede pasar rápidamente a un profundo pesar por nuestro pecado y a una búsqueda de la gracia de Dios.
- El humor puede también expresar gozo en el Señor y el gozo inefable (2 Co 9.7 en el griego) por medio del cual el Espíritu de Dios nos libera de nuestro egoísmo para servir a nuestros hermanos y hermanas.
- El Humor puede también establecer un lazo de unión entre el líder y el pueblo, asegurándoles que él es uno de ellos. Por lo tanto, puede fortalecer el lado horizontal de la adoración, la unidad del cuerpo de Cristo. Sin duda algunos tipos de humor son distractores en la adoración, pero no todos.

Otra consideración importante es que el estilo elegido debe promover la inteligibilidad de la comunicación. Hemos visto que este es el énfasis principal de 1 Corintios 14, el cual es el pasaje que trata más extensamente de la reunión cristiana de adoración en el Nuevo Testamento.

La inteligibilidad de la comunicación es crucial para la Gran Comisión y para el mandato del amor, pues el amor busca promover, y no impedir, el entendimiento mutuo. Como los reformadores enfatizaron, la inteligibilidad requiere, primero, que se hable el lenguaje del pueblo y no el Latín. Pero la comunicación es más que el lenguaje en el sentido estricto. El contenido es comunicado por medio del lenguaje corporal, estilo, la elección de términos populares en lugar de términos técnicos, estilos musicales bien conocidos, etc.

Me parece que las consideraciones relevantes favorecen un culto informal con una atmósfera amigable, abierta y con estilos contemporáneos de lenguaje y música. Esta no es una regla rígida o escrita en piedra. Pero cuando nos alejamos de este modelo, debemos entender lo que estamos haciendo, y debemos esforzarnos para remediar los problemas que podamos crear.

La crítica típica a este acercamiento es que se halaga el gusto de la gente. Por supuesto, como hemos visto, las reglas generales que rigen la adoración son los mandamientos de Dios y no el gusto de la gente. Pero uno de esos mandamientos divinos es la adoración que sea inteligible para la iglesia y los visitantes.

Determinar la forma más inteligible de adoración requiere que nos preguntemos qué es lo que la gente de una cultura particular escucha y entiende con mayor facilidad, y esa pregunta ciertamente toca el asunto de la preferencia personal. **Pero no estamos haciendo la pregunta para satisfacer el gusto de alguien, sino que la estamos preguntando para que podamos ser más fieles en la clara comunicación de la Palabra de Dios.** Ciertamente, al hacernos estas preguntas nos veremos forzados a ir en contra del gusto de muchos, o los nuestros. Tal vez tengamos de poner a un lado nuestros prejuicios y gustos cuando planificamos el culto. Alguien que ame la música clásica y la teología profunda tal vez tendrá que aceptar algunos cantos contemporáneos y poesía sencilla. La adoración no es meramente para nosotros como individuos, sino para Dios, para nuestros hermanos cristianos y para los visitantes incrédulos (1Co 14.22-25). Debemos distinguir entre lo que Dios requiere y aquello con lo que nos sentimos cómodos, entre lo que es bíblico y las meras preferencias individuales. Y en puntos referentes a la preferencia personal, debemos estar dispuestos a considerar a otros antes que a nosotros.

4. AUTENTICIDAD EN LA ADORACIÓN

A menudo después de la adoración, la gente se queja de que realmente no adoraron, realmente no tuvieron un encuentro con Dios. Ciertamente, los cristianos a veces asisten a cultos por largo tiempo sin un sentido de que realmente se hayan encontrado con el Señor vivo. Ocasionalmente algo pasa durante el culto que transforma sus vidas. Pero para muchos de nosotros eso pasa raras veces.

Algunas personas se culpan a sí mismos por ese entumecimiento espiritual; otros culpan a la iglesia.

Recientemente leí un artículo escrito por un amigo que dejó la iglesia Presbiteriana y se fue a una iglesia Ortodoxa del Este. Él presentaba las críticas usuales de la adoración presbiteriana: muy casual, superficial, inadecuadamente planeada, históricamente insuficiente, no participativa. Él decía que cuando asistió por primera vez un culto de "alta liturgia" se maravilló de su riqueza; dijo: "Sentí como si nunca antes hubiera adorado".

Por lo tanto, podríamos tener la tentación de pensar que el establecimiento de la autenticidad en la adoración significa adoptar una liturgia histórica. Pero he escuchado testimonios de lo opuesto también, de personas crecidas en la iglesia Católica-romana u Ortodoxa quienes nunca tuvieron una relación personal con Dios hasta que escucharon el evangelio proclamado simplemente y sin ceremonias, en una iglesia evangélica protestante. Debemos recordarnos a nosotros mismos que Dios obra cuando y donde Él quiere.

Nadie puede probar por medio de la Escritura o las estadísticas que la adoración formal genera profundidad y autenticidad más de lo que lo hace una adoración informal, o viceversa. Las experiencias profundas con Dios pueden darse bajo una variedad amplia de condiciones: en un campamento de verano, durante una crisis familiar; en un centro de consejería; en diferentes tipos de adoración. Algunas veces un cambio de un estilo de adoración a otro puede tener un efecto positivo, llamando la atención del adorador en un grado extraordinario. Esa puede ser la herramienta que el Espíritu Santo usa para obrar en ese adorador; o puede ser meramente la situación que conduce al adorador a pensar que el Espíritu está obrando en él de una manera extraordinaria.

Cualquiera que sea el caso, no hay una técnica para asegurar que esa experiencia ocurrirá. Todo lo que podemos hacer es asegurarnos que nuestra adoración sigue los mandamientos de Dios y asegurarnos que nuestros propios corazones como adoradores están buscando honrar al Señor (nota la conexión entre la pureza de corazón y la adoración en el Sal 24.4 y Mt 5.8). Aun eso no garantiza una sensación especial de la presencia de Dios para todo creyente. Pero nuestra adoración será auténtica en el sentido más importante: será agradable para Dios y edificará a la iglesia, y eso debe ser suficiente para satisfacernos como adoradores.

5. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. ¿Tiendes a pensar que la adoración es como una conferencia académica?
¿Ves los himnos, oraciones, y sacramentos como simples puntos preliminares para el sermón?
Si así es, ¿Qué cambios en la adoración de tu iglesia te animaría a pensar diferente?
¿Qué cambios en tu propia actitud son necesarios?
2. ¿Dirige Su Palabra Dios primariamente al intelecto? ¿Por qué o por qué no?
¿Cómo puede la adoración en tu iglesia desarrollar un mejor balance?
3. ¿Anima la adoración de tu iglesia la reverencia, gozo, arrepentimiento, participación, fe, amor, confianza, e intimidad familiar? ¿Cómo? Si no, ¿Qué cambios son necesarios?
¿Cómo puedes animar tales actitudes en ti mismo y en otros adoradores?
4. ¿Qué estilos diferentes de adoración has experimentado?
Compártelas con la clase juntamente con tu evaluación de ellos
6. ¿Has criticado algún culto porque no está de acuerdo con tu gusto personal?
¿Cuál es tu preocupación (música, decoro, tiempo, comodidad, etc.)?
¿Has sido alguna vez desafiado a ceder en cuanto tus preferencias personales en pro de la edificación de otros?
¿Cuál fue tu respuesta? Evalúate.
7. ¿Has sido alguna vez afectado por el culto de una manera profunda y transformadora? Descríbelo.
¿Crees que esa experiencia estuvo conectada con un estilo particular o atmósfera de adoración? ¿Debemos esperar ese tipo de experiencia en cada culto?
¿Debemos planificar la adoración para provocar ese tipo de experiencia?
8. ¿Qué le dirías a alguien que después del culto te dice: "No saqué mucho de este culto"?

LECCIÓN 8

DIOS NOS HABLA: LA PALABRA Y LOS SACRAMENTOS

En los capítulos siguientes, vamos a ver algunos de los aspectos mayores del culto más cercanamente de lo que hasta aquí hemos podido hacer. Anteriormente yo rechace la noción de que el culto debe ser un diálogo en el sentido de una rígida estructura de intercambios alternados entre Dios y el pueblo. No obstante, es cierto que en el culto Dios habla y nosotros le respondemos. Como un arreglo conveniente de temas, discutiremos en este capítulo algunos eventos del culto en los cuales la voz de Dios es prominente. Próximamente, consideraremos nuestras respuestas a la palabra de Dios.

1. LA PALABRA DE DIOS

Primeramente, Dios nos habla a través de la lectura y predicación de Su palabra en la Escritura.

Es importante para nuestro culto reconocer que cuando escuchamos o leemos la palabra de Dios, estamos encontrándonos con el mismo Dios. El poder del Espíritu Santo acompaña la palabra de Dios (1Co 2.12-15; 1Ts 1.5) para darnos entendimiento (iluminación).

Pero al decir que Dios acompaña a Su palabra no es contar la historia completa.

La relación de Dios a Su palabra es aún más profunda que eso, pues la palabra misma es divina.

Sabemos que al estar de acuerdo o criticar las palabras de un hombre es estar de acuerdo o criticarlo a él.

Lo mismo es cierto de Dios. La palabra de Dios es inseparable de Dios mismo.

Su palabra efectúa actos divinos, creación (Sal 33.6), providencia (Sal 148), juicio (Jn 12.48), y salvación (Ro 1.16; Stg 1.21). Todo lo que Dios hace, lo hace hablando Su palabra. Su palabra tiene atributos divinos: es eterna (Sal 119.89, 160), omnipotente (Is 55.11), y perfecta (Sal 19.7-8). Es aun un objeto de culto (Sal 119.120, 161-62; 56.4, 10).

Así, el apóstol Juan, hablando de ambos; Jesús, la Palabra viviente, y de la palabra creativa en Génesis 1.3 y Salmo 33.6, identifica la palabra de Dios con Dios mismo (Juan 1.1).

Debemos de obtener dos implicaciones de esto para el culto:

- Primera, que donde la palabra de Dios está, Dios está. Nunca debemos de menospreciar la palabra de Dios. Escuchar la palabra de Dios es encontrarse con Dios mismo;
- Segunda, donde Dios está, su palabra está. No debemos buscar tener una experiencia con Dios que pasa por alto o trasciende Su palabra.

La palabra de Dios trae bendiciones maravillosas sobre nosotros mientras la escuchamos en fe, con corazones obedientes. Pero Su palabra también es poderosa para traer juicio a aquellos que se rebelan o no la toman en serio. En Isaías 6.9-10, la palabra de Dios dada a un pueblo desobediente actualmente los endurece, para que sea menos probable que obedezcan y reciban la bendición de Dios. Jesús cita este pasaje para explicar el propósito doble de sus parábolas: para iluminar a algunos y esconder la verdad de otros (Mt 13.11-17).

La palabra de Dios nunca nos deja iguales; nos deja mejor o peor. Así, es urgente que la escuchemos en fe.

2. LA LECTURA DE LA ESCRITURA

La primera palabra de Dios escrita mencionada en la Escritura es el Decálogo. En dos tablas de piedra Dios escribió los Diez Mandamientos (Éx 24.12; 31.18; 32.15-16; 34.1, 28-32). Estas palabras fueron las "palabras del pacto" (34.28), que expresaban las leyes y promesas de la relación de pacto entre Dios e Israel. Una y otra vez, Israel fue encargado a obedecer las palabras, testimonios, mandatos, estatutos y órdenes de la ley de Dios (ver casi cualquier página de Deuteronomio).

Dios también mandó que las palabras del pacto (el Decálogo junto con palabras adicionales dadas por Dios) deben de ser leídas y enseñadas públicamente al pueblo (Dt 31-32). Similarmente los apóstoles esperaban que las iglesias leyeran sus cartas públicamente (Col 4.16; 1Ts 5.27; 1Ti 4.13).

La lectura de la Escritura no es nada más un prelude para el sermón. Es, por derecho propio, un acto mandado por Dios para el culto público. Es una renovación del pacto de Dios con nosotros, pues escuchamos las promesas y los mandatos de Dios y respondemos en obediencia. Y mientras escuchamos, nos exponemos a nosotros mismos al poder del Espíritu.

3. PREDICACIÓN Y ENSEÑANZA

La predicación y la enseñanza explican las Escrituras y las aplican a nuestras vidas. Es a través de la predicación de la palabra que Dios normalmente lleva a la gente a creer en Jesús (Ro 10.14ss; 1Co 1.21; 2.1-5). Por lo tanto la predicación es muy importante.

La Segunda Confesión Helvética declara que **"la predicación de la palabra de Dios es la palabra de Dios"**.

¡Esta declaración no debe ser usada por los predicadores para establecer su propia infalibilidad!

En vez de esto, lo que quiere decir es que solo mientras el predicador proclama correctamente la palabra, sus palabras son de Dios. La palabra de Dios no se convierte en algo menor de lo que es, simplemente por ser puesta en los labios de un ser humano. Cuando escuchamos la verdadera predicación de la palabra somos confrontados con el poder, autoridad y maravillosa presencia de Dios mismo.

Un anciano de la iglesia debe ser apto para enseñar (1Ti 3.2; ver Tit 1.9). Algunos ancianos son pagados por enfocar su atención en la predicación y enseñanza (1Ti 5.17). Hoy en día, estos son llamados ancianos docentes o ministros distinguiéndose de los ancianos gobernantes. Sin embargo, enseñar en la iglesia no está limitado a los ancianos. En la sinagoga, cualquier hombre Judío podía ser designado a exhortar a la congregación (ver Lc 4.16-19). La misma práctica es sugerida por el lenguaje de 1Co 14.26, hablando de las reuniones de culto Cristianas. En Heb 10.24-25, a todo Cristiano le es dada la responsabilidad de edificar el cuerpo en conexión con el culto. En Col 3.16, todos los creyentes enseñan a otros mientras cantan alabanza. No está permitido que las mujeres sirvan de ancianas, como hemos visto. Sin embargo, Pablo dice que las mujeres mayores deberían enseñar a las mujeres más jóvenes (Tit 2.4-5), y Priscila estuvo involucrada junto a su esposo Aquila en la instrucción dada a Apolos (Hch 18.24-28).

Es importante que la enseñanza sea inteligible, clara, y edificante (1Co 14). Cuando Esdras y los Levitas enseñaban la ley a Israel, la asamblea consistía de aquellos que podían entender (Neh 8.3).

Aquellos que no podían entender, evidentemente, fueron instruidos en otros contextos.

Algunas personas Reformadas insisten que todos los niños deben estar presentes en la iglesia durante cada sermón, en lugar de ser mandados a cuneros e "iglesias para niños". Hay cierto valor en que las familias adoren juntas tanto como sea posible. Dios no solo trata con individuos en la Escritura, también con casas. La familia es vitalmente importante. En el culto, sin embargo, la edificación (1Co 14.26) es más importante que meramente estar juntos. Idealmente, todos deberían de ser enseñados en su propio nivel de entendimiento.

Me gustaría ver ocasiones en donde el pueblo de Dios se reúne a escuchar la palabra presentada simplemente, de manera que todos puedan compartir el mensaje juntos. Pero debe haber otras ocasiones en que la gente esté dividida, para que todos escuchen la palabra de Dios a su propio nivel de entendimiento.

4. ¿DRAMA?

Muchas iglesias están usando drama ahora en un intento de comunicar la palabra de Dios más claramente de cómo podría hacerse en formas más tradicionales de predicar. Algunos Presbiterianos se oponen a esto, porque no hay un mandamiento específico en la Escritura para usar el drama de esta manera. Pero hemos visto que los mandamientos específicos no siempre son necesarios. Cuando Dios nos da un mandamiento general (en el caso del mandamiento a predicar la palabra), y guarda silencio en algún aspecto de su aplicación específica, podemos propiamente hacer esas aplicaciones nosotros mismos, no saliendo de las reglas generales de la Escritura. La cuestión ante nosotros, entonces, es si el drama es legítimamente una forma de predicación, y si existe alguna enseñanza Bíblica que lo descartaría como medio de comunicar la palabra. Yo respondería sí a la primera pregunta, y no a la segunda.

La Escritura nunca dice que la predicación y enseñanza deben ser hechas por monólogo, aunque son normalmente hechos de esta manera. Seguramente no hay razón por la que no pueda haber dos o más maestros exponiendo la palabra en una reunión particular. Además, la predicación y enseñanza bíblica contienen muchos elementos dramáticos. A la orden de Dios, los profetas a veces hacían acciones simbólicas, como en Ezequiel 4.1-15 y capítulo 5. Jesús frecuentemente enseñó a través del diálogo, con grupos amistosos y hostiles también. Él enseñó por parábolas, que frecuentemente incluían diálogos entre distintos personajes, Jesús representando todos los papeles, como en Lc 12.13-21; 16.19-31; 18.1-8. Las epístolas de Pablo, también, son frecuentemente dramáticas, con Pablo llevando a cabo diálogos con sus interrogadores, objetores, y acusadores. Y el libro de la Revelación es un festín dramático. Estos elementos dramáticos deben ser enfatizados cuando prediquemos sobre estos textos; de otra manera nos perdemos de aspectos importantes de su contenido.

Dios frecuentemente enseña a su pueblo a través del drama. El libro de Job, los sacrificios y festivales del Antiguo Testamento, y los sacramentos del Nuevo Testamento son representaciones de las grandes obras de redención de Dios. Como hemos visto, la liturgia tradicional ha continuado este proceso de representación por muchos siglos, así que el drama en el culto no es nada nuevo. Si concedemos que la palabra puede ser predicada o enseñada por más de un orador, que la enseñanza puede llevarse a cabo a través del diálogo, y que la enseñanza inevitablemente tiene elementos dramáticos, entonces no podemos objetar al drama como una forma de enseñar.

Yo no soy un abogado del uso del drama. En mi punto de vista, hay muchas consideraciones argumentando que la palabra es usualmente presentada mejor a través del monólogo tradicional que a través del drama. Los dramas son difíciles de escribir, planear, y ensayar. Cuando son hechos pobremente, son una distracción, y cuando son bien hechos (usualmente por liderazgo profesional), el costo excede el valor de la actuación. Y tal vez especialmente ahora, en medio de toda la confusión de tecnología y medios de comunicación, puede ser refrescante y poderoso recibir un mensaje directo y "vivo" de un hombre al que se le confió la palabra de Dios, hablando del corazón como un "hombre muriendo a hombres muriendo".

La sencillez de tal discurso puede tener, como nuestros padres Puritanos enfatizaban, un gran poder espiritual. Sin embargo, yo sí creo que la Escritura nos da la libertad de usar drama; no podemos restringir dogmáticamente la proclamación de la palabra en el culto a la forma tradicional de monólogo.

En mi experiencia, los dramas son más efectivos en el culto cuando plantean una pregunta a la cual el sermón presenta una respuesta bíblica.

5. BENDICIONES

Otra vía por la que Dios se dirige a la congregación es a través del pronunciamiento de bendiciones.

Al principio del culto, la bendición es usualmente llamada salutación o saludo. Las epístolas de Pablo típicamente contienen cerca del principio una bendición y un saludo, como Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo (Ro 1.7), y en los servicios de adoración tal lenguaje es típicamente usado en el saludo.

Al final del culto, acostumbradamente, el pastor pronuncia una bendición, como la bendición de Aarón en Números 6.22-27 o la bendición apostólica de 2 Corintios 13.14.

En la bendición, Dios identifica el pueblo como Suyo, colocando Su propio nombre sobre ellos, y promete de nuevo las bendiciones del evangelio. La Escritura en ningún lugar ordena a la iglesia que use estas formulas en el culto público. No obstante, su contenido es bíblico; de hecho, ellas se suman simplemente como lecturas de la Escritura adicionales. Además, es ciertamente apropiado para el pueblo de Dios, cuando se reúnen en el nombre de Cristo, recibir una bendición que los identifica como propiedad de Dios.

6. CENSURAS

Si el culto incluye las bendiciones de Dios a su pueblo, ¿también puede incluir su censura sobre aquellos que han traicionado el pacto? Yo lo creo así. Vimos en el capítulo 5 que la disciplina de la iglesia es un aspecto propio del culto. Lo que debemos entender aquí es que cuando la iglesia pronuncia una censura judicial (amonestación, reprensión, deposición de la oficina, o excomunión), se está aplicando la palabra de Dios.

Cuando es hecha rectamente, una censura es la palabra de Dios, hablada al ofensor y a la congregación.

Jesús enseña en Mt 18.18 (un contexto de disciplina) que lo que la iglesia ate en la tierra está atado en el cielo.



Esto no quiere decir que los juicios de la iglesia son infalibles. Si quiere decir que cuando los juicios de la iglesia son justos, cuando propiamente atan a los ofensores, estos representan los juicios de Dios también. Similarmente, el apóstol Pablo dice que aún cuando el apóstol esté ausente, los juicios de la iglesia tienen tanta autoridad como cuando el apóstol está presente (1Co 5.3-5).

7. LLAMAMIENTO A ADORACIÓN

En la Escritura hay muchos pasajes en los que Dios llama o convoca a Su pueblo a adorarlo, como Sal 95.1-7; 96.1-3; 100.1. Como la salutación y la bendición, el llamamiento a la adoración es una lectura de la Escritura para un propósito particular. Y, como en la bendición, no hay un mandamiento bíblico de tener un llamamiento a la adoración en cada servicio.

Algunos ponen gran énfasis en la necesidad de un llamamiento a adoración (y también de una despedida al final) porque quieren hacer una aguda distinción entre el "culto oficial" y cualquier otro tipo de reunión.

Como yo rechazo la aguda distinción, no creo que es necesario tener un llamamiento formal y explícito a la adoración en cada servicio. Sin embargo, es bueno recordar a la gente el propósito de la reunión.

Este recordatorio puede ser hecho a través de un himno, una oración, una exhortación, o por un llamamiento formal a la adoración.

8. SACRAMENTOS

Frecuentemente los Protestantes están confundidos acerca del significado y fin de sus dos sacramentos, el bautismo y la Cena del Señor. No creemos lo que los Católicos Romanos creen, ¿pero cuál es la alternativa positiva? En la teología Reformada, los sacramentos son signos y sellos del pacto de gracia. Es decir, **simbolizan nuestra salvación, y la prometen a nosotros en Cristo. El bautismo simboliza lavamiento de pecado; la Cena del Señor proclama la muerte del Señor hasta que venga** (1Co 11.26).

Por estas ordenanzas, Dios nos identifica como Su pueblo y nos ata unos a otros en Cristo.

Estas bendiciones son las mismas que aquellas dadas por la lectura y predicación de la palabra de Dios. Como hemos visto, la palabra también simboliza la verdad del evangelio y sella la promesa por la garantía de Dios. Dios mismo, el Espíritu Santo viene a nosotros en y con la palabra para sellarla en nuestros corazones. Aquella palabra también renueva el pacto de Dios con nosotros, identificándonos como el pueblo de Dios. Por lo tanto, los Reformadores frecuentemente describían a los sacramentos como "palabras visibles". Lo que la palabra presenta a nuestros oídos, los sacramentos presentan a nuestros ojos, y también a nuestros otros sentidos físicos. El contenido es el mismo; el medio diferente.

Llamar a los sacramentos "palabras visibles" puede parecer como trivializarlos, a menos que recordemos lo extensa y maravillosa que es la palabra de Dios. La palabra es Dios; esto es Su presencia con nosotros; esto es Jesucristo ministrándonos en el Espíritu Santo. Es en esta manera que Cristo está "presente" en la Cena del Señor, y, en verdad en el bautismo también. El agua del bautismo es solo agua, y el pan y el vino son solo pan y vino; no toman lugar cambios mágicos cuando estos son usados en los sacramentos.

No debemos inclinarnos ante ellos, ni inclinarnos ante la mesa en que son colocados. Pero porque los sacramentos son palabras visibles, también son una participación (1Co 10.16-17) en Cristo, y de los adoradores unos con otros en Él.

El simbolismo de los sacramentos es muy rico... difícil de resumir en un enunciado o dos, aunque yo intenté proponer tal resumen anteriormente en esta sección.

- El bautismo simboliza limpieza, pero también simboliza la prueba de aguas amenazantes (el juicio divino) a través del cual Dios trae a Su pueblo.
- La Cena del Señor recuerda la Pascua del Antiguo Testamento, las ofrendas de comunión del templo, el maná con el cual Dios alimentó a su pueblo en el desierto, y las cosechas fructuosas con las que Dios alimentó a Su pueblo en la Tierra Prometida. Esto señala al pasado y al futuro; a la muerte de Cristo por nuestros pecados, a la luz de la promesa de Su regreso (1Co 11.26).

Y en el presente alimenta nuestras almas (Jn 6.48-59). Los elementos representan el cuerpo y sangre de Cristo, dada en sacrificio por nosotros; también representan el cuerpo de Cristo en otro sentido: la iglesia reunida para adorar (1Co 10.17; compárese 11.17-22, 27-29).

Como con la palabra, hay bendición en los sacramentos, pero también el potencial de maldición.

- Recibir el bautismo y la Cena del Señor a uno lo une con Cristo, Su iglesia, y Sus propósitos.
- Aquellos que se han identificado con la iglesia, y luego se alejan, enfrentan un juicio aún peor que aquellos que nunca profesaron a Cristo (Lc 12.47-48; Heb 6.4-6; 10.26-31).
- Aquellos que reciben la cena indignamente pueden estar bajo serio juicio; pueden hasta enfermarse y morir (1Co 11.27-34).
- Por consiguiente, Pablo nos dice que nos probemos a nosotros mismos antes de comer (v. 28). Esta auto-examen no debe ser un análisis microscópico de todos nuestros pecados y motivos escondidos, como si sólo la gente perfecta podría recibir el sacramento.

En su propio contexto, 1 Corintios 11 tiene que ver con el pecado de despreciar a otros adoradores.

No necesitamos estar sin pecado para tomar el sacramento; la Cena del Señor es para pecadores.

Su mensaje es el evangelio de la salvación del pecado. Pero tomar la Cena del Señor significa nuestro compromiso de huir del pecado, y Dios nos va a tener como responsables de esto. Si no somos sensibles al tipo de reprensión que Pablo les dio a los Corintios en 1 Corintios 11, entonces no debemos participar del sacramento. Las bendiciones de los sacramentos, entonces, no son automáticas. Estas bendiciones como las bendiciones de la palabra deben ser recibidas por fe.

9. BAUTISMO DE INFANTES

La importancia de la fe hace surgir la pregunta acerca del bautismo de infantes, el cual es practicado en iglesias Reformadas y Presbiterianas. Puede argumentarse que un infante no puede recibir el bautismo por fe, como él o ella no tiene el entendimiento adecuado. No puedo entrar en el argumento completo para el bautismo de infantes aquí, pero nótese lo siguiente:

1. En el Antiguo Testamento, los infantes claramente recibían la señal del pacto, la señal que los identificaba como pueblo de Dios (Gn 17.1-14). Bajo el Antiguo Pacto, esa señal fue la circuncisión; en el Nuevo Pacto, es el bautismo (ver Col 2.11-12).
Todos los argumentos contra el bautismo de infantes cuentan igualmente contra la circuncisión de infantes. Pero estos claramente fallan en el caso posterior, y así fallan en el anterior también.
2. Jesús puso sus manos sobre de niños para bendecirlos (Mr 10.13-16). Como hemos visto, la bendición identifica a una persona con Dios y con el pueblo del pacto. Les pone el nombre de Dios sobre ellos. Esta es la esencia del bautismo. Si la bendición es apropiada para los infantes, el bautismo también.
3. En la Escritura, Dios trata no solo con individuos, también con familias, iglesias, y naciones. Esto está claro en el Antiguo Testamento. Pero también en el Nuevo Testamento, la salvación y el bautismo no vienen solo a individuos, sino a familias también (Hch 2.39; 11.14; 16.15, 31). Si había o no infantes en las familias es irrelevante. Cuando un Judío del primer siglo escuchaba acerca de familias siendo bautizadas, él seguramente lo habría relacionado con el patrón del Antiguo Testamento que conocía tan bien: padres e hijos juntos recibiendo la señal del pacto de Dios. Los bautismos de familias sugieren que el patrón no había cambiado. Si hubiera habido un cambio, hubiera sido enseñado explícitamente, y alguna explicación hubiera sido dada por la persistencia del lenguaje de "familia".

Los infantes, por lo tanto, correctamente reciben el bautismo. Entonces, ¿cómo entra la fe en el panorama de su caso? Los padres ejercen fe al traer a su familia a Dios. Cuando los niños llegan a la edad de entendimiento, deben tomar responsabilidad por su posición entre el pueblo de Dios. Ellos también, deben creer y obedecer al Señor, o de otro modo serán excluidos del pueblo de Dios.

10. PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿Por qué es tan importante y solemne para nosotros escuchar la palabra de Dios?
¿Por qué tan frecuentemente la tomamos casualmente?
¿Cómo podemos evitar esta tentación para nosotros mismos y ayudar a nuestros compañeros adoradores a tomar la palabra con más seriedad?
2. "Por la palabra y los sacramentos, Dios renueva su pacto con nosotros". Explique.
3. ¿Su congregación tiene una "iglesia de niños"?
Discuta si esto está bien o mal de acuerdo a la Escritura.
4. ¿Ha estado en servicios donde se ha presentado un drama?
¿Estos realzaron o restaron de la adoración? ¿Por qué?
¿Qué principios Bíblicos deberían gobernar nuestras decisiones en este asunto?
5. ¿Qué significa decir que un sacramento es una "señal"?
¿Cómo está Cristo presente en los sacramentos?
6. "La palabra y los sacramentos son poderosos medios de bendición y de juicio". Explique.
7. ¿Qué papel desempeña la fe en la recepción de la bendición del Señor en la palabra y los sacramentos?
¿Acaso deberíamos rechazar el bautismo de infantes porque un infante no puede ejercer fe? Discuta.

LECCIÓN 9

NOSOTROS LE HABLAMOS A DIOS: NUESTRA RESPUESTA A LA PALABRA DE DIOS

En este capítulo, consideraremos la respuesta de la congregación a la palabra de Dios. Debemos recordar que no hay una distinción aguda entre los aspectos de adoración mencionados en el capítulo anterior y los discutidos aquí. En el culto, Dios siempre nos debería hablar, pues todo el contenido del culto debe ser bíblico. Y nosotros deberíamos de estar constantemente respondiendo a esa palabra en fe y obediencia.

1. ORACIÓN

El **Catecismo Corto de Westminster** define la oración como *"un ofrecimiento de nuestros deseos a Dios, por cosas de acuerdo a su voluntad, en el nombre de Cristo, con confesión de pecados, y reconocimiento agradecido de sus misericordias"* (P. 98). Esta definición incluye los elementos de petición, confesión de pecados, y acción de gracias. Yo creo que deberíamos, sumar un elemento de alabanza; no solo por las misericordias de Dios a nosotros, pero también por su grandeza como Dios.

En todos estos aspectos, oración es parte de la adoración pública. Permítasenos considerar cada aspecto.

1. Alabanza (Adoración)

En la Escritura, el pueblo de Dios ora frecuentemente para reconocer Su naturaleza divina: Su eternidad, sabiduría, poder, amor, misericordia, y justicia. Como la adoración es homenaje, la esencia de la adoración es la alabanza; diciéndole a Dios cuan maravilloso es Él. Toda la adoración debe ser alabanza en el sentido de que lo reconocemos a Él como Señor.

2. Peticiones (Súplica)

La principal regla para las peticiones es que deben ser hechas en "el nombre de Jesús" (Jn 14.13-14; 15.16; 16.23-26). Orar en "el nombre de Jesús" es orar como un discípulo, como un siervo y amigo de Jesús. Cuando oramos en el nombre de Jesús, oramos por lo que le place, no primariamente por lo que nos haría felices.

En 1 Juan 5.14, una respuesta favorable se promete a cualquiera que pida conforme a su voluntad.

Esto me sugiere una cercana relación entre la oración en el nombre de Jesús y la oración conforme a su voluntad.

En la oración, como en toda la adoración, buscamos lo que place al Señor, no lo que nos place a nosotros.

Claro, sabemos que Jesús nos ama y quiere que seamos felices. Este hecho es relevante para la oración, como lo es para la adoración en general. Un día Él va a hacernos maravilliar con gozo sin fin.

Pero el camino a esa felicidad está pavimentado con sufrimiento, conforme seguimos Sus pasos a la cruz.

Nuestras oraciones aceptan Su voluntad en cuanto a esto como en todo lo demás. Con Jesús mismo, oremos, pero no sea como yo quiero, sino como tú (Mt 26.39).

Por lo tanto, debemos siempre buscar conformar nuestras oraciones a la palabra de Dios.

Debemos orar por las bendiciones que Dios nos ha prometido. ¿Qué hay de las cosas que Dios no ha prometido específicamente en la Escritura? ¿Está bien orar por un trabajo, sanidad de una enfermedad particular, o la oportunidad de compartir el evangelio con un vecino? Así es ciertamente, mientras tu oración no surja de un deseo pecaminoso. Jesús oró que si de algún modo no fuera necesario para el sufrir en la cruz (Mt 26.39).

Esto era un deseo devoto; está bien para nosotros el buscar alivio de dolor y sufrimiento.

En este sentido la oración está dentro de la voluntad de Dios. Pero Dios en Sus propósitos más altos, no siempre concede alivio del sufrimiento (ver 2Co 12.7-10).

Hay promesas maravillosas en la Escritura para aquellos que oran en el nombre de Jesús, pero seguido, como hemos visto, Dios dice que no. ¿Acaso Dios contradice la promesa de Jesús, Si algo pidieres en mi nombre, yo lo haré? Aquí debemos mantener dos principios en mente:

- Primero, Dios no es solo temporal. Toda oración devota va a ser respondida en la gloria de los cielos nuevos y tierra nueva. En ese reino, toda enfermedad será sanada, todos los elegidos de Dios serán salvos, y el pueblo de Dios vivirá como reyes.
- Segundo, si la máxima oración de nuestros corazones es que la voluntad de Dios sea hecha, y estamos dispuestos a agarrarnos sueltamente de nuestros propios asuntos por el bien de todo del reino en general (Mt 6.33), entonces aún en este mundo nuestras oraciones siempre serán respondidas.

3. Confesión de pecado

Cuando nos acercamos a Dios en oración, debemos acercarnos a Él no solo como siervos, también como pecadores salvos por gracia. Hemos ofendido a Dios; podemos acercarnos a Él solo en el nombre de Jesús; solo en base de su sangre derramada. Aunque Dios perdona nuestros pecados de una vez por todas en Cristo, no podemos olvidarnos del pecado cuando nos acercamos a la presencia de Dios.

Tenemos que recordar y honrar el sacrificio de Cristo como la base en la que venimos a Dios.

Y tenemos que admitir que continuamos pecando todos los días (1Jn 1.8-10). Los pecados de los Cristianos no son menos penosos para Dios que aquellas de los no-creyentes. Si amamos a Jesús, nosotros también nos apenaríamos por nuestros pecados; nos remordería disgustado. Y admitiríamos regularmente nuestros pecados y le pediríamos perdón a Dios por consideración a Jesús.

La Confesión de pecados sincera incluye arrepentimiento. El arrepentimiento es más que sentir remordimiento por el pecado, más aún que pedir perdón. Es de conducta, no solamente mental. Si venimos a Dios afirmando que odiamos nuestro pecado y que queremos deshacernos de él por medio de Jesús, entonces al mismo tiempo debemos hacernos el serio propósito de abandonar ese pecado; de otra manera nuestra confesión es solo palabras.

4. Acción de gracias

Todo buen don viene de Dios en el cielo (Stg 1.16). A Dios le debemos todo lo que tenemos. Dios nada nos debe; todas nuestras bendiciones vienen a nosotros por su benignidad. Ciertamente, si como pecadores merecemos solo muerte y castigo sin fin, las bendiciones de Dios llegan a nosotros por gracia: su favor inmerecido.

Por lo tanto, como el **Catecismo de Heidelberg** enseña, la vida Cristiana entera es de acción de gracias; una respuesta agradecida a la benignidad de Dios. Ser desagradecido es despreciar las bendiciones de Dios; de hecho, es despreciarlo a Él.

Por consiguiente, la oración bíblica abunda en gracias por todas las bendiciones de Dios. El pueblo de Dios se regocija aún en sufrimiento, como lo hicieron los apóstoles después de ser azotados, de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre (Hch 5.41; compárese con Fil 3.10; Col 1.24; 1P 1.6-9; 4.13).

Nosotros no damos gracias por enfermedad, dolor, Satán, y pecado. Pero agradecemos a Dios por sus buenos propósitos permitiendo a estos en nuestras vidas... buenos propósitos que van en su tiempo a llevarnos al fin de todo nuestro pecado y sufrimiento.

2. CONFESIÓN DE FE

Hay muchos pasajes en la Escritura que contienen breves sumarios de nuestra fe, como Dt 6.4-5; Ro 1.3-4; 4.24-25; 1Co 15.3-5. Deuteronomio 6:4-5 (con otros pasajes) ha sido recitado desde hace mucho por la congregación en la sinagoga como una profesión pública de fe de Israel.

En la iglesia Cristiana, han habido también ocasiones para tal confesión. El bautismo de adultos envuelve una confesión pública de arrepentimiento y fe (Hch 2.38), e históricamente las congregaciones Cristianas han usado varios credos en el culto público para identificarse a sí mismos como el pueblo de Dios. Pasajes de la Escritura han sido usados con este propósito, como antiguas fórmulas como el **Credo de los Apóstoles** y el **Credo Niceno**. No hay ningún mandamiento en la Escritura de incluir Credos como parte del culto público, pero aún los más estrictos defensores del principio regulativo los han incluido.

En el enfoque que he sugerido, los credos pueden ser vistos como aplicaciones del mandamiento de leer y enseñar la palabra. Un credo es simplemente la declaración de la iglesia de lo que cree que la Escritura enseña. Además, cuando la gente se reúne en el nombre de Cristo, es también propio que se identifiquen a sí mismos como Su pueblo. Un credo hace esto, al expresar el evangelio.

Sin embargo, no creo que cada servicio de adoración tiene que incluir la recitación de un credo. El propósito de esta recitación (resumiendo el evangelio, identificándonos como el pueblo de Dios) puede ser cumplido de otras maneras; por himnos, oraciones, enseñanza, y los sacramentos. Sin embargo, recitar los credos históricos es una vía útil para instruir a la gente en lo básico de la palabra de Dios. Y promueve la unidad del cuerpo identificando a todos con el fundamento de la iglesia en la palabra de Dios.

3. RESPUESTAS CONGREGACIONALES

En el Salmo 136, cada versículo concluye con las palabras, Porque para siempre es su misericordia. Parece que en el culto este salmo fue recitado responsivamente: un líder o grupo decía la primer parte del versículo, y luego otros oradores responderían, Porque para siempre es su misericordia.

Otros Salmos también tienen elementos responsoriales. La palabra amén, "así sea", es una respuesta frecuente en la Escritura. En Deuteronomio 27, Moisés le dijo a la gente que respondiera "Amén" a la recitación de las maldiciones a aquellos que cometieran varios pecados. Así, Israel reconocía que la desobediencia justamente merecía el temible juicio de Dios (ver 1Cr 16.36; Neh 5.13; 8.6; Sal 106.48; Mt 28.20; Ro 1.25).

"Amén" no era un fin rutinario de oraciones e himnos, como es en muchas iglesias hoy; muchos Salmos y oraciones en la Escritura no terminan con esto. Pero la Escritura usa el término frecuentemente para reforzar su enseñanza y como un medio para nosotros de expresar nuestro acuerdo entusiasta con lo que Dios nos dice.

Muchas otras afirmaciones de la Escritura y tradición de la iglesia han sido usados como respuestas congregacionales, para animar un nivel mayor de participación. Aquí hay dos ejemplos:

LÍDER: El Señor esté con vosotros. GENTE: Y con tu espíritu.

LÍDER: Levanten sus corazones. GENTE: Los levantamos hacia el Señor.

Tanto como estas respuestas sean de contenido bíblico, son legítimas. Sin embargo, la Escritura no nos ordena usarlas en el culto público. Si las usamos, debemos hacer esto como un modo de aplicar más principios bíblicos generales, como el mandato de educar y edificar unos a otros, el mandato de participar en el culto, etc.

Debemos tener en mente que los propósitos de estas respuestas, como los propósitos de los credos, pueden ser cumplidos en otras maneras. Muchas de las sentencias responsivas de la tradición de la iglesia se han vuelto algo oscuras a las congregaciones modernas, y repetir las mismas sentencias una y otra vez de semana a semana puede vencer la meta de una participación alerta y significativa.

Lo mismo puede decirse de las oraciones congregacionales que han sido escritas. Las iglesias que usan estas formas responsivas deben tomarse la pena de usar formas que son actualmente entendibles (1Co 14, otra vez) y variarlas lo suficiente para que no se vuelvan formalidades muertas.

4. PARTICIPACIÓN INDIVIDUAL

Algunos teólogos Puritanos y Presbiterianos tradicionales han insistido que sólo un anciano puede hablar extemporáneamente en el culto. En este punto de vista los otros miembros de la congregación sólo pueden hablar juntos al unísono, lo cual requiere un "libreto", esto es, himnos, sentencias responsoriales, etc., cuyas palabras ya han sido escritas. Esta posición está basada en el argumento de que solo un anciano puede "dirigir" en el culto, un argumento que discutí y rechacé en el capítulo 6.

En mi punto de vista, sin embargo, los miembros de la congregación pueden hablar o cantar en el culto, no solo en unísono y por libreto, pero individualmente también. De hecho, este tipo de participación amplia es asumida en 1 Corintios 14.26. Ciertamente esta participación debe ser hecha en forma ordenada; esta es la preocupación precisa de Pablo en 1 Corintios 14. Esto quiere decir que los ancianos deben supervisar el servicio cuidadosamente, haciendo lo mejor que puedan, por mantener el orden, promover edificación, y prevenir desviaciones de la verdad y práctica bíblica.

No obstante, no hay razón por la que miembros individuales en sumisión a sus ancianos, no se les permita:

- 1) Dar testimonios individuales de lo que Dios ha hecho en sus vidas, para agradecer en comunidad.
- 2) Ofrecer peticiones para oración congregacional;
- 3) Guiar en oración ellos mismos;
- 4) Enseñar canciones a la congregación o presentar canciones para meditación congregacional;
- 5) Hacer preguntas acerca de la enseñanza de la palabra;
- 6) Ofrecer observaciones que surgen de su estudio de la Biblia propio.

Frecuentemente prácticas semejantes enriquecerán el culto de la congregación.

Yo creo que el culto de este tipo es participativo en un sentido más serio que el culto que solo le pide a la congregación que diga respuestas escritas. Sin embargo, es bueno ofrecer oportunidades para respuestas escritas también, pues esto animará la participación de gente que no tienen la habilidad o madurez de participar en maneras más individuales, y esto va a recalcar la unidad del cuerpo.

Claro que, en el sentido más profundo, la participación no solo incluye las cosas que decimos y cantamos, pero especialmente la forma en que pensamos durante el culto. Uno puede asistir a un servicio diseñado para incluir participación de toda clase sin participar en este. En el análisis final, participamos poniendo atención e involucrándonos en el culto. Si no aceptamos esta responsabilidad, no podemos culpar la liturgia de la iglesia por nuestra falta de participar.

Al final, si la gente participa o no depende de lo que Dios hace en sus corazones. Los pastores y ancianos pueden fomentar la participación en varias maneras. Pero yo estoy inclinado a pensar que las maneras más efectivas no son aquellas de las que lees en la literatura de adoración. Mientras las respuestas escritas y oportunidades para presentaciones individuales pueden ayudar, yo tiendo a pensar que las mejores incentivas a la participación son la predicación llena de espíritu y oración. Cuando Dios alcanza nuestros corazones a través de la adoración confirmando en nuestro ser que hemos sido parte de esta, podemos decir que realmente hemos participado.

5. PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿Qué es la oración? ¿Cuáles son las clases mayores de oración?
¿Cuáles son las más abandonadas en tu vida de oración? ¿En el culto de tu iglesia?
2. ¿Tu iglesia recita un credo durante el culto? ¿Por qué o por qué no?
¿Deberían de hacer esto todas las iglesias? ¿Por qué o por qué no?
3. ¿Has estado en un servicio de la "iglesia alta" con muchas respuestas congregacionales escritas?
¿Sentiste que esta práctica ayudó tu adoración o le restó? ¿Por qué?
¿Qué efecto tienen las liturgias de este tipo en los visitantes de fuera de estas tradiciones?
4. ¿Cuáles son algunos de los peligros de la participación individual?
¿Cómo pueden los ancianos cuidar contra estos peligros?
¿Cuáles son los peligros de no permitir una participación semejante?
6. ¿Trata de recordar una ocasión que sentiste que realmente participaste en el culto?
¿Hubo aspectos que provocaron esta participación, o fue simplemente la obra del Espíritu de Dios en tu corazón?
Si algo en el servicio te animó a participar, descríbelo.

LECCIÓN 10

MÚSICA EN EL CULTO

La música en el culto es un tema mayor, acompañado de controversia ahora. Por lo tanto, he pospuesto la discusión de esto hasta este punto para que podamos discutirlo con amplitud.

1. ¿POR QUÉ MÚSICA?

La Escritura enseña claramente que el pueblo de Dios no solo debe hablar, sino también cantar, la verdad de Dios (1Cr 16.9; Sal 33.2-3; Col 3.16). Entonces, la música es una parte importante del culto.

¿Por qué es esto? ¿Por qué música, en vez de, digamos, agitar banderas, lanzar fuegos artificiales, o sentarnos en posiciones de yoga? La música lleva una relación cercana con la palabra hablada.

El habla humana tiene un tipo de música natural; ritmo, timbre, y tono juegan papeles importantes en la comunicación verbal, y no solo en los lenguajes tonales. En un sentido, entonces, todo lenguaje es musical. Cuando engrandecemos esa música natural con melodías bien elaboradas, armonías e instrumentos, nuestras palabras frecuentemente toman un nuevo tipo de vitalidad.

Yo hablaré de toda la comunicación verbal siendo musical en un "sentido amplio". El habla ensalzada con uso prominente de melodía, armonía y ritmo, va a ser música en el "sentido estricto". En este sentido estricto, melodía, armonía y ritmo se vuelven prominentes portadores de significado.

En este libro, "música", "musical", y por supuesto "canción" van a referirse al sentido estricto a menos de que se indique lo contrario.

Lo que he dicho del lenguaje en general se aplica también a la palabra de Dios. Aún cuando es leído o proclamado, la palabra de Dios tiene características musicales. Pero Dios nos llama en ocasiones a ensalzarlo con música en el sentido estricto. Él nos llama a cantar su alabanza y a expresarla con instrumentos musicales. Es evidente que mucha de la poesía bíblica, especialmente en el libro de los Salmos (pero no solo allí; ver por ejemplo Éx 15; Dt 32), fue escrita originalmente para ser cantada.

La forma poética y/o musical ensalza la palabra de Dios en varias maneras.

En particular, las formas poéticas-musicales imparten ánimo y hacen memorables las palabras de Dios. Este ánimo y memorabilidad, por su parte, llevan la palabra de Dios dentro de nuestros corazones, de modo que se vuelve preciosa para nosotros y nos motiva a alabanza y obediencia.

La poesía más temprana en la Escritura aparece en la creación del hombre en Génesis 1.27. Un lenguaje poético-musical también aparece en la institución del matrimonio (Gn 2.23), la repartición de maldiciones y promesas de redención (Gn 3.14-18) las jactancias orgullosas y asesinas de Lamec (Gn 4.23-24), el pacto de Dios con Noé (Gn 8.22; 9.6, 25-27), Abraham (Gn 12.2-3), y Hagar (Gn 16.11-12), la bendición de Jacob por Isaac (Gn 27.27-29) y Esaú (Gn 27.39-40), y la bendición de Jacob sobre sus hijos (Gn 49). En Éxodo, Moisés aumenta el relato en prosa de la liberación de Israel de Egipto con una canción (Éx 15). Después, Dios da a Israel una canción, que será un testigo contra ellos cuando rompan el pacto dado por medio de Moisés (Dt 32). Así empieza una larga historia de canciones redentoras comunicando la revelación de Dios. El uso de música revelado en estos ejemplos es muy diferente de los usos típicos de música en la sociedad contemporánea.

En nuestros tiempos, tendemos ver la música principalmente como entretenimiento, o tal vez "arte por amor al arte". Los asuntos de importancia histórica, sin embargo, como proyectos de leyes del congreso y tratados internacionales, siempre son escritos en prosa. Ponerlos en poesía con música parecería restarles importancia. Sería en verdad ridículo que un presidente de los Estados Unidos cantara un nuevo tratado o un acuerdo. Pero el utilizar el canto con este propósito no parecería extraño en el mundo antiguo.

En aquel entonces, las cosas más importantes eran comúnmente expresadas en poesía y música.

Entonces vemos que la palabra de Dios es típicamente poética cuando algo de gran y duradera importancia está sucediendo: el establecimiento de instituciones, promesas de pacto, bendiciones y maldiciones, y profecías (y la burla de estas por no creyentes como Lamec).

Una parte de la razón para esto es que en las sociedades antiguas del Cercano Oriente había menor alfabetización y menor distribución de textos escritos como la que tenemos hoy. En semejante sociedad, el acceso de la mayoría de la gente a documentos importantes era a través de la memoria. Y, como hemos visto la poesía y la música auxilian a la memoria presentando palabras vívidamente y en forma fácil de recordar. No podemos concluir, sin embargo, que la canción en la adoración se vuelve menos importante en una sociedad orientada por lo impreso. La difusión de lo impreso y otros medios pueden disminuir la importancia del canto en algunas áreas, como el gobierno civil. Pero la animación y memorabilidad de la canción continua siendo importante en la adoración de Dios.

A Dios no solo le interesa poner Su palabra en nuestras manos; él quiere ponerlo dentro de nuestros corazones (Sal 1; 119; 11, 34, 36, 69, etc.; Col 3.16). Esta es la razón más profunda para el énfasis en la música en la adoración bíblica. Y la necesidad de gente con semejante conocimiento de corazón de la palabra de Dios es tan grande como lo fue en el periodo del Antiguo Testamento. Tal vez es más difícil de lograr en medio del estrépito de las voces de los medios. Por esto, necesitamos la herramienta de la música más que nunca.

Por lo tanto, la música ensalza la palabra de Dios haciéndola más vívida y memorable, llevándola dentro de nuestros propios corazones. Muchas referencias a la música en la Escritura se encuentran en conexión con periodos de avivamiento en Israel (1Cr 16.2; 2Cr 15.23; 29; 35).

En la historia de la iglesia también, el avivamiento usualmente producía nuevas oleadas de música para la iglesia. La salvación y la alabanza van juntas. La salvación de Dios purifica nuestros labios y abre nuestras bocas para cantar su alabanza. (Sal 51.15; 12; Is 6; Sof 3.9-13).

No obstante, no deberíamos limitar la importancia de la música a su efecto en la gente.

Existe, de seguro, una dimensión horizontal en la adoración: nos reunimos para edificarnos los unos a otros.

Pero la dimensión vertical es preeminente: adoramos para honrar a Dios.

La música es especialmente importante en la adoración, porque Dios se deleita en esta. Sabemos que la ama porque nos ordena que hagamos música.

- Él se deleita en la vividez y memorabilidad con que la música da a Su palabra.
- Dios se deleita cuando los creyentes tienen ese conocimiento de corazón profundo de Él mismo que la música fomenta.
- Y se deleita en las melodías, armonías, timbres, y ritmos mismos, pues Él los creó para glorificarse a sí mismo y edificar a Su pueblo.

Una de las cosas más maravillosas que dice la Escritura acerca de la música es que cuando cantamos, el Señor Jesús está cantando con nosotros (ver Sal 22.22; Sof 3.17; Ro 15.9). Nuestro Dios es un Señor que canta, uno que se nos une y nos guía en canto triunfante.

Para resumir: La función de la música es glorificar a Dios revistiendo Su palabra con la vividez y memorabilidad que por Su gracia lleva esa palabra dentro del corazón.

2. ¿QUÉ HACE LA MÚSICA?

Dentro de esta función general de glorificar a Dios, la música tiene muchas funciones específicas, como podemos ver de los Salmos y las epístolas de Pablo: alabanza (Sal 8.147-150), acción de gracias (Sal 50.14; 100.4), súplica (Sal 5.1-3), confesión de pecado (Sal 51), confesión de fe (1Ti 3.16), lamento (Sal 6; 10; 137), declaración de bendición (Sal 4.6; 80.3, 7, 19; 86.16), y enseñanza (Sal 1; Col 3.16).

La música no es un "elemento" de la adoración distinto de todos los demás; es una forma de hacer otras cosas. Puede impartir vividez y memorabilidad a cualquier aspecto de la adoración.

No veo razón alguna porqué algunos servicios de culto no deban ser completamente musicales.

Pero los precedentes bíblicos concerniendo enseñanza, predicación, y oración sugieren que el trato no-musical de la palabra de Dios también es apropiado.

La poderosa herramienta de la música debe ser usada con algo de discreción y variedad.

Tal vez deberíamos decir que debemos emplear en el culto ambos, las riquezas de la música literal y las simples, aunque casi musicales cualidades de la prosa hablada.

3. ¿PORQUÉ ES TAN CONTROVERSIAL HOY EN DÍA?

¿Por qué la música es un tema tan controversial en la iglesia contemporánea? Una razón es simplemente que la música es un aspecto básico de la adoración. Si en el sentido amplio la música permea la adoración, y si en el sentido estricto Dios la provee para llevar la palabra a nuestros corazones, algo vital se pierde cuando la música va mal, todo va mal. Esto es especialmente cierto en vista de la conexión que trazamos entre la música y la relación de nuestros corazones con Dios. Cuando la música nos distrae, en vez de aumentar esta relación, algo vital es perdido.

La controversia acerca de la música de ha crecido y decrecido a lo largo de la historia de la iglesia. Claro que las letras de los himnos han sido frecuentes asuntos de contienda, ya que los textos de los himnos han reflejado las guerras teológicas de la iglesia. iglesias han peleado batallas sobre las tonadas de los himnos, y sobre el uso de instrumentos, coros, y solistas; controversias que consideraremos más tarde. Además de estos asuntos, controversias sobre la música en el Presbiterianismo Americano moderno reflejan la ambivalencia tradicional Cristiana hacia la adoración "popular", la ambivalencia tradicional Presbiteriana hacia el avivamiento, preocupaciones estéticas acerca de la calidad musical, y el patrón sociológico familiar de la brecha generacional.

Periodos de avivamiento, cuando grandes números de gente profesan a Cristo y los creyentes son renovados en su fe, casi siempre producen nuevos desarrollos en los himnos.

- La Reforma Protestante produjo nuevos himnos en el lado Luterano y nuevos arreglos de Salmos en el lado Calvinista. Tanto Luteranos como Calvinistas tomaron prestados estilos musicales y ocasionalmente tonadas enteras de fuentes seculares. Ellos escogieron letras en lengua vernácula, en vez de Latín. Por su carácter rítmico, las tonadas de Salmos de Louis Bourgeois a veces eran desacreditadas. Se puede decir que la Reforma Protestante llevó al uso de un estilo más popular de música en el culto. Era importante para los Reformadores (como para el apóstol Pablo en Ro 14) que el culto sea entendible y significativo para los adoradores, y que a su vez honrara a Dios. Predeciblemente, claro, la gente de fuera del movimiento de Reforma a veces argumentaba que la nueva música era irreverente.
- El despertar evangélico del siglo XVIII, dirigido por los Wesley y George Whitefield, produjeron un gran brote de música nueva, escrita por Charles Wesley, Augustus Toplady, y otros. Estos himnos tendían a recalcar la experiencia personal de redención más que lo que los himnos anteriores lo hacían, aunque claro la referencia a este tipo de experiencia en la adoración es tan antigua como los Salmos. Piense en "Y Puede Ser Que Yo Pueda Ganar" y "Roca Eterna, Por Mi Hendida". Algunos Presbiterianos resistieron a la nueva música, o basados en que sólo los Salmos eran apropiados para la adoración, o como parte de su resistencia general al avivamientismo. Muchos de ellos creyeron que estos himnos, como los predicadores avivamientistas, eran demasiado subjetivos, demasiado populares en estilo musical, y no confiables en su doctrina.
- Controversias similares se desarrollaron en el brote de la música evangélica a fines del siglo diecinueve (por Fanny Crosby, Ira Sankey, Frances Havergal, Philip Bliss, y otros). Otra vez, en esta música había un giro a los estilos populares musicales de los tiempos y a las maneras contemporáneas de expresar emociones. Las críticas a esta música fueron esencialmente las mismas que las anteriores: demasiado populares, demasiado subjetivos, doctrinalmente imprecisos, empobrecidos, o peores.
- Después de la Segunda Guerra Mundial, hubo nuevas organizaciones que buscaban evangelizar a la gente joven, como Juventud por Cristo y Vida Juvenil. Este movimiento produjo un cuerpo nuevo de canciones que utilizaban los estilos musicales populares del tiempo y en el lenguaje de la juventud contemporánea. Los más viejos seguido se espantaban.
- Otra vez, en los años setentas, muchos participantes en la contracultura de los sesentas llegaron a profesar a Cristo. Este movimiento produjo "canciones escriturales", "coros", y algunos himnos más largos, en los estilos musicales populares de la época. Su música fue criticada por esencialmente las mismas razones, y este criticismo continúa hasta ahora.

Cuando hay otro avivamiento, trayendo otro grupo grande de gente adentro de la iglesia, la música de esa generación también será traída, una vez más ofendiendo a las generaciones anteriores.

Estos ciclos de cambio y reacción han ocurrido a través de la historia, pero parecen haber ocurrido más frecuentemente en tiempos recientes.

Tal vez la marcha del cambio ha incrementado a causa de las comunicaciones modernas: mientras nuevas ideas se propagan más rápidamente, estilos más viejos de música más pronto pierden su atractivo. Además, la iglesia no ha podido resistir las tendencias culturales de nuevas generaciones a orgullosamente afirmar su propia sabiduría superior en todos los asuntos, en vez de ceder a los mayores. Esta tendencia siempre ha estado presente en la raza humana, pero tendencias culturales recientes y la decaída de la influencia Cristiana en la sociedad han intensificado este problema. Ese problema, por su parte, ha acelerado los cambios de modas; en música como en muchas otras áreas. Yo sugeriría las respuestas siguientes a estos desarrollos históricos:

1. El desarrollo musical no es el problema en sí.

Hasta cierto punto estos desarrollos en la música de iglesia reflejan legítimamente el principio bíblico y de la Reforma que la adoración tiene que ser inteligible, y por lo tanto vernácula, y en un sentido "popular" (1Co 14). Si la iglesia toma seriamente este principio, necesariamente fomentará cambios en estilos musicales y lenguaje para comunicarse con nuevas generaciones.

2. No obstante, semejante cambio puede ser doloroso para algunos.

Para las generaciones más jóvenes esto representa un aumento en la inteligibilidad pero para las generaciones anteriores puede representar una pérdida. Algunas quejas de las generaciones mayores pueden ser insignificantes, creando conflictos por asuntos de gustos musicales, pero generalmente sus quejas son más serias que eso. Los himnos tradicionales de uno son su lenguaje de adoración; son el lenguaje de la conversación del corazón con Dios. El perder los himnos que uno ha crecido cantándolos, no es por lo tanto algo sin importancia. Las generaciones más jóvenes deberían aprender a simpatizar con este sentimiento de pérdida y adaptar sus deseos a las necesidades espirituales de sus padres y madres en Cristo. Pero lo opuesto también es cierto: si los mayores no ceden algo, los jóvenes van a ser privados de su propio lenguaje de adoración; aquellas formas de la palabra de Dios que son inteligibles para ellos, y por las cuales pueden crecer mejor en Cristo. Con respecto a esto, ambos lados deben ceder unos a otros en amor, en el Espíritu de Cristo (Mt 20.20-26).

3. La subjetividad en los himnos no está mal en sí misma.

Considere el uso extensivo de "yo" y "nosotros" en los Salmos. Como argumentaba anteriormente, hay una dimensión horizontal además de una vertical en la adoración: en la adoración somos llamados a glorificar a Dios y a edificarnos unos a otros. Es algo propio en la adoración reflexionar sobre la experiencia de uno con Dios o sobre el estado espiritual de uno. Como hemos visto, una de las funciones centrales de la música es fomentar religión del corazón. Y de hecho, este enfoque sobre la salvación individual ha sido central para el culto Protestante desde la Reforma. Pero claro, esta perspectiva no debe opacar nuestro enfoque principal en la gloria de Dios.

4. La preocupación por la ortodoxia teológica es completamente legítima.

Las canciones de adoración siempre tienen que ser bíblicas en su contenido. Cuando himnos en nuevos estilos violan las normas teológicas la respuesta apropiada no es abandonar el nuevo estilo, sino producir nuevos himnos en este estilo que son bíblicamente sanos. Debemos también tratar de ser razonables y justos en nuestra evaluación del contenido teológico de los himnos, en los aspectos siguientes:

- Debemos recordar que los himnos son poesía, no prosa. No debemos insistir que un himno exponga doctrinas en términos perfectamente literales;
- Está mal insistir que un himno diga todo acerca de un tema. La misma Escritura, en pasajes individuales, no cumple con ese requisito.

5. La preocupación por la riqueza teológica tiende a ser un asunto ambiguo.

Los nuevos movimientos en la himnología tienden hacia la simplificación primero, y conforme se van desarrollando, producen más complejas poesía y música (esto también es cierto hasta cierto punto en la historia de la música en general). Así, en cualquier punto en la historia el estilo más antiguo de himnología va a aparecer más rico que el estilo más nuevo. Sin embargo hay un lugar legítimo en la adoración para himnos complejos y simples: compare los Salmos 68, 69, y 119, por una parte con los Salmos 23, 117, 131, y 133, en la otra. Además, es importante en el interés de la inteligibilidad litúrgica, ajustar el nivel de complejidad a la madurez intelectual y espiritual de la congregación. Hay peligros en usar cantos altamente complicados y ricos en teología en servicios dirigidos a visitantes no-Cristianos, por ejemplo. Finalmente, este asunto en general presenta otra oportunidad para los mayores y menores a ceder unos a otros en amor.

6. **La preocupación por la "calidad musical" también requiere ser cuidadosamente razonada.**

Yo no soy un relativista musical: ciertamente la Misa en B menor de Bach es objetivamente mejor música que "No hay Dios tan grande como tu". Y la cuestión de calidad musical no es irrelevante para el culto, siendo que nuestras alabanzas son un tipo de ofrenda de sacrificio que presentamos a Dios (Heb 13.15). No obstante, la calidad musical objetiva no es la única consideración al escoger música. Debemos considerar también lo apropiado del texto, la relación del texto con la tonada, y los "lenguajes musicales" inteligibles para los adoradores. Además, los juicios sobre la calidad musical no deben ser hechos de prisa. Mucha gente me ha dicho, por ejemplo, que las canciones Escriturales y los coros contemporáneos son musicalmente inferiores. Sin embargo, en mi opinión, esta es una generalización demasiado grande. Algunas canciones recientes de este tipo, son a mi apreciación, iguales en calidad musical que cualquier himno de tradiciones anteriores. Las mismas consideraciones, obviamente, se aplican a cuestiones acerca de calidad poética y literaria.

7. **La Preocupación por la reverencia y el gozo en el culto también es legítima bíblicamente**

(Heb 12.28). Sin embargo, es interesante que la música de las generaciones más jóvenes siempre tiende a ser criticada por generaciones anteriores como irreverente, mientras que la música de las generaciones anteriores tiende a ser criticada por generaciones más jóvenes como si careciera de gozo y vitalidad. Y estas brechas generacionales son paralelas a unas similares en los círculos musicales seculares. Este patrón recurrente sugiere que algunas de nuestras quejas están basadas en factores distintos que un apropiado celo por Dios. Tenemos que recordarnos a nosotros mismos que así como los lenguajes humanos difieren en la manera en que expresan significados comunes, así también hay diferencias en "lenguajes musicales". Algunas tradiciones expresan gozo principalmente en notas mayores y rapidez, mientras otras no. Algunas tradiciones expresan reverencia solo en tiempos lentos mientras otras no son tan limitadas. Tal vez algo de esto tenga que ver con el hecho de que la gente más joven tiende a tener más energía y vivacidad que sus mayores. En cualquier caso, no es tan fácil como a veces pensamos identificar a la música como de plano irreverente (o carente de gozo). Esto no quiere decir que no deberíamos prestar atención al asunto. Por lo menos dentro de una subcultura particular podemos identificar algo de música que sería entendida por todos los Cristianos racionales como irreverente (o sin gozo) en algún contexto particular. Tal música obviamente tiene que ser evitada.

En conclusión, la música en la adoración es una de las mejores herramientas de Dios para poner Su palabra en nuestros corazones. En una manera misteriosa, nuestras propias decisiones sobre las canciones de adoración también son importantes. Dios quiere que hagamos estas decisiones de manera que tomemos Sus propios propósitos para la música, y por lo tanto hablar el lenguaje del corazón de nuestros compañeros adoradores. Esta es la cosa más importante que puede mencionarse sobre nuestro tema. Si lo recordamos, vamos a ser más comprensivos de las preocupaciones de otros y más dispuestos a servirles a ellos en lugar de a nosotros mismos. Nuestro canto, entonces expresará una mayor calidad de amor de los unos a los otros. Y, principalmente, Dios estará complacido.

4. PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿Cuál es el propósito de la música en la adoración? o ¿hay muchos propósitos? ¿Cuáles son algunos de ellos?
2. ¿Alguna vez han dejado tu iglesia, o no se han hecho parte de ella algunas personas porque no les gusto la música en el servicio de adoración? ¿Cuál es el asunto? ¿Cómo lo hubieras resuelto?
3. ¿Por qué es tan importante la música para los adoradores?
¿Porqué las controversias sobre música frecuentemente son más acaloradas que otros desacuerdos en la iglesia?
5. ¿Debería ser la adoración popular en su estilo? ¿Porqué o por qué no?
6. Discute la brecha generacional recurrente en la historia de la himnología.
¿Qué la produce? ¿Hay una en tu congregación? ¿Qué puedes hacer al respecto?
7. ¿Está mal que los himnos reflejen subjetividad humana? ¿Tienen que ser los himnos siempre doctrinalmente ortodoxos? ¿Deberían ser ricos en teología? ¿Deberían tener la más alta calidad musical y poética? ¿Porqué o por qué no?

LECCIÓN 11

MÚSICA EN EL CULTO Y ALGUNAS CONTROVERSIAS

1. EXCLUSIVAMENTE SALMOS

Históricamente, muchas iglesias Presbiterianas y Reformadas han tomado la posición de que ninguna canción debe ser cantada durante el culto más que versiones de los Salmos. Por un tiempo este fue el punto de vista dominante entre iglesias Presbiterianas Estadounidenses, pero ahora es tenido por una pequeña minoría. A pesar de todo, vale la pena discutir el tema por su importancia histórica y porque es un buen caso de prueba para nuestro entendimiento de cómo aplicar el principio regulativo.

El argumento para usar exclusivamente salmodia es directo: Todos los elementos del culto deben de ser prescritos por la Escritura. El canto es un elemento del culto. La Escritura prescribe el canto de Salmos. No prescribe el canto de otros cantos en el culto. Por lo tanto, el canto en el culto se limita a los Salmos. Sin embargo, yo rechazo este argumento por las siguientes razones:

1. Yo argumenté anteriormente que la distinción tradicional entre elementos y circunstancias no está comprobada por la Escritura. Como no podemos identificar elementos, no podemos decir que el canto es un elemento y por lo tanto requiere mandatos divinos específicos gobernando su contenido.
2. Aún si aceptáramos la división del culto en elementos no es aparentemente válido argumentar que el canto es un elemento del culto independiente de todos los demás. Como vimos en el capítulo anterior el canto no es un elemento independiente, sino más bien una manera de hacer otras cosas. Es una manera de orar, de enseñar, de confesar, etc. Por lo tanto, cuando aplicamos el principio regulativo concerniendo al canto, no deberíamos preguntar específicamente qué palabras nos manda la Escritura que cantemos, sino qué palabras nos manda la Escritura que usemos en la enseñanza, oración, confesión, etc.
3. Aunque concedamos que la canción es un elemento del culto, debemos notar que los abogados de Salmos exclusivamente no tratan a la canción del mismo modo que tratan a otros elementos. El tipo de argumento usado para probar el uso de Salmos exclusivamente puede probar igualmente que tenemos que utilizar solo oraciones y sermones escritos en la Biblia. No obstante, aún los más fuertes abogados de solamente Salmos permiten tanto la predicación extemporánea como la oración libre en el culto.
4. ¿Acaso la Biblia ordena cantar todo el libro de los Salmos? Hay muchos mandatos en la Biblia de cantar Salmos ciertamente (1Cr 16.9; Sal 95.2; Col 3.16; Ef 5.19). Sin embargo, la palabra salmo es un término genérico para canciones usadas en la adoración. Las referencias bíblicas a los "Salmos", entonces no necesariamente se refieren al libro canónico de los Salmos, más que la referencia a "jueces" en Mateo 12.27 se refiere al libro canónico de los Jueces. De hecho, uno puede hacer un argumento igualmente bueno de que Dios nos ordena cantar la Ley de Moisés en el Salmo 119.54, 172.
5. Los abogados del uso exclusivo de salmodia mantienen la postura de que Dios dio a Su pueblo el libro de los Salmos como el libro definitivo de himnos para todos los tiempos, tanto como nos dio el canon de la Escritura para ser nuestra única regla de fe y vida. Sin embargo, la Escritura nunca dice que el Salterio nos fue dado por esta razón. Y esta idea difícilmente es válida, por las siguientes razones:
 - a. Había cantos de adoración antes del Salterio (Éx 15; Nm 21.17; Dt 32; Jue 5) que nunca fueron incorporados a este. Como estas canciones tienen un derecho por lo menos igual que el de los Salmos de ser himnos inspirados propios para el culto público, es improbable que dejaron de ser propios una vez que el Salterio se completó. De hecho, no hay evidencia de que en algún punto en la historia Dios prohibió a Israel el uso de eso cantos.
 - b. En un tiempo fue común para los eruditos el describir al Salterio como el "himnario del segundo templo". Pero la Escritura nunca dice que este era el propósito del libro de los Salmos, y este punto de vista ha sido desafiado recientemente por algunos que han sostenido que el Salterio fue coleccionado, no como un himnario, sino como un libro para la meditación. Claro, muchos Salmos individuales que tienen la intención evidente de cantos para el culto público, pero hay algunos como el Salmo 1, que probablemente tenían un propósito diferente. No podemos seguir suponiendo que Dios nos dio el Salterio como un himnario; y como nuestro único himnario.

- c. En la Escritura, nuevos hechos de Dios demandan "cánticos nuevos" (Sal 33.3; 40.3; 144.9; 149.1; Is 42.10; Ap 5.9; 14.3). Dios libera a Su pueblo de Egipto y ellos cantan (Éx 15). Él les da agua en el desierto y ellos cantan (Nm 21.17). Dios renueva el pacto y los hace aprendérselo con la canción de Dt 32. Cristo es concebido por el Espíritu, y María responde con su "Magnificat" (Lc 1.46-55; ver 1.67-79; 2.14, 29-32). La imagen no es de un himnario estático dado por Dios para todos los tiempos; más bien es la imagen dinámica de Dios continuamente haciendo obras maravillosas y Su pueblo respondiendo a ellas con gritos de alabanza. Así como las liberaciones de Dios provocan nuevas oraciones de acción de gracias y nuevo material de temas a tratar en la predicación así también provocan canciones nuevas. Con respecto a esto, ¿sería remotamente posible que la obra de liberación más grande de todas, la obra de redención de Cristo, no evoque nuevas canciones?
6. ¿Serán los Salmos adecuados para la adoración Cristiana del Nuevo Testamento?
Ciertamente no podemos criticar su teología, pues son divinamente inspirados. Y los Salmos si testifican de Cristo, así como nos muestra el Nuevo Testamento en su uso del Salterio. Pero los Salmos presentan a Cristo en las "sombras" (Col 2.17), en términos de la revelación incompleta del periodo del Antiguo Testamento (Heb 1.1-3). De hecho, limitar la alabanza de uno a los Salmos es alabar a Dios sin el nombre de Jesús en los labios de uno. Pero el cumplimiento de la redención en Cristo requiere un lenguaje de alabanza completamente nuevo: acerca de Jesús el Dios-hombre, Su expiación terminada una vez y para siempre, Su resurrección para nuestra justificación, y nuestra unión con Él por fe como el nuevo pueblo de Dios. Sin duda hay anticipos de estas doctrinas en el Salterio, pero la adoración Cristiana requiere más que un lenguaje de anticipación. Requiere el lenguaje de cumplimiento y de lo completo, pues esto es lo distintivo de la fe del Nuevo Testamento. Es precisamente el logro de las grandes obras de Dios lo que evoca la alabanza en la Escritura.
7. La posición de salmodia exclusiva da la impresión de ser muy estricta en la aplicación del principio regulativo. Pero sería posible ser más estrictos. Alguien podría argumentar, por ejemplo, que como solo estamos restringidos a los Salmos inspirados, deberíamos cantar el Hebreo original en vez de las traducciones (¡ni mencionar las versificaciones libres!) hechas por personas no inspiradas. ¿Donde, después de todo, ordena la Escritura que cantemos traducciones no inspiradas de los Salmos en el culto público? Sin embargo, aquellos que solo cantan Salmos no son tan estrictos como esto. Aquí, los que solo entonan Salmos hacen lo que acusan a otros de hacer: ponen límites prácticos a la rigidez y consistencia con la que aplican el principio regulativo.
9. Los abogados de la salmodia exclusiva insisten que los que necesitan pruebas son los que abogan por el uso de himnos no inspirados en la adoración. Ellos preguntan ¿en donde prescribe la Escritura el uso de himnos no inspirados? Yo respondo: la Escritura nos dice que cantemos en el culto público, pero no especifica que deberíamos de cantar allí, nomás pide que sea conforme a la revelación de Dios. Por lo tanto nosotros tenemos la libertad de tomar nuestras propias decisiones en este asunto, de acuerdo a las reglas generales de la Palabra. En este aspecto, el canto es como la proclamación y la oración. Así, la Escritura nos autoriza que cantemos himnos no inspirados, como nos autoriza orar oraciones no inspiradas y predicar sermones no inspirados.
10. Similarmente, alguien preguntará, ¿Por qué necesitas himnos no inspirados cuando tienes los himnos inspirados en la palabra de Dios, que son muy superiores? La respuesta es: por la misma razón que debemos añadir a la enseñanza de la palabra de Dios nuestra propia predicación no inspirada. Aunque la palabra de Dios es definitiva, Él designó maestros para ayudar a la gente a entenderla. La enseñanza necesariamente utiliza palabras distintas de aquellas en las mismas Escrituras. Los himnos son una forma de enseñanza en Colosenses 3.16, y por lo tanto van a requerir palabras distintas de aquellas en la Escritura. También debemos aplicar el lenguaje bíblico a nuestra propia situación, a nuestro propio tiempo y lugar. Esto significa, primero, aplicarla al periodo de después de la Resurrección, y segundo, aplicarla a las situaciones del presente. Para hacer esto se requiere usar palabras distintas de aquellas en la Escritura.

2. INSTRUMENTOS, COROS, Y SOLISTAS

Muchas de las mismas personas que limitan el canto en el culto a los Salmos no permiten el uso de instrumentos, coros, y solos musicales en el culto. Superficialmente, este segundo asunto no parece atañer al principio regulativo. Hay muchos mandatos en la Escritura a usar instrumentos en el culto (Sal 68.24-25; 98.4-6; 149.3; 150.1-6), y Dios ordenó coros como parte de la adoración en el templo (1Cr 15.16).



No obstante, algunos han discutido que los instrumentos y coros eran parte distintiva de la adoración del templo del Antiguo Testamento, y que como la adoración en el templo ya ha pasado en Cristo, no hay autorización para el uso de instrumentos y coros en la iglesia actual. En los puntos siguientes voy a contestar a este argumento y tratar la cuestión de los solistas que está relacionada a esto.

1. Los instrumentos de hecho fueron usados en la adoración del templo, pero también fueron utilizados en otras ocasiones. Por ejemplo, después de que Dios trajo a Israel a través del Mar Rojo, la gente cantó la canción de Éxodo 15 al Señor, al acompañamiento del pandero de María (v. 20). María cantó la canción a un grupo de mujeres que la seguían con panderos y danza. Aquí encontramos un instrumento (los panderos), un coro (las mujeres), y una solista (María); sin mencionar la danza, la cual discutiremos más tarde. Este evento incuestionablemente era adoración pública: todo Israel estaba reunido para escuchar y unirse en su alabanza a Dios. Y no era parte del rito del templo; ocurrió muchos años antes de que el templo fuese levantado.
2. La Biblia nunca dice que todas las partes del servicio del templo fueron abolidas por la obra de Cristo. El templo mismo, claro, fue destruido en 70 d.C.; y la adoración distintiva del templo, las ofrendas de comida y bebida fueron abrogadas por la finalidad de la expiación de Cristo. El velo del templo fue rasgado en dos partes cuando Jesús murió (Mt 27.51), indicando que Él abrió el camino hacia la presencia de Dios. Pero muchas cosas del templo todavía las practicamos hoy. El templo no solo era un lugar de sacrificio, también era una casa de oración (1R 8.28-53; Is 56.7; Mt 21.13) y un lugar donde Dios escuchaba juramentos y confesiones de Su nombre (1R 8.31-33). También era un centro de enseñanza de la palabra de Dios (Lc 2.41-52). Los sacrificios de comida y bebida no son parte de la adoración Cristiana, pero las oraciones, juramentos, confesión y enseñanza ciertamente lo son. No podemos, por lo tanto, discutir ampliamente que toda la adoración del templo ha sido abrogada. Más bien, debemos observar cada aspecto individual de la adoración del templo para determinar si Dios ha quitado Su autorización de ese aspecto.
3. En el caso de los instrumentos musicales y coros, esto es muy difícil de hacer. En la adoración en el templo el propósito de los instrumentos aún durante los sacrificios no era meramente un acompañamiento de los sacrificios, pero para guiar a los cantantes en alabanza. La alabanza es algo que claramente continúa en el orden del Nuevo Testamento. Y como hemos visto, los instrumentos no estaban limitados a la adoración del templo. Más bien, parecen haber sido acompañamientos normales de las alabanzas del pueblo de Dios. Yo no conozco un pasaje de la Escritura donde se pueda demostrar que el canto no estaba acompañado.
4. A veces se ha señalado que las sinagogas Judías del tiempo de Jesús no usaban instrumentos. Sería interesante saber por qué excluían los instrumentos, pero no sabemos, y no podemos imponer si lo hicieron por una razón teológica que aún pueda ser relevante para la adoración Cristiana. En cualquier caso, la práctica de la sinagoga no es normativa para la adoración Cristiana.
5. Las iglesias Presbiterianas que desaprueban los instrumentos comúnmente permiten el uso de flautas de tono, para hacer que la congregación empiece con la nota correcta. Pero si una iglesia puede usar un instrumento para ayudar a la gente a encontrar la primera nota, ¿por qué no la segunda también, y la tercera? Y si las notas de soprano pueden ser asistidas, ¿por qué no también las notas de alto, bajo y tenor? Y si los instrumentos pueden guiar la armonía y melodía, ¿por qué no deberían ayudar también a que la congregación mantenga el ritmo y tiempo propio?
6. La Escritura no requiere que todo el canto sea hecho por toda la congregación. De hecho, algunos Salmos parecen estar arreglados para realizarse en forma antifonal o por responsivas (ver Salmo 136, por ejemplo, y la alternación de maldiciones y bendiciones en Deuteronomio 27.12-13 y Josué 8.30-35). Coros y solistas simplemente representan separaciones en la tarea de adorar. Es bueno cantar: también es bueno meditar cuando otros cantan.
7. ¿Por qué Dios permitiría instrumentos y coros en el templo y luego los prohibiría en la adoración Cristiana? Dios normalmente no da este tipo de mandatos arbitrariamente, sin dar razón alguna. Él tiene derecho de hacer esto, pero casi nunca lo utiliza. Los mandatos de Dios siempre son edificantes: nos enseñan acerca de Él y Sus caminos. Algunos han especulado que Dios permitió la adoración complicada en el Antiguo Testamento, con instrumentos y coros, por la inmadurez de la gente o dureza de sus corazones, pero prescribió el canto sin acompañamiento en el Nuevo Testamento porque este tipo de música es más "simple" o "pura".

Pero la Escritura nunca dice esto. Nunca sugiere que el canto sin acompañamiento es de alguna manera más simple o puro que el canto acompañado, o que este tipo de simpleza sea deseable en la adoración. En realidad, la Escritura nunca compara el valor de canto con acompañamiento o sin acompañamiento. La falta de algún propósito o razón clara hace que el punto de vista exclusionista sea al parecer menos válido.

3. CANCIONES SIN PALABRAS

¿Qué hay acerca de tocar instrumentos sin cantar las letras? Frecuentemente las iglesias tienen preludios, interludios y postludios instrumentales. ¿Son estos legítimos? Yo creo que estos tienen propósitos legítimos.

1. Es apropiado considerar el fondo para el culto.
El culto es frecuentemente distraído por ruido de automóviles, conversaciones privadas antes del servicio, niños llorando, el ruido de las monedas en el plato de la ofrenda, etc. Hay ventajas, seguramente, de poner música instrumental durante estos tiempos, especialmente canciones que recuerdan a la gente acerca del Evangelio. Dios no nos ha dicho como debería de ser el fondo de estos eventos y yo creo que nosotros somos libres para utilizar música instrumental, aún sin palabras, durante estos periodos.
2. Además, creo que el tocar instrumentos en sí mismo puede ser un acto de adoración. En el Salmo 150, los instrumentos no solo acompañan la alabanza; en mi punto de vista son medios de alabanza. Ellos están entre las criaturas que en el versículo 6 han de alabar al Señor.
4. La música instrumental puede ser edificante, aún sin palabras. Cuando el organista toca un himno conocido para la congregación, a la congregación le recuerda la letra. Además, como nuestra literatura musical se ha desarrollado a través de los años, los adoradores han empezado a asociar varios tipos de música con temas bíblicos como: consuelo, fe, dedicación, guerra espiritual, el regreso de Jesús (¡trompetas!), pesar por el pecado, etc. Estas asociaciones difieren de cultura a cultura, pero no son menos reales. Claro, el contenido de la música tiende a ser más emocional que conceptual. Pero la Escritura misma se dirige a las emociones y a la mente, como hemos visto.

La comunicación emocional, edificación emocional, es tan importante en la adoración como la comunicación intelectual, pues Dios quiere que su pueblo sea transformado en cada área de sus vidas. Por lo tanto, las canciones sin palabras pueden ser una manera legítima de expresar la palabra de Dios en el culto.

5. MÚSICA DEL CUERPO: DANZA, LEVANTAR LAS MANOS, Y APLAUDIR

La gente se comunica, no sólo por medio de palabras, también por lenguaje corporal. En esto reflejamos al Dios de la Biblia, que se comunica tanto por palabra hablada como por revelación natural.

Algunos (especialmente Presbiterianos como yo) preferimos adorar sentados, pero para la mayoría de la gente en el mundo es natural acompañar palabras con acciones físicas.

De aquí que el pueblo de Dios frecuentemente danza en alabanza, y Dios lo aprueba (ver Éx 15.20; 1S 21.11; 29.5; 2S 6.14; Sal 30.11; 149.2; 150.4; Jer 31.13). He citado un gran número de pasajes porque actualmente he escuchado gente cuestionar lo apropiado de la danza como adoración en base al principio regulativo.

Tal argumento es absurdo, excepto si se asume que el principio regulativo existe únicamente para perpetuar el "status quo".

Es cierto, claro, que Dios no prescribe la danza específicamente para la adoración regular de la sinagoga, tabernáculo, o templo. Algunos han usado este hecho para argumentar que Dios permitió la danza solo en las pocas ocasiones en que la Biblia la menciona. Pero el Salmo 150.4 no nos dejará limitar la danza a unas pocas ocasiones históricas. Es para todo el pueblo de Dios. Yo lo veo de esta manera: Dios se complace cuando danzamos para Él en adoración, pero no espera que lo hagamos cada vez que nos reunimos en Su nombre. Como las actividades discutidas en el párrafo siguiente, no es un "elemento necesario" de la adoración, sino algo que enriquece la adoración de vez en cuando.

También debería mencionar el mandato de aplaudir (Sal 47.1; compare Sal 98.8) como respuesta a la salvación de Dios, y el levantar las manos (Neh 8.6; Sal 28.2; 63.4; 134.2; 141.2; 143.6; Lm 2.19; 3.41; 1Ti 2.8). Esta también es "música del cuerpo".

Dios quiere que el cuerpo además del espíritu estén involucrados en Su adoración. Aplaudir expresa gozo; levantar las manos es una manera de acercarse a Dios como el objeto de nuestra adoración y la fuente de nuestra bendición.

Claro, hay preguntas legítimas acerca de qué tipo de lenguaje corporal es apropiado para la adoración. En nuestra cultura moderna, tanto la danza popular como el ballet clásico se han saturado de erotismo, y frecuentemente un erotismo pervertido. Muchas iglesias preferirían prohibir la danza litúrgica por completo que permitir que personas en leotardos provocativos hagan cabriolas por los pasillos de la iglesia. Esta es una preocupación que yo comparto. Sin embargo, no estaría bien que por esta preocupación, desecháramos por completo una forma de adoración que Dios ordena.

Yo sugeriría que en la iglesia la "danza sagrada" sea primero una respuesta espontánea a la bendición de Dios. Si la gente quiere pararse y moverse al ritmo de las canciones de alabanza, deberían de ser animados a hacer esto. La danza en la adoración es primeramente la dimensión simple y natural del gozo reverente que compartimos en Cristo.

La mayoría de nosotros, aún aquellos que no somos muy demostrativos en nuestra adoración, nos mecemos naturalmente, aunque sea ligeramente, al ritmo de las canciones que cantamos. Este movimiento en sí mismo es una forma simple de danza. Si esto es justificable, ¿quién va a pintar la raya para mostrar precisamente cuanto movimiento es permisible? Y si estos movimientos simples son justificables, ¿por qué no más movimiento, especialmente en vista de las referencias bíblicas a la danza?

Mientras consideramos formas de danza más disciplinadas, elaboradas, y hábiles, la iglesia tiene que ocuparse de pensar en oración. No debemos de aceptar simplemente las formas culturales de danza existentes, sino debemos buscar hacer algo distintivo que claramente exprese la verdad y emoción bíblica.

En esta búsqueda, es más probable que encontremos nuestra ayuda de las tradiciones de danza folklórica del mundo que de las formas altamente eróticas de danza de la sociedad moderna. En cualquier caso, el significado de la danza como alabanza a Dios no debe ser dejado a la imaginación de los adoradores o al discernimiento de los musicólogos profesionales.

De las danzas que he visto, las que expresaban mejor el gozo de Jesús eran danzas coordinadas con tonadas de himnos conocidos acerca de temas bíblicos.

Mientras que el significado de estos himnos era señalado y aumentado por los danzantes, yo encontré que al observarlos me hice cada vez más un adorador y cada vez menos un crítico litúrgico.

6. PREGUNTAS PARA LA DISCUSIÓN

1. ¿Cuáles son los mejores argumentos para el uso de exclusivamente salmodia, y para excluir los instrumentos y la danza? ¿Cómo responderías a estos argumentos?
2. ¿Qué obtendrías si tu iglesia decidiera cantar solo Salmos? ¿Qué perderías?
3. ¿Has sido bendecido alguna vez por una pieza instrumental en una iglesia? ¿Por una danza litúrgica? ¿Has sido ofendido por una experiencia como tal? Relata acerca de esto.
4. ¿Te avergonzarías de levantar tus manos en la adoración? ¿de aplaudir? ¿de bailar?
¿O sería liberador adorar con el cuerpo así como con la mente?

LECCIÓN 12

ESCOGIENDO LOS HIMNOS

1. LAS LETRAS

Por nuestra discusión previa, es evidente que las letras de los himnos deben de ser bíblicas e inteligibles para la congregación. Solo tales letras pueden cumplir con los propósitos horizontales y verticales de la adoración: honrar a Dios y edificar a la gente. Aunque la Escritura no nos limita al uso exclusivo de versiones de los Salmos, no podemos ignorar el Salterio, ni como fuente de cantos para nuestra propia adoración, ni como un modelo para nuevos cantos. Yo creo que muchas iglesias se beneficiarían de un mayor uso de los Salmos en el culto. Estos son la palabra de Dios, después de todo, y contienen un gran tesoro de doctrina y emoción devota. En la iglesia contemporánea tenemos gran necesidad de aprender a pensar y sentirnos como los salmistas lo hicieron mientras se aproximaban a Dios.

En los Salmos, hay un balance maravilloso de reverencia y gozo, tristeza y celebración, intelecto y emoción, gracia y juicio. No son ilusiones: el salmista sabe que él vive en un mundo malvado, rodeado de enemigos. A veces, en verdad, parece que la ayuda de Dios está lejana.

El salmista gozosamente alaba a Dios, pero no piensa que el creyente tiene que estar feliz todo el tiempo. Él puede ser honesto acerca de sus quejas, su enfermedad, su distancia de Dios. Pero él confía en la promesa de Dios; recuerda las grandes obras de salvación de Dios en el pasado y espera a la mayor liberación mesiánica por venir. Para él, una cosa es importante--morar con Dios en Su casa por siempre.

El salmista también ora por juicio, por la destrucción de los malvados, aún por la destrucción de personas específicas que se han puesto a sí mismos en contra de él y en contra de Dios. Esta no es venganza personal, sino lo contrario. Mía es la venganza, yo pagaré dice el Señor (Ro 12.19); por lo tanto el salmista clama a Dios, en vez de tomar la justicia en sus propias manos. No obstante, espera el día en que todas las naciones conocerán la salvación de Dios.

En los Salmos, escuchamos la voz de Jesús, el más grande hijo de David, pues el Nuevo Testamento pone los Salmos en sus labios. Jesús es el gran rey, despreciado y abandonado por los hombres, pero Él miraba hacia la palabra de Dios para guiar Su ministerio y cumple las promesas de Dios de liberación. Jesús también habla en los Salmos como aquel que algún día juzgará a los malos, pero que, por Su pueblo toma el juicio de Dios sobre sí mismo. Y envía a Sus apóstoles adelante a llevar a todas las naciones a Su reino eterno. Yo lo dejo al lector el reconocer que estos temas no siempre están adecuadamente reflejados en los himnos modernos. Ciertamente un mayor uso de los Salmos profundizará nuestro entendimiento de la Escritura y nuestra relación con Dios.

Podemos también aprender de los Salmos acerca de la variedad de cantos que pueden ser usados en la adoración. Algunos Salmos son largos, mientras que otros son cortos. Algunos son didácticos, mientras que otros son más líricos, Algunos son muy simples, mientras que otros son altamente complejos, Algunos utilizan formas literarias elaboradas como acrósticos y quiasmos, otros no. Algunos están dirigidos a Dios, mientras que otros están dirigidos a seres humanos. Esta variedad debería hacernos menos críticos de himnos que podríamos pensar que son demasiado simples, demasiado largos, demasiado cortos, etc.

Hay espacio en la adoración a Dios para himnos de muchas clases; para muchos propósitos, muchas clases diferentes de personas, y muchos estilos de aprendizaje.

Los Salmos todavía tienen mucho que enseñarnos. Pero, como indique el capítulo anterior, necesitamos himnos mas allá de aquellos en el Salterio, para expresar las mismas verdades en lenguaje contemporáneo y para aplicarlas a nuestra situación histórica. Por "nuestra situación histórica quiero decir:

- (1) El período entre la resurrección de Jesús y su regreso;
- (2) y La naturaleza distintiva de nuestro tiempo, lugar y cultura.

El hecho de que vivimos después de la resurrección de Jesús garantiza que hay una diferencia de los Salmos por lo menos en el énfasis de nuestra adoración. Las verdades recaladas en el Nuevo Testamento concerniendo el nacimiento milagroso de Jesús, Su ministerio de enseñanza, crucifixión y resurrección son solamente tipificados de una manera tenue en los Salmos.

Además, muchas enseñanzas prominentes en el Nuevo Testamento son relativamente obscuras en los Salmos, como en la enseñanza de que somos justificados por fe en el sacrificio completo de Cristo; que hemos muerto con Cristo al pecado y hemos sido levantados con Él para nuestra justificación; que el Espíritu Santo mora en nosotros como su templo, dando testimonio de que somos hijos de Dios; que Jesús intercede por nosotros en el cielo a la diestra de Dios; y Él nos manda a través de la tierra para decirle a todos los hombres acerca de Él.

Nuestra posición en la historia después de la resurrección también hace a nuestra adoración emocionalmente diferente de aquella de los Salmos. Los deseos, los lamentos, las preguntas y las oraciones por juicio en los Salmos encuentran sus respuestas en Cristo. Claro que continuamos deseando el final del pecado y del sufrimiento. Pero el gran evento de la adoración del Nuevo Testamento es la resurrección de Jesús, en la cual los últimos días han comenzado. Celebramos este gran evento y (aun adorando en un día distinto de la semana) que los salmistas no podían anticipar en el futuro.

Seguramente hay por derecho una mayor dimensión de gozo en la adoración después de la resurrección, y un menor énfasis en lamento, queja, y la tardanza de los propósitos de Dios.

Además, el elemento de imprecación (clamado a que Dios juzgue a los impíos) debe ser menos prominente en la adoración cristiana del Nuevo Testamento, aunque no totalmente ausente. Es significativo que Jesús reprendió a Santiago y Juan por preguntarle si debían de llamar fuego desde el cielo para que cayera sobre una villa samaritana que no le había dado la bienvenida (Lc 9.51-56). Elías había llamado hacia abajo el fuego de juicio (2R 1.10, 12), pero aquello no era una petición apropiada para los discípulos de Jesús. Algún día, las ciudades impías serán castigadas (Lc 10.8-15), pero todavía no. Este es el día de gracia. Jesús vino la primera vez no para juzgar sino para salvar (Jn 3.17; 12.47).

El cristiano no tiene que estar tan confundido como estaba el salmista por la demora del juicio, ya que el Nuevo Testamento nos enseña claramente que tiene que haber un intervalo entre la resurrección y el retorno de Jesús en el cual el evangelio es ofrecido al mundo y el juicio es demorado. Este período es de sufrimiento para la iglesia. Nuestro consuelo durante ese tiempo no es el pensamiento de que Dios quiera destruir a nuestros enemigos mañana; aunque así fuera. Nuestro consuelo es que los sufrimientos de este mundo no se pueden comparar con la gloria venidera (Ro 8.18). Es nuestro privilegio sufrir ahora por amor a Cristo, de manera que podamos ser glorificados con Él (1P 1.1-8; 4.12-19). Esto no es negar lo legítimo de la imprecación ahora; de hecho, hay imprecaciones en el Nuevo Testamento como en el Antiguo (ver Mt 23; 26.23-24; 1Co 16.22; Gá 1.8; 5.12). Es correcto clamar a Dios para que juzgue la terrible impiedad de nuestro mundo hoy en día. Pero porque Cristo ha venido, ahora podemos orar también que los pecados de esta gente impía sean juzgados no individualmente, sino en Jesús como su sustituto mientras que Dios por gracia ponga fe en sus corazones. También diferimos del salmista en que vivimos en el mundo moderno o posmoderno.

Obedeciendo el mandato de Dios de enseñar Su palabra, buscamos en nuestros himnos maneras contemporáneas de presentar Sus promesas, Sus consuelos y Sus retos, para que nuestra adoración sea inteligible para la congregación y los visitantes. Así, nuestra himnodia debe incluir los Salmos, y también himnos que son tanto parecidos como distintos de los Salmos en diversas maneras.

2. LAS TONADAS

No conocemos las tonadas que usó Israel en adoración durante el período del Antiguo Testamento. Suzanne Haik-Vantoura ha argumentado que algunas de las marcas en el texto Hebreo de los Salmos son anotaciones musicales que indican melodías y ritmos. Pero aunque esto así fuera, no sabemos qué tan antiguas sean esas marcas y si fueron parte del texto original. Podemos obtener una idea del carácter de la música antigua al notar referencias en los Salmos a instrumentos y otros aspectos del canto. Los textos indican una gran variedad de instrumentos, semejantes a nuestras arpas, trompetas, flautas, percusiones y guitarras modernas. A aquellos que objetan al uso de guitarras y tambores en la adoración, yo les comentaré que los instrumentos mencionados en los encabezados de los Salmos asemejan más a las guitarras modernas y percusiones que a los pianos y órganos modernos. Yo no creo que estemos limitados a los instrumentos mencionados en la Escritura, pero considerando cómo adaptarle música a los himnos la instrumentación bíblica puede darnos algunas pistas.

La alabanza a Dios también incluye, como hemos visto, danza y aplausos. Algunos textos nos dicen que alabemos a Dios con un gran ruido o "grito" (Sal 33.3; 98.4; 100.1), o con címbalos resonantes (Sal 150.5). El acercamiento de Dios esta típicamente acompañado por sonidos estruendosos (ver Éx19.16; Is 6.4). De estos datos, y de los instrumentos mencionados anteriormente, yo concluiría que la música antigua frecuentemente era muy rítmica y fuerte de sonido. Yo no me sorprendería si le pareciera estentóreo a aquellos acostumbrados a la formal y menos intensa música de la himnodia tradicional. No obstante hay algunos Salmos, que por la naturaleza de sus palabras exigen una situación más quieta, como los Salmos 23; 46.10; 131.1-3. Por lo tanto, como hemos visto, los Salmos son ricamente diversos en su contenido y estructura literaria, también podríamos contar con la diversidad de las situaciones musicales.

La regla principal para los escenarios musicales es que refuercen, en vez de restar, al mensaje de las palabras. Esto no es negar el punto que hice en el capítulo 11, que la música tiene un contenido propio, que puede edificar aparte de las letras. Pero cuando la música y las palabras son usadas juntas, las dos deberían combinarse; deberían apoyar la una a la otra. Hay algunas reglas prácticas obvias: escenarios ruidosos y rítmicos para textos triunfantes y gozosos; escenarios callados y meditativos para himnos de consuelo en las penas. Sin embargo, debemos evitar suposiciones simplistas acerca de que música "debe" ir con que textos. En la sociedad moderna de Occidente, normalmente expresamos gozo con notas mayores, mientras que las notas menores frecuentemente expresan tristeza. Pero este no es el caso universalmente. En el Cercano Oriente, por ejemplo, las tonadas en notas menores pueden ser gozosas, rápidas y rítmicas, como los "Judíos por Jesús" nos han mostrado en años recientes.

Otro ejemplo más: Recientemente me fui de espaldas cuando un pianista de iglesia toco "Bendita Tranquilidad" con un compás juguetón "gospel" de 4/4 que puso a la congregación racialmente mixta a aplaudir y gritar. Al principio, pareció haber una discrepancia entre la letra y el arreglo. Pero mientras canté y escuché, algo de esto me pareció realmente bueno. Cuando aquellos oleajes pasan sobre tu alma y Dios los reemplaza con Su tranquilidad, hay una razón para gritar. Esta gente del centro de la ciudad entendía esto por experiencia, y lo cantaban del corazón. No tuve ninguna crítica.

Estos ejemplos sugieren que hay diferencias culturales en las maneras en que la música expresa humores y pensamientos. En nuestra sociedad multicultural moderna, es importante recordar esto. Así como los idiomas Francés, Alemán, e Inglés difieren en las palabras usadas para expresar pensamientos, también las culturas Angla, Judía, y Negra difieren en estilos musicales por los cuales expresan su fe.

Hay distintos "lenguajes musicales", así como hay diferentes lenguajes hablados. En realidad, como señalé en el capítulo 10, aún dentro de la misma cultura hay diferentes lenguajes musicales, como la diferencia entre la música de los ancianos y la música de los jóvenes. Lo que uno considera lleno de gozo, el otro puede oírlo como irreverente; lo que uno considera reverente y dignificado, el otro puede verlo como vacío de gozo y aburrido. Por lo tanto, si vamos a proseguir a la meta bíblica de adoración inteligible (1Co 14), debemos buscar escenarios musicales que hablen los lenguajes musicales de nuestra congregación y comunidad. El hacer esto no es halagar el gusto musical humano, sino honrar a Dios en su deseo de edificar a la gente en su adoración. No debemos insistir egoístamente en usar música únicamente de nuestra propia tradición favorita. En vez de esto, en el Espíritu de Cristo el siervo, debemos estar dispuestos a sacrificar nuestras propias preferencias con el fin de alcanzar a otros con la verdad. La Gran Comisión nos lleva hacia afuera, en vez de hacia adentro: nos llama, aún en la adoración, a alcanzar a aquellos que ignoran acerca de Cristo y de nuestras tradiciones musicales.

No toda canción o arreglo es apropiado para la adoración. Es difícil pintar la raya precisamente aquí. La historia es tal que los estilos considerados inapropiados en un tiempo y lugar, pasan por desapercibidos en otro tiempo o lugar. Uno no puede especificar un estilo musical que definitivamente será apropiado o inapropiado en todos los tiempos y lugares. Pero cada uno de nosotros debe juzgar que es apropiado en nuestra propia situación cultural. Y sabemos que hay algunos estilos de música (por ejemplo, el rock pesado o heavy metal) que están tan profundamente asociados con los elementos más degenerados de nuestra sociedad que para la mayoría de nosotros serían contraproducentes en la adoración. Claro, después de cientos de años algunas personas podrían encontrar en el "heavy metal" precisamente el lenguaje que más convenga a su alabanza. Claro, mucho tendría que cambiar en las connotaciones culturales de esa música antes de que la iglesia considere usarla en la adoración.

Aunque podamos estar de acuerdo en muchas cosas concerniendo lo que es apropiado, también habrá desacuerdos. Como he dicho, en estos casos debemos estar dispuestos a sacrificar nuestros gustos personales para la edificación de nuestros hermanos y hermanas. ¿Pero qué desacuerdo es más que una cuestión de gustos? ¿Qué si es una cuestión de conciencia, donde alguien está convencido en su corazón que la música (o otros aspectos del culto) de su iglesia no es aceptable a Dios? Yo creo que este problema debe ser manejado en los términos de Romanos 14. Aquel que está ofendido debe llevar el asunto con la iglesia. Si la iglesia no acepta su queja o lo persuade a abandonarla, entonces debe de tratarlo como un creyente con "conciencia débil". Un hermano más "débil" es aquel que ama al Señor, pero su conciencia está atada por escrúpulos sin base en la palabra de Dios. La iglesia no puede ser apresada por los escrúpulos falsos de creyentes débiles. Debe buscar instruirlos. Pero si no quieren ser instruidos, y no pueden convencer a la iglesia de cambiar su práctica por causa de ellos, a lo mejor tendrían que buscar otras comunidades donde puedan adorar sin violar su conciencia. Aún una conciencia débil, dice Pablo, no debe ser violada.

Hay gente que va a decir, yo simplemente "no puedo" adorar usando música de este estilo o de otro. A veces, tales quejas son legítimas. Pero en la discusión típica, algunas personas argumentan que la música contemporánea suena chafa e indigna (tal vez suena mucho como la música secular que asocian con su pasado pecaminoso). Otros argumentan que la música tradicional parece ser demasiado aburrida y formal, de manera que no parece llegarle a la "verdadera adoración". Yo creo que las Escrituras clasificarían a ambos de estos grupos como creyentes más "débiles" (Ro 14).

Pablo exhorta a los creyentes en disputas como estas a permanecer juntos, amándose los unos a los otros en Cristo, ni despreciándose ni juzgándose los unos a los otros. Pero, como sabemos, a veces estas contiendas si llevan a divisiones. Tales divisiones son derrotas, no triunfos. La meta de la historia es la reunión de una gran multitud de todo reino, lengua, tribu, y nación, unidos en alabanza a Dios juntos.

El evangelio rompe las barreras entre Judío y Gentil, rico y pobre, siervo y libre, varón y mujer. Debemos esperar en nuestras iglesias; particularmente en la adoración, cuando Dios se acerca a nosotros, descubrimientos sorprendentes de unidad. Una manera en que Dios obra en nosotros, por lo tanto, es cuando aprendemos la música de unos y otros.

3. PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. ¿Cómo deberían ser nuestros himnos semejantes a los Salmos?
¿Cómo deberían ser distintos? ¿Por qué?
2. En los años 70, Idi Amin, el gobernante de Uganda, masacró un gran número de Cristianos por su fe. Muchos Cristianos alrededor del mundo oraron que Dios lo destituyera o destruyera.
¿Tenían razón al orar de esta manera? ¿Por qué o por qué no?
3. ¿Nos da alguna guía la Escritura acerca de las tonadas musicales que debemos usar en la adoración?
Discute.
4. ¿Qué "lenguajes musicales" son hablados en tu comunidad?
¿Cómo podría tu iglesia cambiar su estilo de música con el fin de alcanzar a esta gente mejor?
5. ¿Tienes alguna preferencia por un estilo particular de música de iglesia?
¿Sabes cuando surgió ese estilo y de donde vino? ¿Puedes aprender a apreciar otros estilos?
6. Si lo tuvieras a tu gusto, ¿qué estilo musical predominaría en los servicios de adoración de tu iglesia?
7. ¿Cómo modificarías tu respuesta a la pregunta 6 a la luz de la Gran Comisión y el principio de edificación?